
Cautiva
de tus
ojos
Lisbeth Cavey

CAUTIVA
DE TUS
OJOS
LISBETH CAVEY

Título original: Cautiva de tus ojos

© Lisbeth Cavey 2025

Diseño de portada y maquetación: Lisbeth Cavey

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

TABLA DE CONTENIDO

Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Epílogo

Capítulo 0

El viejo señor no respondía y tuvo que llamar al doctor. Era la tercera vez en los últimos seis meses. Todo empezó tras el breve desayuno que él mismo le había llevado a su habitación, como hacía todas las mañanas desde que apenas levantaba un palmo del suelo.

Aquel día había despertado de buen humor, incluso bromeó sobre su pelo, demasiado largo.

Sin embargo, no tardó en torcerse el día para el señor McEilean, quien había sido su protector desde su nacimiento, sin tener ninguna obligación, sin vínculo sanguíneo alguno. Solo por la compasión y la bondad de aquel hombre que ahora yacía en el lecho, presa de la dolencia más vil.

Broc se acercó a la cama de nuevo y posó su mano en la de su señor. Estaba muy fría, aunque el anciano todavía respiraba débilmente, eso sí.

—Alba… —balbució de pronto el moribundo.

—¿Señor? —preguntó Broc zarandeándolo levemente por uno de sus hombros.

—Alba, esposa mía… —dijo entre quejidos lastimeros, y con los ojos abiertos y desorbitados.

Broc se estremeció, la señora Alba había muerto tres años antes, y tal parecía que su señor la estaba viendo. Aquello no presagiaba nada bueno.

Un cuervo se posó en la ventana. Broc se aproximó al animal de plumas negras y lustrosas. Siseó:

—Vete, maldito mensajero de Satanás, aquí no tienes nada que hacer.

El cuervo no se movió, se limitó a mirarlo fijamente, como si así pudiera taladrar su alma. Broc pateó el suelo con fuerza y el ave emprendió el vuelo, espantada.

De pronto, la puerta se abrió, era el doctor McAndrew.

—Buenos días, muchacho —saludó y luego añadió—: dime, ¿qué le ocurre a mi buen amigo?

—Lo mismo que la vez anterior, mi señor se retorcía en su lecho, sentía que su alma ardía en llamas, así lo manifestó. Luego su tez se volvió azul, púrpura en algunas partes. Era como si el mismísimo Satanás se hubiera apoderado de él.

—No blasfemes, muchacho.

—No lo he hecho. Es la verdad. Además, un cuervo vino a buscar su alma. Mi padre siempre decía que los cuervos anunciaban la muerte y venían a robar el alma para regalársela al Diablo.

—Tu difunto padre se fue a la tumba carcomido por sus propios demonios, hijo. Mi buen amigo McEilean te acogió bajo su protección y te enseñó que todo eso no son más que chaladuras de una mente enferma. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca, le debo mucho a mi señor. Pero mi padre, en ocasiones, decía grandes verdades, y la presencia de un cuervo

en la ventana de esta casa, un cuervo que ha aparecido en cuanto mi señor ha manifestado ver a su esposa muerta, me hace sospechar que mi pobre y amado padre no iba tan desencaminado. ¿No cree?

—Muchacho, eres demasiado joven para entender que la muerte es algo natural que a todos nos ha de llegar algún día. A veces, de un modo cruel.

—Bien, dígame entonces, ¿cree que pueda ser lo mismo que la otra vez? —indagó Broc.

—Hay muchos indicios que me llevan a pensar que sí, que de nuevo una apoplejía se ha cebado con mi pobre amigo.

—¿Se salvará, doctor? —indagó el criado.

McAndrew respiró profundamente.

—Esperemos que sí —dijo sacando una botella pequeña de su maletín y vertiendo sobre la boca del moribundo unas gotas de un líquido rojizo.

Broc sonrió esperanzado, la vez anterior el doctor pudo salvar a su protector, quizá lo conseguiría de nuevo. Debía mantener la esperanza, si su señor moría, las cosas se pondrían muy oscuras para él. Angus, el hijo de este, lo odiaba a muerte y había amenazado en varias ocasiones con echarlo de Gleann House, que había sido su hogar desde siempre.

Varios minutos permanecieron en silencio el muchacho y el doctor, mientras este último examinaba a su paciente, que parecía querer abrazar a la muerte cuanto antes.

De pronto, el anciano abrió los ojos y musitó:

—Broc, muchacho, acércate.

El chico hizo lo propio y tomó la mano de su señor.

—Querido padre. Perdone mi atrevimiento, mas ha sido para mí como un padre bondadoso, así que no me reprenda por haberme tomado demasiadas libertades —dijo Broc con los ojos humedecidos por las lágrimas.

—No te preocupes, si me consideras como un buen padre, yo a ti te amo como a un hijo, así que sí, puedes llamarme padre lo que me quede de vida, que para mí serás mi querido hijo, ya que el ingrato que tiene mi sangre ni se digna a visitarme en mi lecho de muerte —sentenció el anciano.

Tras decir estas palabras, le pidió al doctor que saliera de la alcoba e hiciera entrar a Akay, uno de sus criados más antiguos.

El doctor obedeció al señor, y salió de la estancia con el aire triunfal de quien sabe que, de nuevo, ha esquivado la muerte de uno de sus pacientes.

El criado entró en la habitación y, con la cabeza gacha, preguntó:

—¿En qué puedo servirle, mi señor?

—Ve a buscar al notario, es preciso que venga cuanto antes. Y no le digas ni una palabra a mi hijo. ¿Entendido?

—Entendido, señor —soltó dedicándole una mirada de desagrado al joven Broc, que permanecía de pie junto al lecho.

El criado abandonó la estancia y McEilean le dijo a Broc que se aproximara.

—¿Qué necesita, padre mío?

—He de decirte algo, es importante.

—Debe descansar, hablar le agota, ya lo sabe.

—Es de suma urgencia que te lo diga. Si este mal vuelve a cebarse conmigo, puede que no tenga tanta suerte y no conserve mi raciocinio, mi capacidad de ser quien soy o, en el peor de los casos, mi vida.

—No sé qué puede ser más importante que un sueño reparador…

—¡Demonios! No seas testarudo. Escúchame, te lo ordeno —espetó el anciano con sequedad.

—De acuerdo, no se enfade. Le escucho…

—Lo que tengo que decirte es muy importante. He de hablarte del futuro, de lo que ocurrirá en cuanto deje este mundo ingrato.

Broc agachó la cabeza. Temía el momento de la muerte de su señor. Se sentía incluso egoísta: el pobre anciano sufría, y el mejor de los remedios para su sufrimiento era el sueño eterno. Pero él necesitaba un techo bajo el que cobijarse, y todavía era muy joven para andar solo por aquellos territorios en ocasiones hostiles.

Se había criado al abrigo de los McEilean y bajo el ala de su querido padre, que tanto lo protegió de niño de aquellas fuerzas que decía podrían conducirlo a la oscuridad de un plumazo.

—Hable, pues —dijo el muchacho con resignación.

—Verás, en cuanto me muera, mi hijo Angus, te echará de esta casa como bien ha dicho ya muchas veces. Sin embargo, yo lo he dispuesto todo para que no pueda hacerlo.

—¿Cómo?

—¿Recuerdas hace varias semanas, cuando te mandé a buscar al notario como hoy he mandado a Akay?

—Sí, claro que lo recuerdo. No fue fácil que me atendiera el señor notario…

—Bien, pues a partir de ahora lo hará sin problema, porque el motivo de que lo hiciera venir fue modificar mi testamento. Hoy quiero que él le diga personalmente a Angus que heredarás parte de mis bienes. Necesito que lo haga en mi presencia, ya que mi hijo es capaz de cualquier argucia para invalidar mis últimas voluntades.

Broc tragó saliva. Angus se iba a poner hecho una fiera y toda su ira recaería sobre él. No pudo menos que estremecerse ante la idea de enfrentarse a Angus McEilean, que le doblaba en tamaño y fuerza.

—Señor, yo me siento muy halagado, mas no puede hacer eso —masculló el muchacho.

—¿Por qué? Son mis bienes y con ellos puedo hacer lo que me venga en gana. ¿No lo crees así?

—Sí, es usted libre de hacer lo que crea conveniente con su caudal, pero su hijo no se quedará quieto y no servirá de nada.

—Por eso quiero que firme un documento, uno que yo mismo le dictaré al notario y que le impedirá ir en contra de mis últimas voluntades. Así las respetará.

Broc se mordió la lengua para evitar decirle que Angus no se detendría. Si ya sin un testamento que lo favoreciera le tenía ojeriza, ¿qué ocurriría cuando se enterase de que iba a heredar como si fuese un hijo más?

Capítulo 1

El notario Ferguson entró en la estancia. Su porte serio hizo estremecer al joven Broc, a quien observó con curiosidad con sus pequeños ojos oscuros, como su atuendo, que tal parecía el de un enterrador en lugar de alguien que iba a dar fe de las últimas voluntades de un moribundo.

A Broc le pareció que el mismo cuervo que había visitado el alféizar de la ventana unos minutos antes se había transformado en Ferguson. El motivo de dicha comparación salió a colación enseguida, cuando el buen hombre dijo que venía de un entierro. El hijo de un amigo de toda la vida había muerto a la temprana edad de treinta años en un duelo.

El señor McEilean le explicó detalladamente sus intenciones para con Broc, quien se sentía fuera de lugar y sabía que la tormenta que pronto se desataría en el exterior de la casa, no tendría comparación con la que desencadenaría Angus en cuanto supiera que no iba a ser el único heredero de su anciano padre.

—Broc, muchacho, dile a Akay que haga venir a mi hijo —apuntó el viejo McEilean.

—Enseguida, mi señor —respondió y salió al punto de la alcoba.

Al cerrar la puerta, no pudo evitar respirar hondo. Estaba realmente nervioso y un mal presagio rondaba su mente. El cuervo,

aquel maldito cuervo no podía anunciar nada bueno, estaba claro que no.

No le había pasado inadvertido el gesto de gravedad del notario, quien posiblemente pensaba que Broc era un servidor interesado, que siempre había perseguido la fortuna del viejo señor.

Buscó a Akay, pero no lo halló. Preguntó a una de las sirvientas y esta le dijo que estaba en la cocina, hablando con la señora Smith, la cocinera inglesa de los McEilean, con quien parecía tener más que palabras desde hacía ya un par de años.

Cuando Broc entró en la cocina, se los encontró en plena faena. Ella sentada en la mesa, con las faldas levantadas y las piernas abiertas, él, embistiéndola sin darle un respiro. Los gemidos no los contenían y bien extraño era que nadie los hubiera sorprendido antes.

Carraspeó y la cocinera dio un respingo. Akay se retiró de su amante asustado, si bien su semblante cambió en cuanto vio quién osaba interrumpirlo en el mejor momento de su día.

—¿Se puede saber qué haces aquí, desgraciado? —indagó con sequedad mientras se subía los pantalones.

—El señor necesita que vayas a buscar a su hijo.

—¿Es que acaso no puedes ir tú?, eres un sirviente igual que yo…

—Son las órdenes de mi señor.

—Tu señor, tu señor. Eres un perrito faldero, Broc, hasta nombre de perro tienes. De hecho, yo tenía un perro que se llamaba así —dijo el criado mofándose del muchacho.

La cocinera estalló en carcajadas.

—Déjalo, Akay. No es más que un mocoso con aspiraciones.

Broc se encogió de hombros.

—¿Cumplirás las órdenes del señor? —preguntó sin pizca de hostilidad en la voz.

—¿Tú qué crees, Claire? ¿Debo ir?

—Será mejor que sí. Aunque luego deberías volver, hay algo que tienes que arreglar en la despensa —dijo la mujer mientras se acercaba a Akay y le susurraba algo al oído.

—De acuerdo, preciosa. Pero solo porque tú me lo pides —sentenció el criado y se alejó a paso vivo hacia las habitaciones.

—Muchacho, muchacho… —ronroneó la señora Smith mientras caminaba sinuosa a su alrededor, como si de una serpiente se tratara—, algún día comprenderás que aquí no somos nada.

—No pretendo serlo. Mi aprecio por el señor es genuino y no quiero nada a cambio de mi buen hacer —dijo Broc con sinceridad.

—Ya deja esa actitud de sirviente abnegado. Eres demasiado joven para comprender que eres prescindible, todos lo somos.

—El señor es como un padre para mí, siempre lo fue. Por eso estaré a su lado hasta el final, no quiero, repito, nada a cambio de mi lealtad.

—Madre mía, me recuerdas tanto a mí cuando no era más que una mocosa como tú… Pero créeme, muchacho, un día, y no será muy lejano, alguien te robará la inocencia, ese día comprenderás que no eres importante para nadie en este lugar. ¿Cuántos años tienes? ¿Quince?

—Acabo de cumplir catorce, señora.

—Catorce… —dijo la cocinera con una mezcla de coquetería y condescendencia—. Tierna edad.

Broc, colorado como un tomate, le dijo que tenía que marcharse. De inmediato, salió de la cocina para dirigirse a la habitación de su señor, donde pensó que, con toda probabilidad, este ya debía estar reunido con su hijo y el notario. Cuando estuvo ante la puerta, tragó saliva, había errado en sus suposiciones, pues la voz de Angus McEilean lo hizo dar un respingo.

—¡Eh, tú! ¿Por qué no estás haciendo algo productivo? Te pasas el día holgazaneando en la habitación de mi padre.

—Lo cuido, joven señor.

—¿Lo cuidas? Mientras descuidas tus quehaceres en esta casa, claro está.

—Hago todas mis tareas, joven señor.

—Por eso mi alcoba está sucia y llena de insectos indeseables, ¿cierto? —inquirió tomándolo del brazo.

Broc iba a hablar, a decirle que aquello no era cierto, pues el día anterior la había limpiado a fondo por la misma queja infundada de siempre; suciedad e insectos inexistentes, mas prefirió callar. Con Angus era inútil intentar justificarse, pues seguiría con su reprimenda e inventaría nuevas tareas mal ejecutadas.

La puerta de la alcoba se abrió y el notario Ferguson asomó la cabeza.

—Angus, su padre le ruega que entre enseguida —dijo con firmeza.

—De acuerdo, ahora mismo. Y tú, gusano, ve a mi alcoba y no pares de limpiar hasta que veas tu cara en el maldito suelo —espetó

señalándolo con un dedo inquisidor.

—No, joven. Su padre quiere que el chico esté presente durante el acto…

—El acto. ¿Qué acto? —inquirió Angus con el ceño fruncido.

—Entren ambos en la alcoba, y el señor McEilean les explicará.

Angus echó una última mirada inquisidora a Broc y entró. A su vez, el muchacho lo siguió con un miedo irracional.

—¿Qué significa esto, padre? ¿Por qué está el notario y no haces salir al mocoso? —inquirió Angus nada más entrar, sin molestarse en saludar ni en decirle una palabra de aliento a su progenitor.

Ferguson entrecerró los ojos.

—El señor McEilean me ha hecho venir para modificar su testamento —apuntó el notario mientras miraba la hora en su reloj de bolsillo.

—¿Cómo? No entiendo. ¿No estaba todo dispuesto hace ya años? ¿Qué quiere modificar ahora?

—Hijo… Enseguida el señor Ferguson leerá lo más importante. Un cambio que yo mismo, en pleno uso de mis facultades, le he pedido que hiciera.

Angus volvió de nuevo a clavar los ojos en el niño que se retorcía las manos, incómodo.

—¿No me digas que…? No puede ser, no puede ser. Ya entiendo por qué este maldito crío se pasaba los días metido aquí dentro, quería ganarse tu confianza para quedarse con mi herencia, mi dinero, mis bienes…

—Tu herencia, sí, pero todavía no son ni tu dinero ni tus bienes, jovencito —respondió el señor con firmeza.

—Señores, tengo otro asunto urgente que atender, así que les rogaría que abrevien… —intervino el notario con un pliego de papel en su mano.

Angus, rojo de ira, los arrancó de las manos del hombre y comenzó a leer con celeridad, mientras su expresión de cólera se acentuaba considerablemente, era como un volcán a punto de erupcionar, y Broc temió que la lava de aquel coloso lo alcanzara sin remedio.

Cuando terminó de leer, arrojó los documentos al suelo.

—Padre, ¿es que acaso no se da cuenta de que ha sido engañado por este pillastre, que ha permanecido a su lado por el mero interés de heredar parte de sus bienes? —dijo Angus conteniendo las ganas de estallar y disfrazándolas de condescendencia.

—Este pillastre, como tú lo llamas, es el único que se ha ocupado de mí en los últimos tiempos. Ha estado a mi lado, cuidándome en esta terrible enfermedad, que me consume por momentos y me hace gritar a veces de dolor e impotencia. Su mano es la única que ha sostenido la mía. Mientras la de mi hijo estaba vete a saber dónde, esperando mi muerte con ansia para quedarse con todo lo que yo he conseguido en vida con esfuerzo y determinación.

—Eso es mentira. He de atender sus obligaciones, padre. Las suyas y las mías, así que poco tiempo me queda para nada más —se justificó Angus llevándose ambas manos a la cabeza.

—Sin embargo, hijo, sí las tienes para ir a visitar a la hija de la posadera, con quien tengo entendido que tienes más que palabras, ¿cierto?

—No meta a Fía en esto. Además, es mi vida y yo decido en qué emplear el tiempo.

—Muy bien. Por esa misma razón, hijo, son mis bienes y yo decido a quién los lego, y pienso que el joven Broc se merece una parte de estos, pues él no tiene a nadie que lo ampare y es todavía un chiquillo. Ese dinero y la casita que recibirá en cuanto yo fallezca, le facilitarán mucho las cosas, ¿no crees?

—Lo único que creo es que va a entregarle bienes que me pertenecen a un criado.

—Es solo una pequeña parte, Angus, no seas avaricioso…

—No es avaricia, padre. ¿Acaso ha pensado en lo que dirán en el clan cuando se enteren? ¿Y nuestras amistades? Seguro que pensarán que el mocoso es su hijo secreto. No quiero que las malas lenguas se ceben con nuestra familia, eso es todo.

—A nadie le importa y mucho menos tienen que saber a quién he dejado yo mis bienes, demonio.

—Lo sabrán, padre, lo sabrán. El escándalo azotará a nuestro clan y yo no quiero que eso ocurra. Así que, piénselo bien, todavía está a tiempo. Yo le prometo que no dejaré desamparado al chico. Pero de ahí a legarle una parte de la fortuna familiar, hay un trecho, y veo del todo inconveniente hacerlo.

—Hijo. He meditado esto por mucho tiempo. Lo que quiero decir es que no es un impulso de última hora, y no voy a cambiar de opinión.

»Por otra parte, te pido que no hagas nada en contra de mis últimas voluntades. Es lo mínimo que puedes hacer por tu padre, ya que tus numerosos quehaceres no te dejan tiempo ni para asomar la cabeza por esta alcoba, donde mi única compañía son la enfermedad

y la mano de este muchacho, que tanta lealtad hacia mí ha demostrado.

∞∞∞

Aquella noche, Broc no pudo dormir. Sabía que Angus no se quedaría de brazos cruzados ante la firmeza de su padre, y que trataría por todos los medios impedir que este le legara a él una pequeña parte de su gran fortuna.

Tenía claro que, en cuanto el anciano exhalara su último aliento, se marcharía del castillo sin nada. No quería los bienes de su señor, no si eso podía desatar el odio y las especulaciones hacia él, que todo lo había hecho de corazón.

Era muy joven, no tenía dinero, ni tan siquiera un tejado con el que cubrirse del frío. Pero era un trabajador incansable y estaba seguro de que encontraría un empleo como sirviente en cualquiera de las casas de Inverness.

A aquella conclusión había llegado nada más salir de la alcoba del señor, cuando Angus le dijo con la mirada, que antes muerto que compartir lo que era suyo por ley.

Cuando consiguió abandonarse a un sueño tumultuoso, era ya demasiado tarde, tanto, que no escuchó el canto del gallo, ni el trajín del servicio en la casa. Se durmió, nunca había ocurrido.

Unos golpes en la puerta lo hicieron saltar de la cama, y al ser consciente de lo tarde que era, su corazón se desbocó, pues su sentido de la responsabilidad era firme.

Al abrir, encontró a Angus con una expresión que no fue capaz de descifrar. Sin mediar palabra, lo agarró por el cuello y lo levantó.

Broc sintió que la vida se le escapaba por segundos, mientras trataba de zafarse del agarre de la mano fuerte y adulta de Angus.

—Él, él ha sido, él ha matado a mi padre.

De súbito, lo soltó y Broc cayó al suelo, con el rostro amoratado y jadeando. No fue consciente, hasta que notó la humedad, de que se había orinado en los pantalones.

Los soldados lo aprehendieron y Broc no entendía nada.

—¿Qué hacen? ¿Por qué me llevan? Yo no he hecho nada.

—No mientas, gusano. Sabía que planeabas algo, lo sabía. Pero no te saldrás con la tuya, pues en la horca pagarás por el daño que has hecho.

—La horca… Por favor, esto debe ser un malentendido. Mi señor no puede estar muerto. Ayer se encontraba bien, se había recuperado de su último ataque. No puede estar muerto, no lo está. Llévenme ante él y pregúntenle, les dirá que siempre fui leal y lo cuidé como si se tratara de mi padre.

—Cállate ya, muchacho. Y deja de patalear o tendremos que silenciarte —dijo uno de los soldados brutales que lo intentaban inmovilizar.

Broc mordió el brazo de su captor y este dio un grito, pero lo soltó el tiempo suficiente como para que pudiera escaparse. Corrió y corrió por la enorme casa. Se deslizó por la barandilla de la escalinata, como solía hacer desde que era muy pequeño y nadie lo veía; trató de salir de la casa, mas no pudo. En la puerta había dos soldados que le salieron al paso. Corrió hacia el interior de nuevo. Su intención era colarse en la cocina y salir por la puerta trasera. Así que bajó al sótano, donde se ubicaban las cocinas. A punto estaba de salir por la puerta, cuando sintió un fuerte golpe en la cabeza.

Akay, que se había enterado de todo y se alegraba de la caída en desgracia del muchacho, le había golpeado con un palo.

El chico cayó al suelo, inconsciente. Cuando despertó, su mundo había cambiado para siempre.

Capítulo 2

Gleann House, veinte años después.

Leontine McEilean no era una muchacha como las demás. Sus intereses iban más allá de los propios de las chicas de su edad, que no eran otros que casarse y tener hijos. Ella, por el contrario, disfrutaba de los libros plagados de aventuras por vivir y soñaba con conocer aquellos lugares que los ejemplares de la biblioteca familiar le mostraban.

Su padre estaba realmente preocupado, pues se pasaba el día inmersa en otras vidas para escapar de la suya, que no le parecía feliz, pues nunca ocurría nada interesante.

Además, tenía un secreto, era la mejor arquera de todo Inverness, al menos, así se consideraba ella misma, ya que su puntería con el arco era inigualable.

Contaba ya diecinueve primaveras y no habían sido pocos los pretendientes que quisieron convertirla en su esposa, pero ella había rehusado cada una de sus propuestas de matrimonio.

Así pasaron dos años, hasta que su padre la llamó a su despacho.

Sabía que lo que sea que tuviera que decirle comprometería su vida. No era la primera vez que tenía con él una conversación sobre

su futuro, futuro del que se suponía que era dueña, claro está, pero tal parecía que su padre se empeñaba en dirigirlo a su antojo.

Llamó a la gran puerta y su padre la abrió, franqueándole el paso con semblante serio.

—Siéntate, hija…

Leontine obedeció con desconfianza mientras él tomaba asiento.

—Verás, hija. Acabas de cumplir diecinueve años y creo que va siendo hora de que te cases —dijo su padre con firmeza.

—Padre querido, creo que diecinueve años no son nada y yo todavía no me siento preparada para abandonar mi hogar. Me moriría de soledad. No concibo la idea de vivir en otra casa, en otro clan —argumentó la muchacha con convicción.

—Leontine, esta vez no funcionará tu cantinela de siempre. Y no lo postergaré más. Le prometí a tu difunta madre que no consentiría una boda sin amor, pero el tiempo pasa, y la belleza de la juventud no te durará toda la vida. Estás en una edad en la que, poco a poco, comenzará tu declive.

—Si soy poco más que una niña…

—Cuando me casé con tu madre, ella tenía dos años menos que tú.

—De eso hace ya mucho tiempo, todo ha cambiado.

—Puede ser, hija. Pero lo que nunca cambia es la obligación de formar una familia, tú obligación.

—Yo ya tengo una familia, no necesito otra y mucho menos tener hijos, no me siento preparada para aguantar a pequeños mocosos llorones. Antes prefiero criar cerdos…

—Déjate de tonterías, Leontine y empieza a pensar como lo que eres.

—¿Y qué soy?

—Una mujer hecha y derecha que ya debería tener al menos un hijo, demonio.

—Padre, por favor. Dejémoslo un año más. Yo prometo que el año que viene no me quejaré y aceptaré su voluntad. Ahora no estoy preparada para el matrimonio.

—Así llevamos dos. No voy a ceder de nuevo…

—¿Medio año?

—Ni un mes… —dijo el padre cruzándose de brazos.

—¿Unos días al menos? Más que nada para que me mentalice de mi deber como hija de Angus McEilean.

El padre suspiró y juntó sus manos en modo de plegaria.

—Está bien, Leontine, te doy una semana. Siete días, ni uno más. Entonces escucharás mi propuesta y te presentaré al hombre que he elegido para ti.

A Leontine se le revolvió la tripa. Viniendo de su padre, estaba convencida de que le presentaría al típico individuo brutal y autoritario. Detestaba a los hombres que se creían por encima del bien y del mal; a los que caminaban por el mundo esperando que el brezo se abriera a su paso.

—Sea —pronunció ella antes de levantarse, besar a su padre en la frente y abandonar la estancia al trote.

Corrió por los pasillos de la imponente Gleann House, su hogar, el único que conocía. Si bien era cierto que no quería abandonarla,

más pesaba el hecho de que quisieran imponerle un matrimonio que no deseaba.

El amor no había llamado a su puerta todavía, ni parecía tener intenciones de hacerlo. Quizá no había conocido al hombre idóneo, quién sabe. Algunos chicos que conocía le resultaban atractivos, incluso por uno o dos había sentido cierta atracción, hasta que abrían la boca y dejaban ver su inexistente intelecto, además de su falta de educación.

Sabía a ciencia cierta que no todos los chicos eran así, pero había tenido mala suerte, quizá.

Ella quería un amante que la cubriera por la noche con sus abrazos, que la besara apasionadamente, que dijera a su oído cuánto la amaba. Como en aquel libro prohibido de su madre, ese que le había regalado con la promesa de no dejárselo leer a nadie jamás y que alguien se dejó olvidado en la posada donde esta se había criado.

No tenía nombre de autor, solo un título que inspiraba miles de aventuras y una gran historia de amor: *El latido del brezo*.

El brezo, que cubría su tierra como un tapiz hermoso y colorido.

En aquel libro, un hombre misterioso se enamoraba de la inocente protagonista para llevarla por senderos de pasión desconocidos hasta ese momento para ella. No podía dejar de releerlo, normalmente por la noche, a la luz de las velas. Y siempre se emocionaba, reía, lloraba. No sabía qué le pasaba con aquel libro en concreto, pero en cada relectura hallaba algo nuevo, un detalle que se le había escapado en la lectura anterior. Adoraba aquel tesoro que su difunta madre le había legado y que esta nunca había podido leer sola, pues no sabía.

En ocasiones, era consciente de que lo leía para ella y creía que, en algún lugar, si su madre la estaba viendo, compartiría la historia

que se tejía en su mente. Cuando ese pensamiento la abordaba, se emocionaba y recordaba un momento y unas palabras:

Ella estaba sentada delante del tocador, su madre peinaba con paciencia su larga melena castaña y rebelde.

—Leo, hija mía, nunca consientas en casarte sin amor. Mis padres lo hicieron y fueron desgraciados toda su vida. A su vez, me hicieron desgraciada a mí, que crecí sin el cariño de ninguno de los dos. Sin embargo, cuando conocí a tu padre, supe que él sería mi esposo, no me preguntes cómo, pero lo supe. Me casé por amor, hija, y fue maravilloso.

Pocas semanas después, Fía, su madre, se cayó de un caballo y murió al acto.

De aquello hacía ya tres años, tres años que pesaban como losas.

Fue consciente de que se hallaba en el parque, tras haber avanzado varios pasos en el frío del otoño. Sonrió, cuando pensaba en el pasado, en su madre, en sus palabras, en aquel libro conseguía evadirse por un rato de la vida que le había tocado en suerte, protegida por un padre demasiado autoritario, que ahora ya no quería respetar las últimas voluntades de su amada esposa.

Se sentó al borde de un acantilado y se dejó mecer por la brisa fría, mientras las flores violáceas acariciaban sus brazos semidesnudos.

Se abrigó con un chal grueso de tartán y decidió que no se rendiría, tenía una semana para no sabía bien qué. Ella misma la había pedido con el fin de ganar tiempo, pero el cerco se estrechaba y, si nada lo remediaba, tendría que cumplir con la voluntad de su rígido padre.

A no ser… que en una semana ella no estuviera en Gleann House. Sonrió, se levantó y mirando al horizonte se hizo una promesa.

Nadie la doblegaría.

Capítulo 3

La lluvia arreciaba por momentos y un carruaje negro como la noche subía la colina de Craig Phadrig. Los caballos relinchaban inquietos y el cochero los arreaba para que continuaran su camino. La tormenta tomaba un cariz amenazador.

De pronto, tras un rayo que trajo consigo un trueno ensordecedor, arribaron a su destino.

El cochero descendió del pescante con celeridad y se dispuso a ayudar al viajero con su equipaje.

Dicho viajero era un hombre envuelto en una capa oscura, con sombrero de copa y una bufanda que le cubría la parte inferior del rostro, dejando ver solo dos ojos incisivos que lo observaban con dureza.

—Vaya a guarecerse de la lluvia, señor, yo mismo entraré su equipaje en la casa —dijo el cochero.

Pero el hombre se limitó a negar con la cabeza y cargó el baúl, que era su único equipaje, en uno de sus hombros, para dirigirse luego a paso vivo hacia la verja de la gran casa que se iluminaba con los rayos.

El cochero se santiguó. En verdad el individuo le inspiraba verdadero terror, con aquel halo misterioso y su potente voz.

Antes de subir al carruaje, observó la inscripción en un viejo cartel de madera clavado en el muro que delimitaba la propiedad: Beinn Criosd Manor.

Negó con la cabeza y ocupó su sitio en el pescante, para alejarse con celeridad de aquel lugar lúgubre y abandonado.

John Sinclair, el mayordomo de la imponente Beinn Criosd Manor, se hallaba limpiando la plata cuando el aldabón de la entrada lo sorprendió sobremanera.

Él hombre abrió mucho los ojos, no esperaba al nuevo dueño de la mansión hasta bien entrada la noche, y tan solo eran las seis de la tarde. Todavía no estaba preparado para recibirlo, por mucho que se habían afanado él y los demás sirvientes en que todo estuviera impecable.

Hacía dos años que la casa no tenía dueño y el servicio se había visto reducido al mínimo. Los pocos sirvientes que quedaban habían vivido en una pequeña parte de la casa y limpiado cada mes el resto para que no acabara presa del abandono. Sin embargo, el parque era una verdadera selva. No daba para tanto el dinero que el antiguo dueño proporcionaba para el mantenimiento de su desangelada propiedad, que había conocido tiempos infinitamente mejores.

—¡Ya está aquí el señor! ¡Todos a vuestros puestos! —decía John mientras caminaba a paso vivo hacia la puerta principal.

Justo antes de abrirla se recompuso el frac, respiró profundamente y abrió.

Un caballero de oscuro atuendo y mirada penetrante lo aguardaba en el umbral. Como único equipaje, llevaba un viejo baúl.

—Buenas tardes, conde. Ha llegado usted pronto…

—Sí. Con esta tormenta, he preferido no alargar mi estancia en la ciudad.

—Deme su abrigo y su sombrero, están empapados.

El conde lo observó con expresión indescifrable, pero hizo lo propio, entregándole al mayordomo sus pertenencias.

Al descubrir su rostro, John pudo apreciar que el conde era más joven de lo que él hubiera imaginado. Tenía el cabello negro, que le caía sobre los hombros en ondas desiguales a causa de la humedad de la lluvia. Sus ojos pardos y sus facciones marcadas transmitían viejas heridas sin curar. Era como si el rostro del rencor se hubiera instalado en aquella casa.

Se podría decir que, para el sexo opuesto, aquel rostro podría resultar peligroso y atractivo. Sin embargo, a John, un hombre de modales rectos y pulcros, se le antojaba algo tosco y vulgar, aunque no sería él quien abriera la boca: aquel hombre les pagaría el sueldo a él y a sus compañeros, un sueldo digno y no las limosnas que habían recibido como pago por sus servicios en los últimos tiempos.

El conde iba vestido de negro, con chaleco, camisa, *cravate* y pantalones del mismo color. Unas botas de caña alta complementaban aquel oscuro atuendo.

—Le presentaré al servicio —dijo John de pronto, tras entregarle a una de las sirvientas las prendas del conde.

—No es necesario.

—Entonces le mostraré la casa.

—No, solo dígame, ¿dónde está mi alcoba?

—De acuerdo, señor, yo mismo lo acompañaré.

El conde le dedicó a su nuevo sirviente una mirada de hastío, pero esta vez no se negó. John pensó que un «sí» para variar no estaría de más.

—¡Beth! —exclamó el mayordomo—, lleva el equipaje del señor a su alcoba.

—No se preocupe, John. Yo mismo lo haré —dijo el conde y cargó de nuevo el baúl al hombro.

—Pero, conde, eso lo deberíamos hacer los sirvientes. Usted…

—Silencio, mayordomo —dijo con sequedad—, respete mi voluntad y nos llevaremos bien. No quiero que nadie dirija mi vida, tampoco lo que puedo o no puedo hacer. Ver, oír y callar, eso es lo que pido a mis sirvientes. ¿Será posible?

—Sí, claro, señor —dijo John con la cabeza gacha—. Será como usted ordene.

El conde asintió con la cabeza y, sin decir nada más, siguió a John hacia la segunda planta, donde se hallaban las habitaciones.

∞∞∞

En las cocinas, mientras tanto, una muchacha de pelo desgreñado y castaño comía con ansia el guiso que la cocinera, Helen, le había puesto sobre la mesa al verla llegar aterida de frío y golpeada por el hambre.

—Entonces, ¿de dónde dices que vienes?

—De muy lejos, de las Lowlands.

Helen entrecerró los ojos.

—¿Y has venido andando?

—Bueno, no todo el camino. He recorrido una distancia considerable en la diligencia de postas.

—Pareces muy joven. ¿Dónde están tus padres?

—Soy huérfana —respondió contundente.

A la cocinera no le cuadraban las explicaciones de aquella muchacha, que vestía ropas de calidad y decía venir de tan lejos, pese a que su forma de hablar era la propia de la gente de Inverness.

—¿Y cómo has llegado a Beinn Criosd Manor? ¿Quién dijiste que te mandó aquí?

—Conocí a una mujer en Inverness, me dijo que en esta casa buscaban sirvienta.

—Sí, claro. Aunque tendrás que hablar con el mayordomo: él es quien se encarga de los empleados del servicio.

—¿Y dónde está?

—Ahora mismo, recibiendo al nuevo señor de Beinn Criosd. Es un conde, ¿sabes?

—Ajá…

—Creo que tendrá para un rato. De momento aliméntate, muchacha. Traías una cara de hambre…

—Sí, se me acabaron las provisiones ayer por la noche…

—Muy bien. Quédate aquí. Iré a ver si el señor Sinclair ya se ha desocupado. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Leontine —dijo la muchacha casi sin pensar y se mordió el labio inferior. Se le había escapado su verdadero nombre—. Bueno, ese es mi apellido, mi nombre es Mary, Mary Leontine.

—Muy bien, Mary Leontine. No te muevas de aquí, y no se te ocurra robar nada. ¿Entendido?

Leontine asintió con la cabeza. ¿Qué querría robar ella de una cocina?

Por lo pronto, había conseguido su cometido, escapar de casa sin ser vista. Sin embargo, no tenía dinero. Lo único que se le había ocurrido era emplearse como sirvienta en una casa alejada del tumulto de la ciudad sin llamar mucho la atención para ahorrar, poder viajar y empezar una nueva vida lejos de las intenciones de su padre. El problema era que este no se quedaría de brazos cruzados. Estaba segura de que la buscaría por tierra y mar sin descanso, hasta dar con ella y llevarla a rastras al altar, un altar que ella no deseaba ni tan siquiera atisbar.

Capítulo 4

Angus McEilean se hallaba en un sillón. Una botella de *whisky* era su única compañía. Desde que su hija se había marchado, dos días antes, no vivía.

Había salido con algunos hombres de confianza a buscarla, pero tal parecía que se la había tragado la tierra. Era consciente de que se había marchado por voluntad propia y en cuanto diera con ella, unos azotes iban a ser el menor de sus males, pues la llevaría a rastras si hacía falta hacia el altar.

Akay entró en la estancia y le anunció que el señor Campbell, prometido de su hija, estaba en el vestíbulo.

Angus se llevó ambas manos a las sienes y trató de respirar hondo.

—Hazlo pasar.

Akay, tras un leve asentimiento de cabeza, se alejó hacia el lugar donde aguardaba el visitante.

—Que Dios me ampare —musitó Angus mientras se recomponía la ropa y vaciaba el contenido del vaso.

El visitante entró en la sala y saludó a Angus con familiaridad.

—Amigo mío, ¿qué sabemos? —indagó con firmeza.

—Nada todavía, Campbell, pero es cuestión de días, de horas incluso. Es solo una pataleta de niña malcriada; Leontine es así en

ocasiones, ya lo hablamos cuando la pediste en matrimonio.

—No tengo mucho tiempo, McEilean. He de saber algo seguro como mucho en una semana, de lo contrario y muy a mi pesar, tendré que ejecutar la deuda que mantienes con mi banco.

—Por favor, Campbell. Te pido, es más, te ruego un poco de paciencia. Leontine no ha podido ir muy lejos. Puede que esté en casa de alguna amiga, escondida.

—¿Y no les has hecho una visita? Piensa que hay mucho en juego…

—Claro que he ido, pero estoy seguro de que mienten. Entiende que no puedo hacer demasiado ruido, si alguien llegara a enterarse de que mi hija se ha escapado, sería un escándalo con el que no quiero tener que lidiar.

—El escándalo será que todos los que vivís en esta casa, incluido tú, tendréis que salir de ella con las manos vacías. Así que ve a visitar a esas pequeñas harpías y hazte oír. Tienes una semana, McEilean.

Y tras decir esto, Firth Campbell se alejó con paso enérgico, mientras los faldones de su levita danzaban frenéticamente.

Angus se derrumbó de nuevo en su sillón y masculló:

—Maldita cría. No tienes ni idea del daño que nos has hecho a ambos con tu actitud.

De súbito, se levantó de nuevo, llamó a Akay y le pidió que preparara su carruaje. Iba a salir y no regresaría a casa sin su hija.

∞∞∞

John observó a Leontine. Sus ropas estaban ajadas, empapadas, sin embargo, eran de excelente calidad. También sus modales eran los de alguien de buena cuna, por lo que el mayordomo dedujo que la muchacha podría estar huyendo.

—¿Y de dónde me has dicho que venías?

—De las Lowlands…

—Sí, lo sé. ¿Pero de dónde exactamente?

Leontine cerró los ojos. No pensó que le preguntarían tanto. Así que improvisó.

—De Aberdeen…

John abrió mucho los ojos.

—Qué extraño, tu forma de expresarte es común por estas tierras…

Leontine se puso colorada, su mentira haría aguas si no lo remediaba.

—Es que mis padres eran de Inverness. Pasé largas temporadas en la casa que teníamos muy cerca del Lago Ness.

John entrecerró los ojos y obvió recordarle que ella misma le había dicho a la cocinera que no tenía padres, que era huérfana, y ahora hablaba de casas junto al lago… Aquello era cuando menos sospechoso.

—Muchacha, no sé si es buena idea que trabajes en esta casa. Aquí no queremos problemas.

—Y no los tendrán, de verdad, señor. Necesito el trabajo. Sé coser, tocar el piano, cazar; sí, soy muy buena cazadora. Además, me

defiendo muy bien con los pinceles, podría llenar esta casa de cuadros hermosos.

—No necesitamos a nadie que cace o pinte cuadros, señorita. Lo de coser es otro cantar, mas no se necesita una costurera a tiempo completo…

—Podría hacer más cosas, aprendo pronto. Por favor, déjeme quedarme, prometo que trabajaré noche y día —soltó Leontine arrodillándose.

—Levántate, muchacha, no es necesario que supliques. Está bien, ayudarás en las cocinas y en las labores de la casa. Pero recuerda que estás a prueba, si no haces bien tu trabajo, tendrás que marcharte.

Los ojos de Leontine se iluminaron y se levantó del suelo con celeridad.

—Muchísimas gracias, señor Sinclair, prometo que seré la mejor sirvienta que jamás haya pisado esta casa.

—Con que hagas bien tu trabajo me conformo. Ahora ven, te enseñaré tu alcoba.

La muchacha siguió al mayordomo, quien parecía más incómodo que ella misma. La humedad de sus ropas le calaba los huesos y necesitaba cambiarse con celeridad. Tan solo llevaba un pequeño hatillo con su amado libro y un colgante de oro en forma de corazón con el escudo de su clan grabado en el centro. No había podido llevarse nada de ropa, pues todos sus vestidos eran de lo más opulento y pesado. Había salido de casa con el más liviano y cómodo que tenía. Ahora estaba destrozado, había pasado dos días a la intemperie, sin saber muy bien qué hacer, hasta que en Inverness halló la solución, mientras paseaba entre los tenderetes de los marchantes.

De súbito, mientras subían las escalinatas que conducían a la segunda planta, una figura de negras vestiduras pasó por su lado como una gélida exhalación. Por un momento, su mirada se cruzó con la del individuo, de aspecto duro. Él la retiró con desdén. Leontine se estremeció de arriba abajo.

—¿Necesita algo, señor? —preguntó John, solícito.

—Todo está bien, mayordomo.

Leontine vio la expresión contrariada de John y sintió una curiosidad imperiosa que trató de aplacar preguntándole al sirviente por el porte siniestro de aquel hombre.

—Es el nuevo señor de esta casa, muchacha. Es un conde, el conde de Gruinard.

—Da un poco de miedo…

John se encogió de hombros.

—Hace solo un rato que arribó, coincidió con tu llegada. Raro es que no te toparas con el carruaje que lo trajo hasta aquí.

Leontine cerró los ojos. Recordaba como aquel vehículo infernal la había manchado de barro al dirigirse a la casa, y luego otra vez al volver. Había soltado por la boca varias maldiciones incluso.

Subieron hasta la cuarta planta, donde se encontraban las alcobas del servicio. El olor a humedad se internó en los orificios nasales de Leontine con fuerza.

El mayordomo se paró ante una puerta vieja, pero no por ello menos hermosa. Una cabeza de león tallada la observaba paciente, tal parecía el guardián de aquella habitación misteriosa, la única que tenía una puerta tan opulenta.

Al entrar en el cuarto, la luz de la luna bañó el rostro de la muchacha. Era una habitación austera, con una cama pequeña, un armario que había conocido tiempos mejores y una mesita de noche donde reposaba una vela a medio consumir, con su correspondiente palmatoria. En el suelo había un destartalado bacín.

Un pequeño escritorio, donde aguardaba un recado de escribir, completaba el mobiliario de la alcoba y su correspondiente silla.

—Es la única alcoba con escritorio, si no lo quieres, házmelo saber y lo quitaré.

—No, por favor. Es perfecto —apuntó Leontine.

—Muy bien. En el armario hay ropa limpia —intervino John.

—Muchas gracias por todo —dijo Leontine con sinceridad.

—No hay por qué darlas. Buenas noches, Mary. Tendrás que estar en la cocina a las cinco en punto. En esta casa, los sirvientes nos levantamos antes del canto del gallo.

—Allí estaré.

John salió de la estancia y Leontine suspiró. Necesitaba quitarse aquel vestido lleno de barro, que se le pegaba al cuerpo. También dormir, dormir todo lo posible. Llevaba más de dos días sin hacerlo.

Buscó en el armario la ropa de la que había hablado John. No había muchas prendas: dos uniformes de sirvienta, un par de camisones, ropa interior y poco más.

Tomó entre sus manos uno de los camisones de tela recia, tan diferente a los que ella estaba acostumbrada... Era muy grande y se notaba que llevaba muchos lavados, pero lo prefería a la ropa mojada.

Se tendió en la cama y notó que todo el cansancio acumulado la atrapaba entre sus fauces. Lo próximo que sintió fue la visita de Morfeo, quien la colmó de sueños durante toda la noche.

Capítulo 5

Leontine bajó a las cocinas. Todavía era noche cerrada y hacía mucho frío. Su chal de lana continuaba empapado y necesitaba un lavado a conciencia.

John la miró de arriba abajo en cuanto la vio entrar en la cocina.

—Debes recogerte el pelo, muchacha —dijo con firmeza—. No podemos permitir que caigan pelos al suelo o en la comida.

Leontine asintió con la cabeza, no tenía nada para sujetarse el cabello y John pareció leerle el pensamiento.

—En el armario encontrarás gorros…

La muchacha, tras hacer una leve reverencia, se encaminó a su cuarto de nuevo. Como la casa estaba silenciosa y nadie podía verla, subió las escalinatas de dos en dos. Al llegar a su pequeña habitación, se dispuso a buscar los gorros de los que le había hablado John. Estaban en una estantería, había tres, perfectamente doblados y planchados.

Leontine sonrió, siempre le habían parecido de lo más graciosos aquellos gorritos de sirvienta llenos de volantes. Nunca pensó que acabaría convirtiéndose en una de ellas.

Estaba nerviosa, jamás había limpiado y mucho menos cocinado. Haría lo posible por aprender y hacer lo que le ordenaran, todo fuera

por conseguir reunir el dinero que necesitaba para irse lejos y comenzar una nueva vida.

Cuando volvió a la cocina, Helen, la cocinera, la enseñó a amasar pan. Aquello le pareció divertido.

Más tarde, John la mandó arriba, a las habitaciones. Debía hacer las camas y limpiar el suelo de cada una de ellas. ¿Cómo se hacía una cama?, ese era un secreto que pronto descubriría.

—Solo tendrás que hacer una cama, Mary —dijo John al ver cómo la nueva sirvienta se abrumaba—. En las otras habitaciones tendrás que airear, quitar el polvo y fregar el suelo.

Ella asentía a las indicaciones que le daba el mayordomo, pero en su mente intentaba recordar como las doncellas de su casa hacían su cama en vano, pues siempre tenía algo más importante que hacer. Se arrepentía de no haberle dado la importancia que merecía al trabajo de aquellas mujeres que tan hermoso mantenían su hogar, su hogar…

Por un momento, una punzada de dolor se apoderó de ella. Echaba tanto de menos su habitación, su tocador, la luz del sol colándose por las ventanas a media tarde, el sonido del piano cuando ella deslizaba sus dedos por las grandes teclas amarillentas.

Ya nunca volvería a hacerlo. Su vida futura sería mucho más humilde. Una mujer sola en el mundo no lo tenía fácil, mas no sería imposible, ella podría vencer todos los obstáculos que se presentaran en su camino.

—¿Lo has entendido todo, Mary? —indagó John, con una mirada escrutadora.

—Sí, señor Sinclair, perfectamente.

«Mentirosa», pensó, pues se había perdido en sus cavilaciones y había desconectado de la conversación hacía ya varios minutos.

—En fin, el señor ya se ha levantado y ha salido de su alcoba. Es el momento de que vayas a adecentarla.

Leontine asintió y, con un balde lleno de agua, un cepillo y un paño, subió a la primera planta; siguió las indicaciones de John para ir a las habitaciones del conde y, al llegar a la puerta, la abrió. La oscuridad y un ambiente cargado la recibieron.

Aprovechó la escasa luz que entraba del pasillo y se acercó a los ventanales para descorrer las cortinas. La luz de un sol mortecino se coló en la estancia y Leontine se acercó para contemplar la hermosa vista al estuario.

Se quedó embelesada con la belleza excepcional del paisaje, no pudo evitarlo.

Perdió de nuevo la noción del tiempo, olvidándose del motivo que la había llevado a aquella hermosa habitación, que todavía no se había preocupado de mirar ni tan siquiera.

—¡¿Qué haces aquí?! —preguntó una potente voz que la hizo dar un respingo.

—Disculpe, conde. Vine a limpiar y, al abrir las ventanas, vi estas vistas tan hermosas. Me distraje, pero no volverá a ocurrir. Enseguida haré mi faena y me iré.

El conde la observó sin decir nada. El corazón de Leontine galopaba sin freno por el susto que el dueño de la casa le había dado.

—Date prisa entonces —dijo él apartando la mirada de la suya.

Él se sentó en un hermoso escritorio que había apoyado en la pared. Los muebles de aquella habitación eran muy grandes y de madera tallada. Le recordaban un poco a los de su casa, aunque debía reconocer que aquellos no eran tan ostentosos como los que tenía delante y quizá fuesen más modernos.

Leontine se apresuró a sacar las sábanas para sustituirlas por las que John le dijo que encontraría en el armario, pero no recordaba en qué puerta le había dicho. Tampoco se lo podía preguntar a aquel hombre de mirada desconfiada y huidiza.

Respiró profundamente y utilizó la lógica. ¿Dónde las guardaría ella? Había tres puertas, la tercera cercana a la pared era la más pequeña.

Giró la cabeza y contempló por unos segundos la ancha espalda del conde que escribía con paciencia una misiva. Leontine sonrió, estaba demasiado distraído para que pudiera observar si se equivocaba o no de puerta.

Devolvió su mirada a la puerta pequeña del armario y la abrió. Respiró aliviada cuando vio, perfectamente doblados, varios juegos de sábanas.

Cogió uno y se dispuso a ponerlo en la cama. Ahí empezaron sus verdaderos problemas, no había manera de que las sábanas quedaran lisas, sin arrugas.

Leontine comenzó a sudar, el tiempo transcurría y ella continuaba sin conseguir arreglar aquel desaguisado.

—¿Piensas pasarte todo el día haciendo una cama, muchacha? —inquirió de pronto el conde.

La sirvienta tragó saliva.

—Enseguida termino, señor —dijo tratando de estirar el lienzo de nuevo.

Tanto estiró que la tela se resquebrajó e hizo un sonido que a Leontine le pareció del todo estrepitoso.

El conde se levantó de su silla.

—¿Qué demonios…? —preguntó arrugando el gesto.

—Lo siento, lo siento mucho. No pretendía romperla, descuéntemelo de mi sueldo, por favor… —dijo Leontine con verdadera consternación.

El conde se acercó al lecho, agarró la sábana con ambas manos y tiró de ella para romperla como si de papel se tratara.

—No te preocupes, hablaré con el mayordomo. No puede haber en mi casa sábanas en mal estado.

—Probaré con otras…

—Déjalo, muchacha. Ve a seguir con tus tareas en otra parte.

—No puedo dejar la habitación del señor sin terminar.

—Todo está limpio, y la cama la haré yo mismo.

—Señor, usted no puede hacerse la cama. John dijo…

—John es solo un sirviente y su palabra no tiene más peso que la mía. La cama la haré yo y no se hable más. Ahora vete.

Leontine asintió, recogió las sábanas sucias y las rotas y salió de la estancia. Si el mayordomo se enteraba de lo que acababa de ocurrir, la pondría de patitas en la calle, así que subió a su habitación

con celeridad y escondió las sábanas rotas en el fondo de su armario. Luego bajó a la carrera y llevó las sucias al gran cesto que había en un cuartito, junto a la despensa, donde le había dicho John que se dejaba la ropa para lavar.

Subió las escaleras que conducían a la primera planta y entró en la habitación contigua a la del conde. Era una especie de gabinete, que bien podría haber pertenecido a la anterior señora de la casa. Tenía mucha luz y unos ventanales grandes con las mismas vistas que la habitación del señor.

Dejó el balde en el suelo y se arrodilló. Miró el cepillo e hizo lo que le había visto hacer a las sirvientas de su hogar tantas veces, arrodillarse y frotar con fuerza.

Tan afanada estaba, que no fue consciente de que alguien entraba en la estancia, hasta que sus relucientes botas la hicieron alzar la mirada.

Capítulo 6

Que todo Inverness se enterase de que Leontine McEilean había huido de casa para no casarse con el rico banquero Firth Campbell era algo que había que evitar a toda costa. Por ello, Angus rehusó el consejo de uno de sus hombres de confianza, quien tenía un periódico y quería publicar la noticia y ofrecer una sustanciosa recompensa a quien diera evidencias veraces del paradero de la joven.

—Pero sería una magnífica manera de dar con ella. Además, siempre podemos decir que fue secuestrada, que no se marchó por propia voluntad —insistió Thomas, fiel amigo de la infancia de Angus.

—Prefiero, por el momento, que no se sepa. Además, una recompensa puede ayudar a encontrarla, sí, aunque también puede atraer a los estafadores.

—Sí, mi querido amigo, no puedo negártelo. Pero creo que sería la forma más efectiva de dar con tu hija y hacer que esta vuelva a casa y cumpla con su deber. No olvides que Campbell te dio siete días y el tiempo corre en tu contra.

—No me lo recuerdes, Thomas. He de buscar una solución que no pase por airear la triste realidad, que mi hija se ha marchado a vete a saber dónde, para no ayudar a su pobre padre. Si no la encuentro pronto, perderé la casa. No puedo permitirme perderla, amigo mío.

—En fin… Si no quieres hacer lo que te digo, poca ayuda te puedo ofrecer.

—No digas eso. Quizá puedas indagar por tu cuenta. Eres un periodista avispado, y si en alguien confío, es en ti. Dime que sí, por favor, que lo harás por nuestra larga amistad.

Thomas se atusó la barba.

—Me esperan unos días ajetreados en el periódico. He de estar al pie del cañón.

—Siempre puedes decirle a tu hijo que mantenga el barco a flote y te informe de lo más importante a ti. Lo demás lo puede llevar a cabo él mismo. ¿O no recuerdas cuando estuviste con aquel ataque de gota? Él fue quien se encargó de tu periódico y nadie lo notó, al contrario, tú mismo reconociste su ejemplar labor.

—Sí, soy consciente de ello, pero también es cierto que mi hijo gastó demasiado dinero aquellas semanas. No es muy bueno con las finanzas…

—No creo que la tierra se haya tragado a mi Leontine. Además, eres un gran investigador, nada se te resiste. La encontrarás, amigo. Pongo toda mi fe en ti.

—No he aceptado, McEilean…

—Por los viejos tiempos, Grant… —soltó Angus con un tono de hostilidad velada que a Thomas no le pasó inadvertido.

La expresión del periodista se demudó. Ni se le pasó por la cabeza que su gran amigo utilizaría unos hechos ocurridos tanto tiempo atrás.

—¿Me estás chantajeando?

—No exactamente. Aunque el vínculo que nos une es muy fuerte. Somos como hermanos, hermanos que comparten secretos y que se necesitan mutuamente.

—Me estás chantajeando, está claro.

—Llámalo como quieras. Dime que averiguarás el paradero de mi pequeña Leontine y la traerás de vuelta.

Thomas se secó el sudor de la frente antes de decir:

—Está bien, traeré a Leontine de vuelta. ¿Satisfecho?

Angus le devolvió a su amigo una sonrisa complacida.

—No esperaba menos de ti, mi fiel Thomas.

El periodista apretó los dientes. Odiaba verse en la obligación de hacer algo que no deseaba a causa de unos hechos que ocurrieron cuando todavía no era más que un joven inexperto. Sabía que lo mejor habría sido entregarse, decir la verdad. Pero fue el mismo Angus el que le rogó que callara y lo convenció para hacer lo que hicieron. Todavía el recuerdo de la palidez de la cera donde hubo mejillas sonrosadas lo hacía estremecer.

∞∞∞

Leontine alzó la mirada ante aquellas botas relucientes y negras como el carbón. Los ojos pardos del señor de la casa la observaban con una expresión indescifrable.

Se levantó y se disculpó con torpeza.

—¿Desea algo el señor?

—¿Sabes escribir, muchacha?

—Sí, conde.

—¿Tienes una bonita caligrafía?

—Se podría decir que sí.

—Necesito escribir unas cartas y mi caligrafía es pésima. El destinatario es una persona muy importante, por ello debo causar la mejor impresión —dijo el conde con expresión ladina.

Leontine no pudo evitar pensar que aquel hombre tramaba algo que le producía cierto placer.

—De acuerdo —aceptó y el conde la hizo sentar en la silla de enfrente del escritorio del gabinete donde se encontraban.

Abrió la caja que contenía el recado de escribir y puso frente a ella varias hojas de papel, pluma y tintero.

—¿Necesitas algo más?

—No, todo está bien. Cuando guste, puede empezar a dictarme.

—De acuerdo. Escribe:

»Querido señor:

Me complace ponerme en contacto con usted para informarle de que la mercancía de la que hablé con su secretaria, la señorita Fraser, llegará a puerto en quince días. Ruego que todo esté preparado para cuando eso ocurra y proteja mi mercancía en uno de sus espaciosos almacenes. Es muy importante que sus operarios la manejen con mucho cuidado, ya que el cargamento es frágil y costoso.

En espera de que nuestra relación comercial pueda extenderse más allá de un solo pedido, aprovecho la ocasión para saludarle.

Atentamente,

Conde de Gruinard

Cuando el conde terminó de dictarle la misiva a Leontine, esta temblaba de pies a cabeza.

—¿A quién va dirigida la misiva, conde? —preguntó con la voz entrecortada.

—No te preocupes por eso, prefiero guardar secreto sobre mis proveedores, soy reservado para esos temas.

El corazón de Leontine galopaba con contundencia.

Necesitaba saber si sus suposiciones eran ciertas. Los almacenes portuarios, la secretaria de Francia que se apellidaba Fraser. No podía ser coincidencia y no, si aquella carta iba dirigida a su padre, este se daría cuenta de inmediato de que la letra de la misiva era la suya.

Tenía que pensar con rapidez.

Se levantó de la silla, llevó su mano a la cabeza y cayó a plomo el asiento de nuevo, haciendo golpear su otra mano sobre la mesa, justo donde reposaba el tintero, que volcó irremediablemente y manchó la carta de inmediato.

—¡Oh, Dios! ¿Se encuentra bien, señorita? —indagó el conde con preocupación utilizando un tono formal del que hasta la fecha había prescindido.

—Sí, solo ha sido un desvanecimiento sin importancia, ya estoy mejor.

—Pero está usted pálida. Venga conmigo y tiéndase en el diván.

—Oh, no es necesario. Enseguida estaré bien —dijo Leontine con decisión.

—¿De veras? Quizá sea mejor que vaya a descansar un rato. O, mejor aún, que se tome el día libre. Hablaré con John para que le hagan algo bueno para comer, algo que la ayude a reestablecerse.

—De verdad, no es necesario. Puedo volver a escribir la carta —dijo pensando en todo momento en reescribirla cambiando la letra para que su padre no la conociera.

—En otro momento, muchacha. Ahora quédese aquí y descanse. Avisaré a John para que no tenga problemas.

Leontine iba a replicar, aunque sabía que sería inútil, el conde se había empeñado en que descansara.

El hombre salió de la estancia y cerró la puerta tras de sí. Leontine se levantó como un resorte y comenzó a caminar de un lado al otro. Era mala suerte que justo hubiera acabado en una casa cuyo dueño tenía relaciones comerciales con su padre. ¿Pero quién no las tenía? Angus McEilean parecía estar en todas partes, era como un Dios omnipotente que extendía sus brazos por doquier.

Por nada del mundo podía enterarse de dónde estaba ella, y mucho menos debía saber que había en la casa una sirvienta llamada Mary Leontine. Qué torpe había sido al equivocarse, porque por mucho que hubiera dicho que aquel era su apellido, era lo suficientemente poco común para que su padre lo asociara de inmediato con ella.

Debía prepararse para lo peor y tener presente que quizá tendría que volver a huir más pronto que tarde.

Capítulo 7

Thomas salió de casa de los McEilean con un sabor amargo en la boca. No era el mejor momento para andar haciéndole los recados a Angus, no cuando su familia se desmoronaba. Sabía que su mujer tenía un amante, no era difícil deducirlo, mas prefería hacer la vista gorda a las clases de piano que tomaba cada miércoles y viernes, y que duraban demasiado.

Ella se encerraba con su profesor en el salón y pedía que nadie los molestara. Aquel desalmado venía por las mañanas, cuando él se hallaba en la redacción de su periódico.

Hacía dos años que su traicionera esposa se dejaba mancillar por aquel maldito. Dos años en los que huía de su contacto, dos años en los que cada vez la veía más alejada de él, y no quería, no iba a ser el hazmerreír de Inverness porque a ella se le hubiera antojado vivir aventuras extraconyugales.

La noche anterior habían tenido una discusión horrible en la que él le echaba en cara su reprobable actitud, pero ella lo negaba todo, decía que cerraba con llave para tener más concentración, pues el trasiego de criados la distraía. Él le había replicado que con pedir que no los molestaran tenía suficiente. Ella había respondido que el ama de llaves le tenía ojeriza y por eso inventaba todas aquellas mentiras sobre ella y el pobre señor Clark.

Mathilda siempre le dijo que el ama de llaves la odiaba, desde el primer día que entró a trabajar, poco después de la boda de ambos. Entonces él era joven y apuesto, pero en aquel momento, cuando se acercaba a los cuarenta años, ya su cuerpo se había ensanchado, y una prominente barriga que no le dejaba verse los pies llegaba a los sitios antes que él.

Sin embargo, su esposa estaba cada día más guapa, por ello había cautivado al joven profesor, estaba seguro de ello.

Volvió a su otra preocupación: el encargo de su amigo. Debía darse prisa y acabar con aquello lo antes posible. Así que comenzó a darle vueltas a la cabeza. ¿Cómo se alejaría lo suficiente de su casa una jovencita acostumbrada a una vida acomodada? Estaba claro que caminando no. Aunque la joven Leontine estaba hecha de otra pasta, y la había visto correr por el bosque y cazar con su arco como una verdadera amazona.

Cuando la muchacha desapareció, él mismo le preguntó a su padre si faltaba algún caballo, él le respondió que no. Así que había una opción que cada vez resonaba más en su mente, un coche o la diligencia de postas.

Le pidió a su cochero que lo llevara a la casa de postas más cercana.

Una vez allí, habló con un cochero que, subido en el pescante, se disponía a poner en marcha el gran carruaje.

Le describió a la muchacha y él negó, en los últimos días solo había llevado a hombres y mujeres mayores.

Se interesó por más cocheros a quienes poder preguntar, pero él dijo que, a esas horas, todos sus compañeros estaban en ruta.

Ya estaba a punto de irse, cuando un hombre, que limpiaba un carruaje concienzudamente, se acercó a él.

—Creo que yo sí vi a la muchacha que describe.

—¿Está seguro, caballero? —indagó Thomas con desconfianza.

—Eso depende de su generosidad…

Thomas rodó los ojos y le dio tres chelines. El hombre puso cara de circunstancias, sin embargo, aceptó el soborno.

—Hable ya…

—La muchacha cubría su cabeza con un chal de lana. Me llamó la atención por su atuendo poco indicado para viajar. Subió a la diligencia número tres, la conduce Ernesto, un español poco hablador y con muy malas pulgas. Espero que no le diga que yo le he contado esto.

—¿Por qué tendría que hablarle de usted?

—No lo sé, aunque le ruego que no lo haga. Él llega al punto del mediodía. Si viene entonces, podrá hablar con él.

Thomas asintió con la cabeza y se despidió de aquel tipo, que siguió de inmediato con su faena. Pensó de pronto en pasar por su casa y sorprender a su mujer en plena infidelidad, pero, como siempre, decidió mantener sus ojos lejos de visiones indeseadas, quién sabe lo que acabaría por hacer si llegaba a sorprenderla encaramada a otro hombre, disfrutando con él.

Se subió de nuevo a su carruaje y le indicó a su cochero que lo llevara a la redacción del periódico.

Capítulo 8

Como indicó el conde, Leontine se tomó el resto del día anterior libre. Sin embargo, de madrugada, cuando todavía no se había levantado nadie en la casa, salió de su frío cuarto y se dirigió envuelta en su chal hacia la segunda planta.

La casa era tan grande que le costó localizar la puerta que le interesaba, ni más ni menos que la del gabinete que estaba junto a las habitaciones del conde.

Con cuidado de no hacer ruido, la abrió y se coló en su interior, cerrando con el mismo tiento la puerta tras de sí.

En la mesa todavía seguía la carta manchada de tinta, pero se podía distinguir casi la totalidad de la misiva, además, se acordaba perfectamente de lo que le había dictado el conde. Así que la reescribió cambiando todo lo posible su letra.

Su corazón palpitaba cada vez con más fuerza y tenía la sensación de estar haciendo algo malo, muy malo. Hasta el momento, no había pensado en los sentimientos de pérdida que asolarían a su padre.

Que la quería era una certeza, pero que sus propios intereses estaban en la mayoría de las ocasiones por encima de los de ella, también. Se lo había oído decir a su madre muchas veces cuando no era más que una niña y los escuchaba discutir sin ni tan siquiera alzar la voz.

Pronto aquella carta llegaría a sus manos y la leería sin saber quién había sostenido la pluma para escribirla. Nada más de pensarlo se estremeció.

Cuando hubo acabado, la observó alejándola y acercándola. Luego la comparó con la manchada, la verdad era que había hecho un buen trabajo para disimular su hermosa caligrafía.

Recogió el tintero y la pluma para dejarlos en su correspondiente caja, pero de súbito, vio que sobre la mesa había dos cartas más, torpemente escritas.

Arrugó el gesto. Si aquello lo había escrito el conde, no le extrañaba en absoluto que hubiera recurrido a sus servicios para no mostrar su triste realidad, que tenía múltiples faltas de ortografía y una caligrafía pésima, por no hablar de que no sabía lo que eran ni las comas, mucho menos los puntos. Dejaba de escribir letras, unía palabras, aquello era un verdadero despropósito.

Una a una las copió, transformándolas en escritos infinitamente mejores. Lo que le llamaba la atención era que el conde le había dictado aquella primera carta con gran precisión, por lo que intuía que su problema era poder llevar esas ideas brillantes y bien estructuradas al papel. Algo verdaderamente curioso.

Cuando terminó de escribirlas todas, las dejó a un lado del escritorio y apoyó los codos y la cabeza en él. Solo quería descansar un poco, pero unos toques en el hombro la sobresaltaron de pronto.

No sabía cuánto tiempo había pasado durmiendo sobre la mesa y tuvo que limpiarse un hilillo de saliva que recorría su mentón desde la comisura de la boca.

—Perdón, señorita…

—Sí, conde, usted disculpe. Mary, me llamo Mary y me he tomado la libertad de reescribir sus cartas.

El conde alzó las cejas y tomó entre sus manos las nuevas y pulidas misivas de aquella sirvienta tan valiosa para la escritura.

—Están perfectas, señorita Mary. Son impresionantes —dijo mientras las miraba una a una—, realmente impresionantes.

—Gracias, conde.

—Llegados a este punto, y en vista de su poca maña con las tareas de la casa…

Leontine entrecerró los ojos, molesta.

—Pongo todo mi empeño, conde.

—Lo sé, pero mi mayordomo no está muy contento con su trabajo, y no está seguro de si podrá o no mantenerla en el puesto. Se precisa de alguien que tenga más experiencia en los quehaceres del hogar.

La muchacha agachó la cabeza.

—Aprenderé, se lo juro.

—No es necesario, Mary. Creo que tengo algo mejor para usted, y espero que no rechace mi propuesta.

A Leontine se le iluminaron los ojos y le dedicó al conde una hermosa sonrisa, que él recibió con una sacudida extraña en su interior.

—Usted dirá, estoy ansiosa por saber para qué me necesita.

—Creo que es obvio, muchacha. Has reescrito mis misivas porque has descubierto mi pequeño secreto —dijo el conde tuteándola de

nuevo, esta vez con la cercanía de un amigo: de un aliado, y no con la distancia de un superior hacia su empleada.

La muchacha se encogió de hombros.

—Su secreto está a salvo conmigo.

—Lo sé, no entiendo el motivo, pero me inspiras confianza, Mary. Así que me gustaría que aceptaras ser mi secretaria.

Leontine le dedicó al conde una mirada sorpresiva, cargada de esperanza.

—Oh, claro que sí, acepto.

—Por supuesto, se te aumentará el sueldo y podrás utilizar este gabinete como despacho. Está en una ubicación idónea, junto a mis habitaciones. Así que no se hable más. Te dictaré dos cartas más que me quedaron por escribir antes de partir hacia la casa de postas, cuando salga el sol.

—De acuerdo, conde.

—Ah, otra cosa. Hablaré con John para que haga venir a la modista, necesitas ropa acorde con tu nuevo puesto. Comprenderás que es un poco extraño ver a una secretaria ataviada como una sirvienta.

—Perfecto, señor, aunque no es necesario —apuntó Leontine, pensando en todo momento que no quería que nadie gastara dinero en ella.

Sin nada más que decir, el conde le dictó a Leontine las misivas, y cuando hubo acabado, puso sobre la mesa un gran libro. Se trataba del libro de cuentas de la empresa del conde.

Cuando lo abrió, pudo ver que la letra caótica del susodicho poblaba sus páginas, sin embargo, unos números perfectos contrastaban con su temeraria escritura.

—¿Se te dan bien las cuentas? —preguntó él observándola con sus ojos penetrantes.

—Sí —respondió sin saber qué más decir. Hablar demasiado podría llevarla a meter la pata y eso era algo que no deseaba.

—Necesito que repases mis cuentas en lo que llevamos de año. No cuadran y no logro identificar por qué. ¿Podrás hacerlo?

—Sí, claro que sí.

—Pues, entonces, no se hable más. Salgo para la casa de postas. Muchísimas gracias, Mary.

—No tiene por qué darlas, señor.

El conde se encogió de hombros y salió de la estancia. Leontine no pudo evitar suspirar. No fue consciente hasta que posó su vista de nuevo en el libro de cuentas del conde, de que estaba sonriendo.

Capítulo 9

20 años antes…

Broc se encontró, tras abrir los ojos, en una oscura celda sin apenas luz. La cabeza le dolía demasiado y respiraba de manera entrecortada. ¿Dónde demonios estaba? Lo último que recordaba era a unos soldados que lo perseguían y a Angus McEilean que lo acusaba de haber matado a su padre. No, debía de ser un error, tenía que hablar con alguien que comprendiera que todo aquello era una vil falacia.

Él adoraba a su señor como si de un padre se tratara y lo había cuidado con devoción. Tan solo era un niño. ¿Cómo podían haberlo acusado de un crimen tan atroz?

La puerta se abrió con un chirrido sepulcral. Dos hombres entraron y lo agarraron por sendos brazos.

—¡Vamos, andando! —exclamó uno de ellos.

—¿A dónde me lleváis? ¿Por qué me habéis encerrado?

—Cállate, gusano y camina —dijo el otro carcelero propinándole una patada en el trasero.

Broc sintió unas terribles ganas de llorar, pero no iba a hacerlo, se comería sus lágrimas si hacía falta. No demostraría su amargo dolor.

Lo llevaron a una sala y lo hicieron sentar en un banco incómodo de madera. Un hombre que lo observaba desde una posición elevada comenzó a hablar.

—¿Cuál es tu nombre, muchacho?

—Broc Wallace, señor.

—¿Sabes por qué estás aquí?

—Se me acusa de haber dado muerte a mi señor.

—¿Y lo hiciste?

—No, por Dios. Yo cuidaba de mi señor, lo amaba como a un padre. Jamás le hubiera hecho daño.

—¿Qué edad tienes?

—Catorce años.

—El señor Angus McEilean, hijo del finado, manifiesta que unas horas antes de la muerte de su padre, este había hecho venir al notario Ferguson para cambiar sus últimas voluntades.

—Cierto, así fue.

—¿Puede que cuidaras de tu señor para que te incluyera en su testamento?

—No, jamás haría algo así. De hecho, renuncio a todo lo que me legó, si ese ha de ser motivo de sospechas.

—Bien… La cuestión es, muchacho, que el señor Gordon McEilean murió, según el médico que acudió a su domicilio, por la ingesta de estricnina.

—¡Yo no sé ni lo que es eso, señor!

El magistrado puso de pronto un saquito de tela parduzca encima de la mesa.

—¿Sabes lo que es?

—No, señor, no lo había visto en mi vida.

—¿Entonces podrás decirme por qué estaba en tu cuarto, muchacho? En tu cuarto, oculto tras un cajón.

—Yo no sé nada de eso, se lo juro.

—Bien, ya no tengo más preguntas —el magistrado agitó una campanilla y los dos carceleros entraron en la estancia.

—Llévenselo —sentenció el magistrado mirando de pronto unos documentos que había en su mesa, como haciéndole ver a Broc que le importaba muy poco la suerte de prácticamente un niño.

Mientras lo llevaban a rastras, Broc pudo ver a Angus que, con una sonrisa de satisfacción, observaba la escena impasible.

En ese mismo instante, Broc intuyó lo que había ocurrido y recordó las palabras de su señor. Lo que nunca imaginó fue que el hijo de Gordon McEilean recurriera a algo tan bajo para quedarse con toda la herencia de su padre.

Capítulo 10

El conde llegó cuando ya anochecía, su aspecto era lamentable. La conversación que había escuchado en la casa de postas se reproducía en su mente como una oscura letanía.

Todo cuadraba.

Se dirigió al pequeño cuartito adyacente a las cocinas, allí John despachaba sus asuntos, y a aquellas horas en las que se ultimaban los preparativos para la cena, pudo encontrarlo repasando la lista de víveres que la cocinera le había hecho para el día siguiente.

—Mayordomo, necesito hablar con usted —dijo con decisión.

—Dígame, qué necesita, conde —respondió el hombre, visiblemente cansado por el ajetreo del día.

—¿Qué sabe de Mary?

—Poca cosa, señor. Pero bien extraña fue su aparición en esta casa.

—Explíquese…

—Pues verá, la muchacha llegó empapada, eso no es una novedad, pues diluviaba. Arribó poco después de que usted lo hiciera, y ¿sabe qué?

—Yo no sé nada. ¿Qué?

—Pues sus ropas eran finas, ni hablar de harapos. Llevaba un vestido sencillo, pero el tejido era de calidad. Estaba rasgado en la falda, eso sí, y cubierto de barro.

El conde torció el gesto. Era cuando menos extraño que aquella muchacha hubiera aparecido en la casa de esa guisa y en medio de una fuerte tormenta.

—¿Dijo algo? Ya me entiende, algo sobre de dónde venía, o quién era…

—Apenas nada y me hizo sospechar que mentía.

—¿Por qué?

—Verá, dijo que venía de las Lowlands, concretamente de Aberdeen. Me pareció extraño, porque su forma de hablar es la propia de estas tierras.

—Cierto.

—Figúrese, su apellido es Leontine. ¿Lo había escuchado alguna vez?

—No… —respondió el conde con sequedad, apretando los puños.

—Por cierto, siempre lleva un chal de lana con los colores del clan Mackenzie, por si puede servir para esclarecer el tema. Además, se mostró huidiza y nerviosa cuando le pregunté de dónde venía, y a la cocinera le dio la sensación de que se lo pensaba demasiado e incluso improvisaba al decirle su nombre. Por ello, deduje que quizá podría haberse escapado de su casa, ya sabe que las jovencitas a veces huyen de matrimonios que no desean o de padres muy autoritarios.

—Eso es todo, John. Por cierto, esta noche no tengo hambre, disfruten de la cena por mí —sentenció antes de darse media vuelta y salir del improvisado despacho del mayordomo.

El conde se retiró a sus habitaciones y se desprendió de la ropa que olía a taberna. Allí había pasado las horas muertas devanándose los sesos, maldiciendo a la casualidad que le había metido en casa al enemigo y, para más inri, le había hecho escribir una carta a su padre. Ella derramó la tinta adrede, no fue un accidente, sino una actuación estelar, de aquello no le cabía la menor duda, porque la había creído. «Digna hija de su padre, pardiez», pensó.

Entró desde su habitación al gabinete por la puerta que comunicaba ambas estancias. La hoja manchada de tinta ya no estaba en la mesa. Recordaba que la caligrafía de aquel primer intento era distinta a la que la muchacha había utilizado en sus otras cartas; no se podía decir que no fuera astuta.

La providencia había puesto en su camino a aquel individuo que buscaba a Leontine —porque ese era su verdadero nombre—, y, si lo había hecho, era por algo. Aquello venía a dejarle aún más claro que Dios estaba de su parte, y que devolverle a quien tanto daño le hizo las monedas emponzoñadas con las que le pagó años de servicio y devoción era, cuando menos, una misión divina.

Negó con la cabeza, no podía perderse de nuevo en aquellos pensamientos que lo endiosaban por haber hecho fortuna y no ser el joven inocente y pobre que un día fue. Aquel que pasó tanto tiempo sin ver la luz, y cuando regresó de las tinieblas, su alma ya no era la misma. No, él ya no era Broc Wallace, aquel pobre diablo estaba muerto, todos lo creían. Menuda panda de ilusos…

Se sirvió un vaso de *whisky* y luego uno más. Tenía intenciones de terminarse su costosa botella antes del amanecer. Necesitaba estar borracho para quitarse todos aquellos pensamientos endemoniados que le robaban el sueño cada noche. Pero esta noche en concreto

era aún peor que las otras; pues descubrió que había acogido al enemigo en su casa y este tenía nombre de mujer.

∞∞∞

Leontine cenó con los sirvientes, como solía hacer cada noche. Le sorprendió sobremanera que en la mesa reposaran los manjares propios de un gran festín.

—Siéntate, muchacha. El conde ha despreciado la cena que con tanto esmero hemos preparado —soltó la cocinera, molesta.

—Pero hemos de decir en su favor que ha sido muy generoso, pues nos ha invitado a disfrutar de la comida que él no desea probar esta noche —intervino John.

—¿Le ocurre algo al conde?, tenía entendido que era hombre de buen apetito —dijo Leontine alzando los hombros.

Una de las sirvientas, Beth, miró hacia otro lado, pues fue quien le comentó ese aspecto del conde. A aquello había añadido que el nuevo señor de la casa le parecía un hombre verdaderamente atractivo y que no le importaría dejarse amar por él. Pero eso Leontine nunca lo diría, estaba segura de que John, con su rectitud, la pondría de patitas en la calle.

—Ha llegado con un aspecto horrible; por mi experiencia, diría que se ha pasado el día entre tabernas y malas compañías —apuntó la cocinera.

—Doy fe, yo misma recogí su ropa, que había esparcido por toda la habitación, y no puedo describir el olor tan desagradable que desprendía —explicó Logan, la más joven de las sirvientas, de aspecto aniñado y a quien un buen chisme parecía darle la vida.

—Muchachas, no habléis de ese modo del señor. Usted las disculpará, Mary, no solemos dedicarnos a despotricar del dueño de la casa en nuestras comidas, ya lo sabe.

—Por mí no se preocupe, John —dijo Leontine con sinceridad, estaba segura de que el mayordomo se disculpaba con ella por su nueva posición de secretaria, temía que se lo dijera todo al conde.

—Hemos pasado los dos últimos años en soledad. Los antiguos señores abandonaron la casa de la noche a la mañana, estaban arruinados y, al parecer, huyeron del país. Tuvimos que aceptar la caridad de un familiar de aquellos dos pillastres, que nos dejaron incluso el sueldo de sesenta días a deber. Así hemos permanecido durante todo este tiempo, conservando en la medida de lo posible la casa mientras vivíamos a duras penas. La llegada del conde lo ha cambiado todo y, en muy poco tiempo, este lugar volverá a ser el que fue, estoy seguro de ello. Él no repara en gastos; ya ha contratado a un jardinero para que venga la semana que viene y se encargue del parque, que buena falta le hace —argumentó John con expresión esperanzada.

—Oh, no debe de haber sido fácil —respondió Leontine, quien ya intuía que algo extraño debía haber ocurrido, dado el aspecto descuidado de la casa y, sobre todo, de sus jardines.

Continuaron cenando en silencio. La comida estaba deliciosa; no se podía negar que en aquella casa se comía muy bien. Fue Leontine quien rompió el silencio para alabar las dotes culinarias de Helen, una mujer de mediana edad, que jamás había tenido hijos y cuya mayor satisfacción era que los comensales que degustaban sus guisos y asados sucumbieran a la tentación de chuparse los dedos.

No habían terminado el postre, cuando una potente voz irrumpió en la estancia.

—Mary, la necesito ahora mismo en el gabinete —dijo el conde con un tono pétreo que a todos hizo tragar saliva.

Leontine, intrigada a la par que inquieta, se levantó de su silla y siguió al señor de la casa, quien caminaba con desenvoltura pisando fuerte con sus imponentes botas negras.

Cuando ambos llegaron al gabinete, él le franqueó el paso sin mirarla a los ojos.

—Siéntate —indicó volviendo al tuteo, pero al frío e impersonal.

—Necesita que haga algo, ¿que escriba una carta?

—Puede que sí o puede que no, depende de ti.

—No termino de entenderlo, conde…

—¿Qué has hecho con la primera carta?, la que manchaste de tinta…

—Todavía no sé cómo pudo ocurrir, lo siento mucho.

—Te he hecho una pregunta —dijo él con firmeza.

—La eché al fuego. No quería que el gabinete se llenara de papeles innecesarios. ¿Debería haberla conservado? —preguntó la muchacha con la mirada inocente, equiparable a la de una niña.

—No, no hacía falta. Has hecho bien, me gusta que todo esté limpio y ordenado —intervino el conde, desarmado por la dulce mirada de aquella loba con piel de oveja.

—Por cierto, ese manto que llevas, ¿de qué clan es? —indagó el conde con los ojos entrecerrados.

—No lo sé, me lo regalaron —mintió Leontine.

—¿En las Lowlands?

La secretaria supo de inmediato por qué el conde le preguntaba aquello. No se fiaba de ella, quizá los criados habrían despotricado de su persona, como lo habían hecho de él mismo.

—Creo que es del clan Mackenzie, me lo regaló la señora de la anterior casa donde trabajé, como institutriz de sus hijos. Ellos habían emigrado años atrás a Aberdeen, por temas políticos del señor de la casa, hasta donde yo sabía —argumentó Leontine con firmeza, tanta que el conde estuvo a punto de creerla, sabía de sobra que todo aquello era una vil mentira.

—Digna hija de su padre —masculló entre dientes, todavía sentía el coleteo de la ebriedad recorriendo su cuerpo.

—¿Cómo dice?

—Nada, solo quiero saber dónde están tus padres. No me gustaría tener problemas…

—No tengo padres, conde, murieron…

—Oh, pobre niña. Entiendo lo mal que lo has debido de pasar, teniéndote que buscar tu sola el sustento…

—No me ha ido mal del todo, señor.

—Ya veo, no pareces haber pasado penurias, se te ve joven y lozana. Un poco delgada, eso sí.

Leontine frunció el ceño. No le gustaba nada el tono burlesco que había utilizado el conde para decir aquello. ¿Quizá sabía algo sobre su verdadera procedencia? No, era muy poco probable, a menos que hubiera ido a ver a su padre y se hubiera enterado de su desaparición…, pero ni en mil vidas deduciría que era ella la chica que buscaban.

«No olvides que fuiste tan temeraria como para decir que tu verdadero nombre era en realidad tu apellido», pensó.

Por otra parte, que el conde hubiera hecho alusión a su delgadez no le sentó nada bien. Estaba cansada de que le dijeran cosas como que no comía, que parecía tísica o que quizá tuviera un parásito que le estaba devorando las entrañas. Ella siempre había sido así, por mucho que comiera, nunca engordaba.

—¿A dónde quiere llegar, conde? —inquirió visiblemente enfadada.

—¿Yo?, a ninguna parte, pobre de mí —soltó meciéndose en su silla y levantando las manos a modo de rendición.

—Entonces, dígame para que me ha llamado. Es muy tarde y tengo sueño…

—Solo quería preguntarle por ese chal. Como ya le he dicho, temo que un día se presente en mi propiedad un padre indignado, obligándome a casarme con su hija por haber mancillado su honra… No me gustaría que eso ocurriera, no deseo casarme y mucho menos criar mocosos.

Mary abrió los ojos, estupefacta por aquellas inadecuadas palabras.

—Pierda cuidado, conde. Nadie se presentará en la puerta de su casa obligándolo a casarse conmigo, entre otras cosas, porque yo tampoco deseo casarme, y los niños para mí son un misterio, así que puede estar tranquilo. Y ahora, si no tiene nada más que decirme, pido permiso para retirarme.

El conde le dedicó una sonrisa que Leontine no pudo entender. Era una sonrisa extraña y nada positiva, por bonita y perlada que fuera.

—Puede retirarse, señorita… —dijo ladeando la cabeza.

Leontine, furiosa, se levantó arrastrando la silla y se dirigió a paso vivo a la puerta del gabinete. Nada más salir de la estancia, fue consciente de su metida de pata. Le había dicho al conde que tenía un pasado como institutriz y luego que los niños eran un misterio para ella…

—Estúpida, estúpida, más que estúpida —masculló mientras se llevaba las manos al rostro.

Capítulo 11

Los días transcurrieron sin que Leontine y el conde coincidieran, salvo en contadas ocasiones. Cuando lo hicieron, su cruce de palabras fue escueto y cordial. La muchacha no había vuelto a pasar a limpio ninguna carta, hecho que le parecía del todo extraño. Por no decir que el conde salía por la mañana y regresaba bien entrada la tarde, nadie sabía a dónde iba, pero su humor cuando volvía no era el equiparable a una balsa de aceite.

Una mañana, la modista llamó a la puerta para traerle a Leontine sus nuevos vestidos. Se trataba de una mujer de unos cincuenta años, con signos de haber sido muy bella en su juventud y un enorme desparpajo. Se llamaba Celine y, aunque era francesa, no tenía acento. Decía que era demasiado pequeña cuando la trajeron a Escocia, así que no tuvo la oportunidad de que se le pegara, pues sus padres murieron cuando no era más que un bebé y se crio con una tía suya en Inverness.

—Hola, querida —intervino la costurera con una enorme sonrisa.

Se habían conocido un par de semanas antes, en su anterior visita a Beinn Criosd Manor para tomarle las medidas.

—Estoy impaciente por ver los nuevos vestidos —dijo Leontine como si fuera una niña.

La costurera sonrió.

—He seguido las instrucciones del conde, y he de decir que se trata de un hombre con un gusto exquisito.

—¿Qué quiere decir?

—Enseguida lo verás, querida —dijo antes de levantar la funda de tela y mostrar varios vestidos que eran de todo, menos indicados para una secretaria.

—¿Qué broma es esta? —inquirió Leontine con el ceño fruncido.

—¿No te gustan? —preguntó Celine con un mohín.

—No, al contrario, son preciosos, pero tenía entendido que el señor iba a encargar ropa para mi trabajo como secretaria.

—Sí, querida, así es. Hay dos vestidos cómodos y elegantes para desempeñar tu trabajo con la clase y distinción que se requiere en una casa como la del conde.

—Pero están estos dos…

—Sí, dos atuendos perfectos para un majestuoso baile.

—¿Un baile?

—Sí, así me lo indicó el conde. Además, tengo que confeccionar ahora dos vestidos de paseo y uno para montar a caballo.

—De veras que no entiendo nada… ¿Para qué demonios necesito yo todo eso?

Celine se encogió de hombros.

—Yo solo cumplo órdenes, muchacha. Además, eres preciosa, así que es normal que un hombre tan apuesto como el conde quiera ver bien vestida a la mujer que pretende conquistar…

—¿Qué? —Las mejillas de Leontine se enrojecieron de súbito— No, yo no… Solo soy la secretaria del conde y él encargó vestidos para que no fuera vestida como una sirvienta, nada más.

—Ay, chiquilla. Creo que eres demasiado joven todavía para comprender cómo funciona la mente de un hombre. Créeme, lo que siente el conde por ti va más allá de las buenas intenciones. Cuando pasó por mi casa hace unos días, me pagó el doble por trabajar día y noche para acabar el pedido. Además, me habló de ti con una pasión, un fuego en la mirada que consiguió estremecerme. Hasta mis dos ayudantes lo dijeron en cuanto él salió por la puerta, que la mujer para la que había encargado todos aquellos vestidos tenía que ser muy valiosa para él.

—Nada más lejos de la realidad. Si ni tan siquiera me dirige la palabra. Lleva así dos semanas…

—¿Y tú cuentas el tiempo que lleva sin hablarte? Madre mía, que aquí el fuego es cosa de dos…

—No, señora Celine…

—Es Celine, solo Celine, muchacha. Lo de señora conmigo te lo puedes ahorrar. Además, prefiero que me tutees, espero que puedas llegar a verme como una fiel amiga, prácticamente soy la confidente de todas mis clientas. En cuanto algo tan íntimo como es la prueba de un vestido se lleva a cabo, se produce la magia, y la mujer que deja en mis manos la confección de su vestuario, pondría su vida también en estas, doy fe.

Leontine entrecerró los ojos, incrédula y algo desconcertada por la actitud de aquella mujer que, si bien no le desagradaba, era la persona más excéntrica que había conocido; solo había que ver su atuendo, tan diferente al de las demás mujeres de la sociedad de Inverness.

—Pues no se hable más, voy a probarme uno de estos dos —dijo la muchacha señalando los vestidos más cómodos que utilizaría para trabajar.

—¿De verdad quieres empezar por los más sencillos? Mira qué maravilla —dijo Celine acunando entre sus brazos uno de los impresionantes vestidos de noche.

—Sí, es realmente precioso y, si tuviera que ir a un baile, no dudaría en ponérmelo. Pero no se va a dar tal ocasión.

—¿Es que no lo sabes?

—¿El qué?

—*Lady* Hope McLeod organiza su tradicional baile de otoño y el conde ha sido invitado.

Leontine tragó saliva. Había acudido a aquel baile durante los últimos años desde su presentación en sociedad. Era hermoso y asistían muchas personas importantes.

De pronto, un regusto amargo pobló su boca. En su mente, los cabos se ataban: aquellos vestidos de noche eran para acudir al baile de *Lady* Hope. ¿Por qué querría ir el conde acompañado de ella?

—¿Me estás diciendo, Celine, que el conde quiere que lo acompañe?

—¿No te lo ha dicho él?

—No, como ya he dicho antes, apenas hablamos.

—Pues sí, preciosa. Él quiere que lo acompañes y que seas la mujer más hermosa del evento. Además, mira —dijo Celine mostrándole un bello antifaz que cubría gran parte del rostro de

quien lo portara—. Este año será un baile de máscaras. ¿No es emocionante?

Leontine se llevó la mano al pecho, debía eludir cómo fuera la invitación del conde. Si era preciso, se inventaría una enfermedad contagiosa, sí. Ese día se pondría tan enferma que él tendría que recurrir a otra persona, quizás a Beth, ella iría encantada y tenía buenos modales, lo suficientemente pulidos como para asistir a aquella fiesta sin descubrir su condición de sirvienta.

—Querida, ¿te vas a probar algún vestido o no?

Capítulo 12

Leontine entró en el gabinete con más sueño que prisa. Había pasado la noche prácticamente en vela, dándole vueltas a la extraña actitud del conde. ¿Sería acaso verdad lo que le había dicho la costurera?

La estancia estaba sumida en la penumbra y se apresuró a descorrer las cortinas para dejar que entrara la escasa luz de la mañana, que había amanecido triste y sombría.

Desde que se dedicaba a los asuntos administrativos del conde, iniciaba su jornada laboral cuando ya era de día, hecho que agradecía, ya que no le agradaba en demasía madrugar.

Al voltearse para regresar a su escritorio, dio un gran respingo y se llevó la mano al pecho al ver al conde observándola con una expresión imposible de interpretar.

—Buenos días. Siéntate, por favor, he de hablar contigo.

Desconcertada, tomó asiento en la silla reservada a las visitas, o al mismo conde cuando quería dictarle u ordenarle trabajos a realizar.

—¿Necesita que pase a limpio algún escrito? ¿O quizá desea dictarme una carta? —inquirió a la espera de que fuera eso lo que él precisaba de ella.

—Creo que ya debes intuir por qué quiero hablar contigo, o al menos una parte, ¿cierto?

—Si se refiere a las prendas que ha encargado para mí, he de decirle que no era necesaria tanta molestia, que con dos sencillos vestidos hubiera sido suficiente.

—Discrepo, Leontine…

La muchacha iba a contestar, cuando cayó en la cuenta de que el conde había pronunciado su nombre, su maldito nombre de pila.

Si bien era mejor mantener la calma, quizá se hubiera enterado de que ese era su apellido y la había nombrado así por esa razón. «Hay muchas personas que se dirigen a otras por los apellidos, ¿cierto?», pensó.

—Solo soy una secretaria, una empleada. Si el resto del servicio llegara a enterarse de su generosidad para conmigo…

El conde hizo un gesto con la mano, como para quitarle importancia al asunto.

—El servicio no tiene nada qué decir con respecto a mi forma de vida, mis decisiones y mucho menos han de tomar partido en un asunto tan importante.

—No alcanzo a entenderlo, conde…

—Oh, querida. Enseguida lo entenderás. Creo que a punto está de llegar alguien muy importante, alguien que quiero que escuche lo que tengo que decir.

¿Y ahora la llamaba querida?, no entendía nada. El corazón le palpitaba con una fuerza sobrenatural.

—Es que…

Unos golpes en la puerta sacaron a Leontine del bucle de pensamientos contradictorios que era su mente en aquel momento.

Iba a levantarse, pero el conde le rogó que no lo hiciera, que él abriría. Y así lo hizo, acercándose a la puerta a paso ligero.

—Conde, la visita que esperaba ya está aquí. ¿Lo hago pasar al gabinete? —la voz pausada y comedida de John llegó a sus oídos casi amortiguada.

—Si, claro, hágalo pasar.

John se retiró y el gabinete quedó en silencio, solo los latidos frenéticos del corazón de Leontine eran para ella la música de fondo de aquella desconcertante escena. ¿A quién demonios esperaba el conde?

Unos segundos más tarde, la puerta se abrió y John, con voz enérgica, casi cantarina, hizo que el castillo de naipes que la joven Leontine había construido a conciencia, se derrumbara, pues el hombre que cruzaba en aquel momento el umbral de la puerta no era otro que Angus McEilean, su padre.

—¡Leontine, hija! —exclamó este y acortó distancias con ella, que se había puesto en pie por puro reflejo ante la impresión que le causó escuchar el nombre de su progenitor.

Ambos se quedaron uno frente al otro: Leontine, debatiéndose entre abrazar a su padre o salir corriendo; Angus, por conservar las apariencias y no mostrar su enfado.

—Padre, yo… —comenzó a decir y agachó la cabeza, avergonzada. Porque una cosa era escaparse furtivamente y otra tener que enfrentarse al rostro cargado de decepción del hombre que le había dado la vida.

Leontine dirigió la mirada al conde, quien parecía divertirse con aquella situación. Apretó los puños y lo odió con todas sus fuerzas. ¿Si había descubierto su identidad, por qué no había hablado antes con ella?

—Señor McEilean, espero que mi mayordomo le haya indicado las habitaciones que ha preparado concienzudamente para usted… —apuntó el conde con aplomo.

—Sí, conde. Son magníficas.

Leontine tuvo que agitar la cabeza para asegurarse de que no estaba soñando. ¿Habitaciones? ¿Es que acaso iba a quedarse allí? ¿Pero por qué?

Además, su padre hablaba en un tono demasiado humilde y sumiso. Él que siempre había sido tan altivo. Incluso se podría decir que su forma de hablar estaba impregnada de servilismo.

—Padre, ¿qué ocurre? ¿Por qué te han preparado una alcoba estando nuestra casa tan cerca? —preguntó Leontine con los ojos entrecerrados.

—¿Aún te lo preguntas, hija? —inquirió su padre asintiendo con la cabeza en señal reprobatoria.

—Querida Leontine. Sé que ahora debes estar confundida, han sido unas semanas agotadoras intentando arreglar el desaguisado que se formó tras tu huida —intervino el conde, confundiéndola más si cabe—. No pude conseguir que ese desgraciado diera su brazo a torcer, así que la casa donde creciste está ahora en manos de Firth Campbell, pero no por mucho tiempo.

—¿De Firth Campbell? ¿Por qué se ha quedado con nuestra casa ese banquero, padre?

—Hija. Tu matrimonio con ese hombre era de vital importancia para evitar que eso ocurriera. Ahora ya es tarde, hemos caído en desgracia, Leontine. Nuestra casa, testigo de todas nuestras alegrías, es ahora propiedad de un hombre sin entrañas ni compasión —intervino Angus, a quien parecían haberle caído diez años de golpe.

Leontine se arrodilló frente a su padre y tomó sus manos.

—Oh, padre, lo siento. Lo siento mucho. Pero no todo está perdido, lucharemos, nos mantendremos unidos y recuperaremos la casa. Usted nos ayudará, ¿verdad, conde?

Los dos hombres cruzaron una mirada cargada de complicidad. Leontine se levantó y los miró a ambos.

—¿Qué ocurre? —indagó.

—Leontine, querida, el conde me ha pedido tu mano y yo no he dudado en dársela. Se ha portado tan bien conmigo que no podía menos que compensarlo.

La muchacha miró a su padre estupefacta.

—¿Y qué hay de mí?, ¿de la promesa que un día le hiciste a madre? ¿Es que acaso no la respetarás? Oh, padre, me entregas como un presente y soy tu hija, tu hija, maldita sea.

—El conde me dijo que estabas enamorada de él, como él lo estaba de ti.

Leontine dirigió la mirada hacia el interesado, quien se encogió de hombros y dijo:

—Sí, mujer, ya lo ves, tu buen hacer con mis asuntos y tu belleza han hecho que mi reticencia a casarme se convirtiera en deseo por hacerlo contigo.

—Esto tiene que ser una maldita broma, ¿cierto? Además, tengo la sensación de que usted, conde, está disfrutando con la situación.

»Y no, padre —dijo clavando su mirada en la de su progenitor—. No estoy enamorada del conde de Gruinard, únicamente soy una empleada y no aspiro a más.

—Pero, hija, si solo hay que ver cómo lo miras para comprobar que tienes el fuego del deseo…

—¡¡Padre!! —lo cortó Leontine avergonzada—, confundes odio con deseo.

—¿De verdad me odias, Leontine? —inquirió el conde dedicándole a la joven una sonrisa chispeante.

—Ahora mismo es usted la persona más odiosa que hay encima de la tierra, aprovecharse de la caída en desgracia de un hombre para casarse con su hija…

—No, pequeña. Gracias a él aún podemos recuperar nuestra casa, es cuestión de horas. Así que no lo culpes, ha sido como un ángel salvador para mí en los últimos días. Hija, mi corazón falló y él hizo que me proporcionaran los cuidados oportunos.

—¿Cómo?

—Firth Campbell no pudo aceptar tu huida y, cuando se enteró de dónde te encontrabas, ejecutó la deuda y me dio dos días para abandonarla. Hoy es el segundo y no ha esperado ni a que amaneciera. Ni siquiera había terminado el plazo, pardiez.

—No se preocupe, señor McEilean, en mi casa no les faltará de nada a ninguno de los dos, siempre que se cumpla con el acuerdo al que hemos llegado, claro está…

—El acuerdo… —repitió Leontine.

Angus escrutó a su hija con un hilo de vergüenza que jamás le había visto en la mirada.

—Te casarás con el conde de Gruinard. Es lo único que pide para recuperar nuestra casa, nuestros recuerdos.

Leontine le dedicó una mirada incendiaria al conde.

—Jamás me casaré con usted, jamás. Aun si fuera el último individuo del sexo masculino encima de la tierra, no lo haría.

—¿Acaso sí te casarías con Firth Campbell? Dicen que tiene cierta enfermedad a causa de sus bien conocidos escarceos…

—Usted, conde, tiene enferma el alma, así que no es muy diferente a él.

—Oh, sí que lo soy. Conmigo tendrás la vida de una reina, nada te faltará —dijo sonriente y pensó: salvo el amor.

Capítulo 13

Leontine no podía creer que el día se hubiera transformado en semejante pesadilla. Su padre estaba en la casa a la que ella había huido, y ahora iban a casarla con el siniestro conde, que quién sabe qué intenciones tendría, pues en ningún momento había mostrado hacia ella interés amoroso alguno. Daba fe de ello.

Tras la conversación más surrealista que había tenido en la vida, su progenitor se retiró a sus habitaciones. Se sentía cansado y su corazón no estaba lo que se dice en su mejor momento.

Leontine, tras permanecer a solas en el gabinete cerca de una hora, sin saber muy bien qué demonios hacer, pensó en abordar la situación de frente. Así que se apresuró a indagar dónde habían ubicado a su padre.

Halló a John abrillantando la cubertería y le preguntó.

—Señorita Leontine, qué bien que la veo. —Depositó con delicadeza un tenedor reluciente en la gran caja clasificadora de madera y prosiguió—: Venga conmigo, he instalado a su señor padre en la habitación contigua a la que será la suya de manera temporal a partir de ahora.

—¿Cómo?

—El conde ha dado órdenes para que se la instale en una de las mejores habitaciones de la casa, señorita. Perteneció a la antigua dueña y es una verdadera maravilla, ya lo verá. Logan y Beth la han limpiado y preparado a conciencia; creo que quedará muy satisfecha.

—No es necesario, estoy bien en mi alcoba habitual. Además, no voy a casarme con el conde, así que puedes seguir tratándome como lo que soy, su secretaria, nada más.

John la miró con perplejidad, pero siguió hablando de las bondades de la habitación, como si ella no le hubiera dicho nada.

—Es esta… —señaló el mayordomo.

Abrió la puerta blanca con ornamentos dorados, y un gran torrente de luz la arrolló.

Ambos entraron en la estancia y Leontine no pudo menos que admirar la belleza de aquel lugar. Los muebles eran de madera tallada con delicadeza. En el centro de la estancia había una gran cama con dosel en un tono blanco roto, y cerca del inmenso ventanal, por el que entraba aquel torrente de luz, se encontraba un gran tocador con flores de brezo pintadas en el marco del espejo. También había un escritorio a conjunto con el resto del mobiliario y una chimenea muy parecida a la de su antigua habitación de la infancia.

Por un momento, estuvo tentada a dejarse caer en la cama, aquel lugar parecía cantarle al oído como si fuera una sirena para que se quedara entre sus muros, mas no podía hacerlo, ella no iba a aceptar el acuerdo que había hecho su padre.

Recordó entonces el motivo que la había llevado allí, hablar con este, y John le había indicado que estaba en la habitación contigua a la suya.

Salió de la alcoba y John fue tras ella.

—¿En cuál está mi padre? —indagó.

—En la de la derecha.

—Muy bien, John, puedes retirarte. —Aquello le salió de corrido y se maldijo a sí misma por haber tratado a un igual como si fuera un sirviente. Ella era una empleada y quería seguir siéndolo.

Llamó a la puerta, y su padre le indicó que pasara. Cuando abrió y vio al imponente Angus McEilean en la cama, se le cayó el mundo al suelo.

—¿Qué ocurre, padre?

—Leontine, querida, ven aquí. He de hablarte.

La muchacha se acercó al lecho y se sentó en él, para luego tomar la mano que le ofrecía su progenitor.

—Hija, yo solo quería lo mejor para ti…

—Le prometiste a Firth Campbell que me casaría con él para no perder la casa, ¿cierto?

—Sí, y me arrepiento muchísimo, quería entregarte a un hombre sin entrañas. Nunca pensé que se portaría de manera tan ruin.

—¿Y ahora quieres entregarme al conde? ¿Es que no has tenido bastante? Si madre levantara la cabeza…

—El conde es un buen hombre. Sin él estaríamos ahora en la calle, sin un techo bajo el que cobijarnos.

—Yo trabajo aquí, me gano mi sustento. Podría hacerlo en cualquier parte, no necesito casarme con nadie para ello.

—¿Y piensas ser una empleada toda tu vida? ¿Es que acaso no aspiras a nada mejor? Puedes convertirte en la señora de Beinn Criosd Manor, en condesa de Gruinard. ¿Lo vas a dejar perder por un capricho?

—No es un capricho, padre —dijo Leontine soltando la mano de su padre—, es mi vida y no quiero vivirla sin amor.

—Y no lo harás. El conde te ama, hazme caso, yo sé ver esas cosas —intervino Angus con gesto suplicante.

—Pero yo no a él. No lo amo, padre y dudo que pueda hacerlo algún día.

—¿Estás segura de ello, hija?

—Totalmente.

—Pues entonces, dime, Leontine McEilean, por qué cada vez que pronuncio la palabra conde te estremeces.

—Porque me has comprometido con él y yo no lo quiero.

—No te creo, Leontine. Y si no, al tiempo. Amarás a ese hombre más que a tu propia vida y yo lo veré.

Capítulo 14

Leontine salió de la alcoba de su padre decidida a zanjar aquel tema de una vez. Hablaría con el conde y le dejaría muy claro que jamás se casaría con él, de hecho, le recordaría que pocos días antes este le dijo que no deseaba contraer nupcias con ella ni con nadie. No lo dijo así, pero ese fue el mensaje que quiso transmitirle.

Caminó a paso vivo y con la determinación de un vendaval hacia la alcoba del conde. En este caso no tuvo ni que preguntar, pues era la que estaba junto al gabinete.

Llamó a la puerta enérgicamente y se cruzó de brazos, aguardando impaciente a que el conde abriera. Mas no lo hizo.

Volvió a llamar y recibió la misma respuesta: ninguna. Fue entonces cuando posó su mano en el picaporte. Creyó que la puerta estaría cerrada con llave, pero no fue el caso, así que, con el corazón palpitante y una de sus manos en el pecho para intentar amortiguar su marcha frenética, se internó en la estancia.

Pronto su nariz aspiró el aroma que solía desprender el conde. Caminó con lentitud por la alcoba, mientras pasaba los dedos sobre el lecho. Cuando llegó a la altura del escritorio, algo llamó su atención.

Se acercó y se sentó en la silla. Frente a ella, un gran cuaderno en el que se podía leer la fecha del día en el que se encontraban: veintisiete de octubre de 1820. Sabía que no estaba bien cotillear el

diario de otra persona, pero un impulso incontenible la hizo comenzar a leer:

Voy a casarme. Sé que dije que nunca lo haría, sin embargo, ahora tengo una razón de peso y creo que la providencia puso en mi camino a la persona que dentro de unos días será mi mujer.

Leontine ladeó la cabeza y sonrió levemente, enternecida por la dificultosa caligrafía de su prometido forzoso. Luego prosiguió con la lectura:

Será un golpe maestro. Ansío ver el rostro de mi enemigo cuando el reverendo pronuncie mi nombre. Entonces sí, mi…

—i¿Qué demonios haces aquí?! —irrumpió una voz potente y dotada de una furia desconocida hasta la fecha para Leontine.

—Perdón, yo… quería hablar con usted.

El conde se aproximó con un caminar lento, más propio de una pantera que de un hombre.

—¿Y para ello entras en mi habitación a hurtadillas y te pones a leer mis escritos personales?

—¿Por qué será un golpe maestro casarse conmigo? —preguntó Leontine poniéndose en pie y alzando el mentón.

El conde la observó con las mandíbulas apretadas y, de un movimiento rápido y certero, atrapó el cuaderno.

—No vuelvas a hacerlo.

—¿A hacer qué? —interrogó ella desafiante.

—Meterte en asuntos que no te conciernen ni te importan —espetó él taladrándola con la mirada.

Todo su ser se estremeció mientras respiraba con agitación y sentía un calor que parecía salido del mismísimo infierno.

—¿No se supone que voy a ser su esposa? Pues entonces digo yo que deberían importarme, ¿cierto? —soltó burlona.

—No te hagas la graciosa, Leontine. Ambos sabemos que nuestro matrimonio es solo un acuerdo beneficioso para los dos —dijo el conde dedicándole una sonrisa maliciosa.

—¿Qué beneficio puede sacar de emparentar con una familia arruinada? Además, por lo que he leído ahí —dijo señalando el cuaderno—, sus intenciones son oscuras. ¿De qué enemigo habla?

El conde llevó su mano al cuello de la muchacha y lo rodeó haciendo una leve presión.

—Cállate —masculló.

—No pienso callarme. Es más, ahora mismo iré a la habitación de mi padre y le contaré lo que he leído en su diario. Que se quiere casar conmigo para dañar a alguien, alguien que es su enemigo. ¿No será acaso Firth Campbell?

El conde rodó los ojos.

—Ese mequetrefe nunca será enemigo para mí. Es un triste banquero que lamerá la alfombra por donde yo pase más pronto que tarde.

—Es usted un ser despreciable.

—Y tú una chismosa… También una mentirosa. Así que dudo mucho que tu padre te crea. Lo negaré una y mil veces ante él y, en vista de tu reciente ristra de mentiras, él me creerá.

—Jamás me casaré con usted… —soltó Leontine con todo el odio que consiguió reunir.

—Sí lo harás —ronroneó el conde y rozó los labios de Leontine con los suyos.

Ella cerró los ojos y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no atraparlos, morderlos, hacerlos suyos.

¿Por qué pensaba en aquello si odiaba al conde con todo su ser? El odio era todo lo opuesto al amor, a la atracción desmedida que sentía en aquel mismo instante.

—No. Lo. Haré… —dijo rozando los labios de su oponente.

Entonces fue cuando el conde dejó caer el diario, enmarcó su rostro con sus grandes manos y la besó como si toda aquella pasión contenida, aquel embrujo disfrazado de odio se rindieran ante sus labios.

Leontine correspondió a aquel beso, el primero en su vida, tan envolvente y a la vez macabro, tan apetecible e indeseado. No, no podía sucumbir a la masculinidad de aquel ser, que pretendía meterla a ella en una especie de espiral vengativa.

Se separó abruptamente, presionando el pecho del conde.

—No vuelva a hacer eso —siseó ella limpiándose los labios con el dorso de la mano. Seguidamente, salió de la estancia con las faldas levantadas, como si necesitara coger impulso para correr y alejarse de aquel lugar y, sobre todo, del torrente de sentimientos que recorrían su ser y le decían al oído que aquel primer beso le había robado una parte de su alma.

Capítulo 15

Toda la casa permanecía en silencio cuando Leontine salió de su nueva alcoba. Debía reconocer que era infinitamente mejor que la que tenía en la planta de los sirvientes.

Llevaba uno de los vestidos más sencillos que había encargado el conde para ella y el chal de su madre, que la había acompañado desde que era una niña como si fuera una mantita y ahora necesitaba para sentirse segura, todavía a sus diecinueve años.

Salió de Beinn Criosd Manor y anduvo durante varios minutos en la oscuridad de la noche, con la única luz de la luna que ya había comenzado a menguar. Pronto fue consciente de su gran error, pues, aunque ella era una chica bastante valiente y ya se las había tenido que ver con la noche antes de acabar en aquella casa, ahora se le antojaba mucho más tenebrosa y amenazante.

Escuchó sonidos de animales y crujidos de ramas a su alrededor. En verdad tenía miedo, pero debía ser fuerte para poder escapar otra vez. Lo malo era que no tenía ni un penique, así que más le valía encontrar otra casa en la que ocuparse de la limpieza o, en el mejor de los casos y ya que parecía que valía para ello, de las cuentas o la escritura de cartas.

No podía claudicar y, mucho menos, aceptar casarse con un hombre que producía tal efecto devastador en ella. Recordó el beso de nuevo. No había dejado de reproducirse en su mente y todavía

sentía en sus labios la huella de los de él, tan firmes, seguros, varoniles…

—¡Maldita sea! —exclamó.

—Señorita Leontine —dijo de pronto una voz, una voz que nunca hubiera esperado.

—John, ¿qué hace aquí?

—La vi salir de la casa y la seguí. No son seguros estos caminos, hay muchos maleantes y usted es una muchacha muy joven. No podía dejarla sola.

Leontine se llevó ambas manos al rostro.

—John, debo irme y agradecería que me ayudara. Mi padre quiere casarme contra mi voluntad con el conde.

—No puedo hacerlo, entiéndalo, es mi patrón.

—Pues entonces, vuelva a la casa y no diga que me vio. Yo tampoco diré nada. Será nuestro secreto —musitó Leontine tratando de mostrarse dulce.

—Repito, señorita, que no puedo hacerlo. Su padre ya le advirtió al conde de que esto podría ocurrir, así que mi señor me encargó que la vigilara. Ahora entre en razón y vuelva conmigo a la casa —dijo John en tono condescendiente.

—¿Es que nadie puede respetar mi voluntad? Soy una maldita mujer que sabe apañárselas sola…

John la miró con ternura.

—No por estos caminos, muchacha. Hasta yo salgo armado si lo hago por la noche —soltó el mayordomo mostrándole un pequeño puñal.

—Por favor… —suplicó ella—, déjeme marchar.

—No es posible. Así que podemos hacer dos cosas: volver a la casa y prometo que guardaré silencio sobre su huida nocturna, o que usted se vaya, yo dé aviso y enseguida el conde consiga encontrarla. Es su decisión.

—Es usted mezquino…

—Solo hago mi trabajo. Y aunque no lo crea, la protejo. Lo que hay por esos caminos, no es bueno.

—No quiero volver a ese lugar…, ese hombre es… y me entran ganas de… Bufff, lo odio.

John no pudo evitar estallar en carcajadas.

—Anda, niña, volvamos a la casa. Hace mucho frío y mis viejos huesos necesitan asegurarse de que no va a escaparse más durante esta noche.

Leontine torció el gesto, aunque acabó por claudicar. Comenzaba a tener los pies entumecidos por el frío.

Cuando volvió a la cama, sintió un alivio enorme. Todavía no sabía por qué, pero agradecía a John que la hubiera detenido en sus temerarias intenciones. Por otra parte, estaba el beso, aquel beso que había trastocado todo su mundo; también las palabras del diario del conde. Algo le decía que debía intentar leerlo de nuevo, que entre sus páginas se ocultaba la clave del misterio de los ojos de aquel hombre, que pretendía utilizarla para dañar a su supuesto enemigo. La pregunta era: ¿de quién se trataba?

Capítulo 16

La escapada nocturna de Leontine fue un capítulo más de los acontecimientos que se produjeron aquellos días de hojas caídas y tristeza.

Pasaba el tiempo ociosa y no le gustaba nada. No es que hubiera aceptado su destino, es más, había decidido hacer como si sí lo hubiera hecho. Eso la ayudaría a ganar tiempo y encontrar una solución para anular aquella rocambolesca boda.

Echaba de menos sus tareas como escribiente y secretaria del conde, pero este había prohibido que se comportara como una empleada. Así que poco podía hacer más que leer, charlar con su padre o las sirvientas, que ya no la trataban como una igual, sino como a la futura señora de la casa. Incluso había notado cierta hostilidad por parte de Beth, quien apenas le hablaba y, cuando lo hacía, su tono no dejaba lugar a dudas: no la soportaba. En al menos dos ocasiones, Leontine le preguntó si había algún problema; sin embargo, la rubia se limitó a negar y a encogerse de hombros mientras decía con un deje de inquina: «no, señora, ¿por qué debería haberlo?».

De inmediato, Leontine aclaraba que ella no era la señora de la casa todavía y que prefería que la continuara llamando por su nombre. Beth respondía que solo obedecía órdenes.

Así que los paseos a media tarde se habían convertido en su válvula de escape. No tenía su arco, pero el conde le había regalado uno muchísimo más hermoso. Fue algo extraño, se lo encontró sobre su cama una mañana. No tenía tarjeta ni tan siquiera. Por un momento, Leontine pensó que podría haber sido su padre y corrió a agradecérselo, a lo que él contestó que era a su prometido a quien debía hacerlo.

Leontine enrojeció. Llevaba días sin hablar con el conde, aquel beso había abierto un abismo entre ambos, que parecían evitarse a todas horas.

Así que, para agradecérselo, se coló en el gabinete y escribió una nota dirigida a él, luego, la pasó por debajo de su puerta.

Recordaba cada palabra escrita con claridad:

Muchas gracias. Amo la libertad que me ofrece el bosque y me gusta cazar, aunque esta actividad sea más propia de los hombres. Quizá le gustaría acompañarme un día de estos.

Su amiga,

Leontine

Se llevó las manos a la cara recordando sus escuetas líneas y como no había recibido respuesta por parte del destinatario.

En su interior, sentía una pequeña herida que por cada momento que pasaba se hacía más grande. Se preguntaba una y otra vez qué había llevado al conde a pedirla en matrimonio, si luego la ignoraba de aquel modo. Su semblante se entristecía cuando recordaba que era la venganza.

Una tarde que caminaba entre las hojas secas, cubierta con su eterno chal y armada con su arco, escuchó pasos tras de sí. Había pasado una semana desde el beso, una semana que se le antojaba

un siglo, pues se había hecho larga, muy larga. Era como si el tiempo se hubiera ralentizado en Beinn Criosd Manor.

Se puso en guardia y, cargando una flecha en su arco, apuntó en derredor mientras exclamaba:

—¿Hay alguien ahí? ¡Sal ahora mismo, te estoy apuntando y te aseguro que tengo muy buena puntería!

—Tranquila, fiera. Soy yo —intervino una voz potente que la hizo estremecer.

De pronto lo vio, llevaba la camisa abierta y el cabello suelto. Sus mechones de pelo oscuro le cubrían en parte el rostro, pero no podían ocultar la intensidad de su mirada.

—Conde, ¿al fin ha decidido aceptar mi invitación? —inquirió mientras introducía de nuevo la flecha en el carcaj y guardaba su arco.

—No exactamente, solo paseaba. Me preguntaba qué llevaba a mi prometida a incursionar en el bosque cada día al atardecer y confieso que, a parte de un cielo hermoso, no he visto nada más que haya despertado mi interés.

—Eso es porque no se ha detenido a observar lo que la naturaleza puede ofrecerle.

—Si te refieres a conejos y ciervos muertos, no, gracias, los prefiero vivos.

—Sí, entiendo que le pueda parecer horrible que a mí me guste cazar. Pero luego usted se deleita con mis presas, lleva haciéndolo días, por si no lo sabe.

El conde esbozó una sonrisa y, por primera vez, vio que había conseguido abrumarlo.

—Cuando los ojos no ven el brazo ejecutor, todo es más sencillo. No creo que sea plato de buen gusto para nadie sentirse perseguido por un cazador o, en este caso, una cazadora con cierta ventaja al ir armada.

—Bueno, un ciervo, por ejemplo, puede valerse de sus astas para darme muerte en un momento; yo tengo mis flechas, claro está, pero no se encuentra tan indefenso como usted piensa.

—¿Y un pobre conejo?

—Tienen una velocidad difícil de igualar, además, son pequeños, no lo tengo muy fácil para acertar que digamos.

—En cualquier caso, no me sentiría bien persiguiendo a un pobre animal… —apuntó el conde con cierto aire melancólico que a Leontine no le pasó inadvertido.

—Conde, ¿le puedo hacer una pregunta?

—Sí, claro, aunque ello no implica que vaya a responderla…

Leontine entrecerró los ojos, pues el tono duro del conde hizo que sintiera un frío enorme que emanaba de su interior.

—Siempre hay respuestas con las que salir del paso cuando alguien te intimida —soltó ella con sequedad, con el fin de coger las riendas de la conversación, que parecía haberse desbocado.

—No me intimidas, Leontine…, y creo que más bien es al revés.

—No se equivoque conmigo, conde. Ya ha visto que las astas de un ciervo no me hacen retroceder ante él.

El conde dejó ver una hermosa sonrisa, que pronto se desdibujó, tornándose oscura.

—A todo esto, ¿no querías hacerme una pregunta?

—No sé si merece la pena.

—Eso lo decidiré yo, ¿no crees?

—¿Por qué me besó el otro día?

El conde tragó saliva y ella lo vio hacerlo, eso la hizo sentir que ganaba poder. Total, él necesitaba que le bajaran aquellos humos que parecían estar por las nubes.

—Me gusta probar lo que tengo intención de adquirir —sentenció y Leontine se enfureció tanto que a punto estuvo de propinarle un buen puñetazo en el rostro.

—Yo no soy una vaca, ni mercancía, soy una mujer que siente y puede llegar a amar si alguien le demuestra que merece ese amor.

—Discúlpame si te he ofendido, no era mi intención.

—Pues no lo parecía, Conde. Es más, ¿cómo puedo casarme con alguien de quien ni tan siquiera sé el nombre? —indagó Leontine con un deje cargado de intención, pues las palabras de aquel diario personal acudieron a su mente.

El conde le lanzó una mirada cargada de odio.

—No te hace falta saberlo.

—Quiero llamar a mi esposo por algo más íntimo que un título —se sorprendió diciendo.

El conde negó con la cabeza, se volteó y ya se alejaba cuando dijo:

—Para ti soy Gruinard.

—Gruinard es un lugar…, no un nombre. Cualquiera diría que es usted el Diablo y no quiere decírmelo.

El conde se aproximó de nuevo.

—¡¡No, no quiero decírtelo!! Es más, no te hace falta. Puedes llamarme esposo, o Gruinard, o también cómo diablos quieras. Hay muchos nombres, elige el que más te guste, pero no, no voy a decirte mi nombre, no todavía.

—¿De quién quieres vengarte, Lucifer? —soltó Leontine, tuteándolo.

El conde se volteó y la miró con una expresión indescifrable, entre la diversión, el hastío y la admiración.

—¿Así vas a llamarme?

—Sí, hasta que me digas tu maldito nombre…

El conde sonrió de nuevo y comenzó a caminar con paso decidido, seguro de sí mismo.

Leontine, todavía furiosa, agarró un puñado de tierra del suelo y se lo lanzó en la espalda.

Él ladeó la cabeza soslayando la mirada.

—No tardes, pronto anochecerá —sentenció antes de seguir su camino.

Leontine se miró la mano manchada de tierra y la sacudió en su falda. Las incógnitas acerca de su prometido aumentaban en número y en intriga.

—No te confíes, maldito Lucifer, pronto, muy pronto sabré quién demonios eres y qué pretendes.

Capítulo 17

La casa de *lady* Hope McLeod se hallaba en las afueras de Inverness, pero tan cerca de la ciudad, que se podía caminar hacia ella en un corto y agradable paseo.

Leontine iba sentada en el carruaje. En su vida había estado más hermosa, si bien se sentía incómoda, pues aquel vestido la hacía parecer mayor y la obligaba a hacer gala de una ostentación y un lujo que no iban con ella, siempre más sencilla en su modo habitual de vestir.

Su belleza natural se tornaba espectacular con aquel peinado que Beth le había hecho con especial delicadeza mientras la observaba con una expresión indescifrable, pero que no auguraba buenas intenciones. La actitud de la doncella era del todo desconcertante y a Leontine la hacía sentir desasosiego e inseguridad.

—Estás bellísima, hija mía —dijo de pronto su padre, que estaba sentado frente a ella en el carruaje.

Le devolvió una sonrisa; no pudo ocultar su tristeza.

—Padre, ¿estaría en esta misma situación si hubiera nacido hombre? —inquirió para sorpresa de su progenitor.

—Si hubieras sido hombre, mi preocupación hubiera sido infinitamente menor.

—¿Por qué? ¿Acaso no tengo dos manos, una mente y camino por el mundo al igual que lo hacen los hombres?

—La diferencia más notable es que tú lo haces sobre delicado calzado, con vestidos y belleza. Esas son tus armas para solucionar tu vida.

—¡¡Yo no necesito solucionar nada!! ¡¡Sola podría salir adelante!! ¡Creo que ya lo he demostrado con creces, padre!

—Baja la voz, insensata. Tu prometido lleva las riendas, no creo que le agradara escuchar semejantes quejas por parte de su prometida.

—No quiero casarme, padre, y tal parece que nadie me escucha.

—Deja ya tus pataletas de niña, Lontine McEilean. Lo primero es el deber, y el deber para con tu viejo padre es complacerlo aceptando la vida que mereces antes de que él parta y se reúna con tu madre.

—Todavía eres joven, padre. Madre murió por un accidente, no tiene por qué ocurrirte lo mismo.

—Hija, debes dejar de decir sandeces; me duele la cabeza de escucharte, así que cállate, acepta tu destino y no hagas que tu prometido se eche para atrás. ¿O es que acaso prefieres casarte con Firth Campbell?

Leontine apretó los dientes, hasta casi hacerlos rechinar. La llevaban los demonios.

El carruaje se detuvo de pronto y su padre le hizo señales para que no hablara más.

La portezuela se abrió y el conde, que había decidido conducir su propio carruaje aquella noche, la miró con sorpresa.

Todavía no la había visto, pues ella ya estaba sentada en el interior del habitáculo del coche cuando él lo hizo en el pescante.

El conde tomó la mano que ella le ofreció, una mano fría y hostil que él no pudo evitar besar, devolviéndole el calor perdido.

Leontine descendió del carruaje y se alejó del contacto de aquella mano firme y trabajada. ¿Acaso antes de ser conde fue jornalero?, porque otra explicación no podía encontrarle a aquel deterioro, impropio de los de su clase.

Tras apearse del coche, Angus se reunió con su hija, ofreciéndole el brazo para que hiciera su entrada junto a él. El conde lo miró con una mezcla de desprecio y asco. A primera vista, aquella mirada podría resultar imperceptible ante los demás, pero no para ella, que parecía detectar en los ojos y la actitud de aquel hombre un pozo de hostilidad contenida.

En el gran vestíbulo los recibió *lady* Hope, que estaba muy hermosa; bien podría decirse que tenía al menos diez años menos.

Leontine escuchó a sus espaldas las risas y la complicidad del conde con la anfitriona. En su interior, una sensación equiparable a un mordisco en las tripas, la hizo endurecer el gesto. Su padre sonrió.

—Ay, hija, yo nunca me equivoco. Creo que el conde es el mejor partido que podría haber elegido para ti.

—¿Por qué dices eso?

—Porque que me disparen en el corazón ahora mismo y me lo partan en dos, si lo que he visto en esa mirada no es la voracidad de los celos.

Leontine negó enérgicamente con la cabeza.

—Confundes celos con odio…

—Sí, hija mía, mucho odio, demasiado diría yo —apuntó con un tono salpicado de sarcasmo.

El conde los alcanzó y los tres entraron en el salón, atestado de invitados que comían, bailaban, reían, se divertían ajenos a la bola que se iba formando en el interior de Leontine.

A ella le encantaba bailar y pensó que dejarse envolver por la animada música, la ayudaría a quitarse aquellos pensamientos hostiles de la cabeza.

Sin embargo, el conde, que estaba junto a ella con una copa en la mano, solo miraba a la pista de baile y en ningún momento dirigía sus ojos hacia ella, mucho menos le hablaba.

—¿Es que acaso no va a sacarme a bailar, conde? —inquirió molesta.

—No, yo no bailo.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí?

—He aceptado la invitación de una vieja amiga y presento a mi prometida en sociedad sin necesidad de ser yo quien dé una fiesta en mi casa, que, dicho sea de paso, no está preparada todavía para ello.

—No pienso quedarme toda la noche aquí parada.

El conde no contestó ni pareció inmutarse.

El enfado de Leontine se incrementaba por momentos.

De súbito, un muchacho de su misma edad se acercó a ella, era Edward, un viejo amigo de la infancia.

—Leontine, estás preciosa esta noche, quién lo diría. Todavía recuerdo cuando te tiraba de las trenzas…

—Muchas gracias, Eddie —lo interrumpió—. Tú también estás muy apuesto —afirmó exagerando la alegría por ver a su viejo amigo y dejando ver un tono meloso impropio de ella.

—Me concederás un baile, ¿cierto? Tenemos mucho de qué hablar…

—Encantada —dijo ofreciéndole la mano a Edward y dejándose llevar por él, para unirse al grupo que bailaba un *strathspey*[1].

Se dejó envolver enseguida por la música y la diversión de los demás. Contagiándose de sus risas y olvidando por un momento que en pocas semanas sería la condesa de Gruinard.

Bailó y bailó hasta que atisbó entre el gentío que permanecía alrededor de la pista, la mirada enfurecida del conde, quien caminaba lentamente y se dejaba ver, dada su considerable altura, rodeando la pista como si fuera un animal salvaje a punto de caer sobre su presa, en este caso, ella.

Leontine le devolvió una mirada desafiante, hasta que se disculpó y se zafó del agarre de la mano de su amigo, con la excusa de ir a retocarse el peinado.

Se dirigió con brío hacia el lugar donde se encontraba el conde y, cuando alcanzó su mano, tiró de ella.

Él negó con la cabeza.

—Yo no bailo —repitió.

—No me casaré con un hombre que no baile conmigo en las fiestas. Adoro bailar.

—Pues yo no —cortó con el ceño fruncido.

Leontine volvió a tirar de su mano.

—¿Por qué no? —indagó suplicante.

—Porque no y ya está… No voy a hablar más del tema.

Él trató de zafarse de la mano en apariencia delicada de Leontine. No pudo. Utilizar la fuerza lo haría parecer un patán ante los asistentes al baile y no era lo que pretendía.

—No sabes bailar —dijo ella lentamente, con los ojos muy abiertos.

El conde no respondió, pero su rostro lo dijo todo. Aquel hombre, además de tener una caligrafía y ortografía propias de un niño, no sabía bailar. ¿Cómo se había movido en sociedad durante tanto tiempo? ¿Y cómo era posible que fuera tan rico, conde y un importante empresario?

Ambos se sostuvieron la mirada durante unos instantes.

—Ven conmigo —dijo Leontine tirando de nuevo de la mano de su prometido y lo condujo fuera de la casa, a los jardines.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Acaso quieres escandalizar a los de ahí dentro?

—No, lo que quiero es enseñarte unos pasos básicos, los suficientes para que entres ahí y puedas bailar. Como te he dicho, no me casaré con un hombre que no lo haga conmigo en las fiestas.

El conde miró en derredor y se echó el cabello hacia atrás en un gesto de nerviosismo que a Leontine le pareció de lo más tierno.

—Está bien, pero que sea rápido… —dijo gruñón.

—Ven —dijo ella, tomándolo de nuevo de la mano—. Se hace así. ¿Ves mis pies? Haz lo mismo que yo, Lucifer.

—¿Y no puedes llamarme de otro modo menos diabólico? No soy un monstruo…

Él intentó imitar a Leontine, sin embargo, le faltaba ritmo y se hacía un lío. Acabó pisándola con sus grandes botas.

—¡Auch!, ten cuidado, esto tiene que ser más delicado, con gracia, así… Has de seguir el ritmo de la música y saldrá solo, ya verás.

Pero el conde parecía tener cuatro o cinco pies izquierdos. Y comenzó a sentirse ridículo, sobre todo cuando escuchó las risitas de unas muchachas que habían salido a que les diera el aire y lo estaban viendo todo.

—Ya está bien, dejémoslo estar —dijo quedándose parado, devorado por la vergüenza.

Leontine, consciente de por qué se había detenido, increpó a las muchachas:

—¿Es que acaso nacisteis sabiendo bailar? Tú, Megan, recuerdo que estuve enseñándote el año pasado en este mismo lugar. ¿O es que ya no recuerdas que eras como un barril giratorio que solo daba vueltas y se chocaba con todo el que se cruzaba en su camino? Y tú, Anne, mejor no digo cómo bailas tú actualmente…

Las tres chicas, ofendidas, se metieron en la casa de nuevo.

—¿Por qué has hecho eso? —inquirió el conde.

—No me gustan las burlas y mucho menos cuando quien se mofa de otro tiene motivos por los que callar…

—Eres tan diferente… —musitó de pronto el conde mirándola con algo que hasta la fecha no había visto en él, devoción.

Leontine, sin saber qué decir y abrumada por aquella mirada, se limitó a encogerse de hombros.

El conde acarició su rostro, ella sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo y cerró los ojos esperando el contacto firme de sus labios. Mas solo llegó a su boca una ráfaga de brisa fresca, que la hizo abrir los ojos. Su decepción fue mayúscula, cuando vio que él no estaba.

Capítulo 18

Leontine se apresuró a entrar de nuevo en la casa. Pero, de súbito, tiraron de su brazo y la hicieron voltearse con demasiada fuerza.

—¿Es que acaso ese conde de pacotilla te ha dejado sola a merced de cualquier desaprensivo que se aproveche de tus encantos? —inquirió un hombre de mediana edad, apuesto, aunque con una mirada envuelta en codicia y casi se podría decir que en maldad.

—¿Qué demonios hace? Suélteme, señor Campbell, o gritaré para que todos se enteren de qué clase de individuo es usted.

—Oh, si sabes mi nombre. Pensé que ni tan siquiera conocías mi rostro, de lo contrario, no creo que hubieras escapado de un partido como yo, que puede cubrirte de oro y hacerte una mujer con sus manos —espetó él apretando cada vez más su brazo.

Aquella mirada se tornaba lasciva por momentos. Leontine quiso gritar, pero él se lo impidió pegando su cuerpo contra el de ella en el muro adyacente a los peldaños de las escalinatas de entrada a la casa, mientras le tapaba la boca con fuerza.

—Te voy a decir lo que va a ocurrir ahora. Vas a dejar que mis manos te toquen, que mi boca posea tus labios. Eso será suficiente para que tu conde sea consciente de con quién se ha metido. Y tú quedarás como una maldita fulana, que es lo que eres.

Leontine se resistía con todas sus fuerzas, pero el banquero era fuerte y no lo conseguía. Así que tuvo que hacer uso de la calma para poder pensar con claridad. Por ello, poco a poco se fue tranquilizando y Firth aflojó la presión a su vez.

—Así me gusta. Sabía que te entregarías a mí sin reservas… —musitó él mientras apartaba la mano de la boca de Leontine—. Ahora no hagas tonterías, no grites, o lo lamentarás.

Ella negó con la cabeza, fingiendo sumisión.

Firth acarició su rostro tal y como había hecho el conde, pero en esta ocasión solo sintió su corazón palpitar por el miedo. La sensación de que algo horrible iba a sucederle aumentaba por cada milésima de segundo que transcurría.

—Vas a ser mía, solo mía. ¿Me has entendido? —Leontine asintió con los ojos a punto de estallar en lágrimas—. Responde —añadió.

—Sí, señor —dijo con voz trémula.

—Así me gusta…

De pronto, Campbell se separó de ella levemente, lo suficiente como para que Leontine aprovechara aquel descuido y le propinara un rodillazo en la entrepierna a su captor.

El banquero aulló de dolor y se llevó las dos manos al bulto dolorido de su pantalón.

—¡¿Qué demonios está ocurriendo aquí?! —preguntó de pronto la voz potente del conde, que observaba la escena con expresión confundida.

—La fulana de tu prometida intentó seducirme. En cuanto respondí a sus encantos de sirena malvada, me agredió. ¿Esa es la

clase de mujer que quieres, conde de Gruinard? Huye de la vergüenza que supondría tener a esta descarada como esposa, yo ya lo hice.

—¡¡Desgraciado!! ¡Eso es mentira! —exclamó Leontine con los brazos en jarras y el mentón alzado.

El conde le hizo un gesto para que se tranquilizara y luego se dirigió al banquero para hablarle con firmeza:

—Eso no es cierto, Campbell. Y si me mientes en esto, ¿qué puedo esperar de tu banco? Creo que mi dinero estará mejor en otra parte, quizá en el banco de los McArthur. ¿No te parece que estoy en lo cierto, querida? —preguntó dirigiéndose a Leontine, que le dedicó una mirada divertida al conde.

—Oh, no. Mi banco es un lugar de intachable reputación. No pueden, señor conde, interferir en nuestra relación comercial los hechos ocurridos con esta mujer, que, como ya le he dicho, intentó seducirme… —aseguró Firth limpiándose la ropa y regresando a los formalismos.

—Campbell, Campbell, Campbell, una mujer no le da una patada en los huevos a un hombre si no se ve realmente humillada, presionada, agredida… No creo que ninguno de tus amigos apruebe lo que acabas de hacerle a una pobre muchacha inocente por puro despecho.

—No fue ella quien se negó a casarse conmigo, sino al revés. Y ella, al saber que tengo otro objetivo en la vida que casarme con una fulana, intentó ponerme en un aprieto para que no me quedara más remedio que casarme para salvar su reputación.

—Amigo, eso que dices no tiene ni pies ni cabeza. Yo vi todo lo que ocurrió.

—¿Lo viste? —preguntó de pronto Leontine.

—Sí, querida, lo vi. Y no intervine porque sabía de tu arrojo y respeté tu voluntad de defenderte sola.

La muchacha frunció el ceño mientras negaba.

El conde llevó su dedo índice a los labios de ella, que apretó los puños iracunda.

—Ahora, Campbell, si no quieres que todo el mundo se entere de lo que le has intentado hacer a mi prometida vas a pedirle disculpas. Es más, para reparar semejante mal, deberás devolverle la casa al señor McEilean mañana mismo.

—No voy a hacer eso.

—Oh, sí que lo harás. La reputación de tu banco depende de ello, de lo contrario, mañana todo el mundo sabrá lo que ha ocurrido aquí esta noche, que has intentado forzar a la prometida de otro hombre por puro despecho. ¿Qué te parece?

Firth apretó las mandíbulas y, con la frente perlada de sudor, comenzó a hablar:

—Perdone, señorita McEilean. No era mi intención ofenderla y le prometo que no volverá a ocurrir jamás.

—Eso espero, señor Campbell —dijo ella con decisión.

—Muy bien, ahora vuelva a la fiesta y disfrute de la noche. Mañana el señor McEilean regresará a su casa. Espero que cumpla, de lo contrario, su vida no volverá a ser la misma.

Firth le dedicó una última mirada hostil a la pareja, asintió con la cabeza y, sin decir nada más, volvió a la casa.

—¿Se puede saber por qué no hiciste nada? Estaba muerta de miedo.

—Era necesario.

—¿Para qué? Podría haberme hecho algo realmente horrible…

—Jamás hubiera dejado que lo hiciera.

—¿Por qué? —preguntó Leontine sin ser consciente de lo cerca que estaban sus labios de los del conde.

—Porque tú solo podrás ser mía —sentenció antes de impactar con sus labios masculinos en los suyos, anhelantes.

Aquel beso cargado de emociones, bañado de un hambre voraz, repleto de deseo los abrazó en una noche que prometía ser incómoda, temible, para transformarla en mágica e idílica.

De pronto, el conde extinguió el beso y cerró los ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Leontine mirándolo con sus enormes ojos cargados de duda.

—Volvamos dentro —dijo con sequedad y trajo de nuevo a los labios de Leontine el invierno.

Quería decirle tantas cosas: ¿Por qué me besas y luego me rehúyes?, por ejemplo, pero las palabras morían antes de salir de sus labios, todavía tocados por la huella de los de aquel hombre enigmático, que cada día la desconcertaba más.

Él comenzó a caminar y ella se quedó parada, varios pasos después él se volteó y le ofreció su brazo. Ella aceptó y ambos volvieron a la fiesta enlazados, como si fueran algo más que prometidos forzosos.

Capítulo 19

Diez años antes…

La oscuridad se cernía sobre una celda lúgubre y húmeda. Un lugar pequeño donde un bulto se agazapaba en el improvisado camastro.

—Despierta, Wallace, tienes visita.

—Déjame en paz, no voy a creer tus mentiras hoy —dijo una voz que parecía salir de ultratumba.

El carcelero lo zarandeó con fuerza.

—Muchacho, hoy no estoy de chanza, la condesa ángel ha venido de visita y se ha interesado en tu caso. Yo que tú me levantaría sin perder tiempo.

Broc se incorporó con energía, llevado por la curiosidad.

—¿Dónde está?

—Adecéntate un poco, ¡qué mal hueles! Ya viene para aquí. Me envían de parte del gobernador para avisarte, así que ayúdame a arreglar esto un poco; una dama tan distinguida no dará ni un paso en un lugar que huele a mierda.

—Es la realidad de este lugar, carcelero. No se puede tapar el sol con un dedo.

—¡Cállate y haz lo que te digo!

Broc se echó el cabello largo y desgreñado hacia atrás, luego se recompuso la ropa inmunda; poco más pudo hacer por sí mismo. El carcelero se entretuvo en cubrir el camastro con una manta que Broc no había visto en su vida. Estaba claro que el gobernador de la prisión quería aparentar mejores condiciones de las que en realidad disfrutaba, frente a aquella enigmática mujer, de la que todos murmuraban por sus excéntricas visitas y extraño apodo.

De súbito, tres toques en las rejas sacaron al carcelero de su intento inútil por salvar las apariencias.

Broc miró de inmediato hacia la puerta de la celda, que se abrió con un desagradable rechinar.

Una dama de unos cincuenta años, de tez blanca, cabello semirrecogido entrecano y sombrero del mismo color que su impresionante vestido blanco —que lucía unos maravillosos bordados dorados—, entró en el calabozo.

Se quitó un guante y jugueteó con él, dando toquecitos a su otra mano enguantada, mientras se paseaba por la inmunda celda.

Detuvo su marcha cuando estuvo frente a Broc, que aguardaba firme y algo perturbado por la situación.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Broc, señora, Broc Wallace.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticuatro.

—Bien, tengo entendido que fuiste condenado por envenenar a tu protector, el respetable Gordon McEilean —afirmó la mujer.

—Sí, fui condenado por ello.

—Y ahora creo que me ahorraré la pregunta de si lo hiciste o no, sé cuál será tu respuesta. Eres inocente, ¿me equivoco?

—Señora, después de tanto tiempo ya no sé si envenené o no a mi señor. Todos dicen que lo hice, pero mis recuerdos solo albergan cuidados y un gran afecto hacia él. No, yo no sé qué demonios hacía ese vil veneno en mi cuarto. Tampoco comprendí por qué me trajeron aquí y me enterraron en vida sin indagar más sobre aquel crimen. El asesino sigue ahí fuera y estoy seguro de quién es.

—No le haga caso, condesa. No hace más que repetir lo mismo. Su joven mente enloqueció debido al paso del tiempo y al encierro. Así que no se lo tenga en cuenta…

—¿Loco? Algo me dice que es el loco más cuerdo que he tenido el placer de conocer. De hecho, le ruego que nos deje a solas.

—¿Está segura? —inquirió el carcelero.

—Tan segura como que hoy es viernes.

El carcelero, aunque reacio, salió de la celda y cerró la puerta tras de sí, no sin antes advertirle a la condesa que estaría fuera, que solo tenía que gritar para que acudiera al momento si el preso la atacaba.

—Así lo haré, descuide.

Una vez solos, la condesa le pidió a Broc que se sentara en el camastro, que con la manta limpia que el carcelero había puesto sobre él, no imponía tal y como lo haría sin esta.

Luego ella se sentó a su lado. Broc rezó para que no notara el terrible hedor que emanaba.

—Bueno, chico, tienes una hora para convencerme de que mereces vivir ahí fuera. Si lo consigues, escribiré una carta a sir William Rae recomendando tu indulto —Broc abrió los ojos, esperanzado—. No te emociones, muchacho. Él es un buen amigo, pero solo es el lord *advocate*. Es una pieza importante y una oportunidad de devolverte la libertad.

—La libertad… No sabe cuánto daría por poder caminar por las calles de Inverness, dejarme mojar por la lluvia, por las aguas salvajes del río…

—Muy bien… Todo eso está muy bien, muchacho, sin embargo, así no me convencerás.

—Entonces, ¿qué debo hacer?

—Cuéntame tu historia…

Capítulo 20

La mañana siguiente al baile de *lady* Hope, Angus McEilean hacía el equipaje para volver a su casa. Sin embargo, no podía llevarse a su hija como él esperaba. El conde no había dado su brazo a torcer, incluso cuando suplicó haciendo alusión a la reputación de esta, si se quedaba en la casa de su prometido antes de la boda.

—No se preocupe por el qué dirán. La boda será en una semana, un tiempo corto que, llevado con discreción, no llegará a ser pasto de los rumores de los ciudadanos —respondió el conde, antes de cerrar la portezuela del carruaje que llevaría a Angus fuera de su propiedad.

Su futuro suegro quiso discutir más el asunto, pero el conde le ordenó al cochero que se pusiera en marcha. Lo último que vio fue la cara roja de ira de Angus y su entrecejo fruncido.

En cuanto el coche se hubo alejado, se llevó la mano al pecho y musitó: «Gracias a Dios».

Entró en la casa de nuevo y se encontró con Leontine en el vestíbulo, que lo observaba con los brazos en jarras y cara de pocos amigos.

—Debería irme con mi padre, Lucifer.

—No, y no voy a dar mi brazo a torcer en ese asunto.

—¿Por qué esa negativa? No lo entiendo.

—Porque no me fío de tu padre. ¿Quieres más razones?

—Mi padre es un hombre de fiar, si da su palabra no la incumplirá jamás —sentenció Leontine con determinación.

—¿Por eso incumplió la palabra que le había dado a Campbell?

—No es justo que digas eso. Bien sabes que le quitó la casa al saber que yo me había escapado. Es culpa mía y no suya que eso ocurriera.

—Oh, Leontine, veo que no conoces bien al hombre que te dio la vida…

—Tú mismo dijiste que había sido así.

—Más bien dije lo que tu padre me rogó que dijera, de lo contrario, tú no aceptarías el compromiso.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Firth Campbell le ofreció devolverle la casa de inmediato si tú regresabas a ella.

—¿Entonces?

—Le pedí tu mano y él mismo llegó a la conclusión de que mi propuesta era mucho más beneficiosa para su hija, y para él mismo. Emparentar con la aristocracia no se podía igualar a hacerlo con uno de los principales bancos de la ciudad. Además, mi fortuna es muy superior a la de Campbell, y tu padre no es estúpido.

Leontine abrió mucho los ojos mientras negaba con la cabeza. Se sentía traicionada. El sentimiento de culpa la había perseguido durante los días que Angus había permanecido en la casa del conde.

—No entiendo nada…

—Para tu padre no eres más que un instrumento para afianzar su futuro y así de paso el tuyo.

—No es cierto, mi padre es un buen hombre. Solo pensaba en mí, en nadie más.

El conde apretó las mandíbulas.

—Creo que no conoces al verdadero Angus McEilean.

—Claro que lo conozco, he vivido los últimos diecinueve años con él. Ha sido un buen padre y fiel marido. Mi madre lo adoraba, ambas lo hacíamos.

—Todo lo que se puede adorar a un lobo con piel de oveja, diría yo.

—¡Basta ya!

—Sí, será mejor que lo dejemos estar. No conseguiremos ponernos de acuerdo en este tema. Ah, aprovecho nuestro encuentro para anunciarte que la boda será dentro de siete días. Hoy mismo vendrá la costurera. Hay mucho trabajo que hacer y poco tiempo.

Tras decir esto, el conde se dirigió a las escalinatas y se perdió en la planta superior, mientras ella se quedaba mirando la puerta de entrada a la casa con el corazón herido y la sensación de que no era más que un pájaro enjaulado.

∞∞∞

Angus recorrió su casa con la intención de verificar que no faltaba nada. Respiró tranquilo cuando pudo constatar que así era; Firth Campbell no parecía haber puesto sus sucias manos sobre esta.

Los sirvientes habían sido llamados para volver a su empleo, así que, en cuanto llegaron a la casa, Angus pidió que se limpiara de arriba abajo, no quería sentir las huellas de quienes se la arrebataron, aunque a primera vista pareciera que, desde el día que lo echaron, hubiera permanecido cerrada. Se sentó en su sillón, frente a la chimenea, mientras observaba el fuego crepitante.

Un pensamiento fugaz cruzó su mente, que estaba todavía revuelta por el empecinamiento del conde con que su hija viviera en aquella remota mansión. ¿Qué pensarían sus amistades? No, aquel individuo había cruzado el límite, pues todavía Leontine no se había casado con él.

Agitó la campanilla para llamar a su criado Akay, que acudió al instante.

—Necesito que vayas a buscar a mi buen amigo Thomas, he de pedirle algo importante.

—Enseguida señor. Entiendo que, a estas horas, he de ir al periódico.

—Sí, creo que ahí lo encontrarás, pero date prisa. Thomas no sabe permanecer mucho tiempo en un mismo lugar, y si sale a buscar noticias, no darás con él.

Akay asintió y salió raudo de la estancia.

Cerca de una hora después, volvía solo. Angus continuaba sentado en su sillón y ya había bebido más de lo habitual.

—¿Por qué has tardado tanto? ¿Y dónde está Thomas?

—Señor, no he podido encontrarlo, su hijo me ha dicho que salió esta mañana a primera hora y que todavía no ha regresado. Fui a su casa y encontré a su esposa muy alterada, con los ojos enrojecidos por haber llorado.

Angus entrecerró los ojos.

—Extraño, verdaderamente extraño. Haz que ensillen mi caballo, he de salir —ordenó Angus mientras se levantaba de su sillón.

Varios minutos después, cabalgaba hacia las afueras de Inverness. Un pálpito le decía que debía darse prisa, que la desaparición de Thomas y los ojos rojos de su esposa no auguraban nada bueno. Así que se dirigió al lugar donde ocurrió todo, principal razón del tormento del corazón de su amigo, mucho más débil que el suyo, pues él había conseguido olvidar el pasado, por muy duro que fuera haber callado tantos años.

Tardó varias horas en llegar a su destino, las ruinas del castillo Urquhart, a orillas del lago Ness.

Dejó el caballo muy cerca del antiguo castillo y se dirigió a su torre, deteriorada por el paso del tiempo y el abandono. El corazón le dio un vuelco cuando vio a Thomas en el punto más alto, de pie, con la mirada perdida en el lago.

Angus corrió y subió los tramos de escaleras hasta coronar la torre. Al llegar a la altura de su amigo, le dijo con tiento:

—¿Qué haces aquí, por Dios, Thomas? ¿Qué pretendes?

—Angus, no deberías haber venido. Es más, hoy no conseguirás convencerme. No quiero seguir viviendo…

—¿Pero por qué? ¿Qué ha ocurrido para que quieras tomar el camino fácil y no hacerle frente? —inquirió Angus realmente preocupado.

—Es un castigo, un castigo por lo que hice hace tantos años aquí mismo…

—Fue un accidente, no pretendías hacerle daño a…

—No digas su nombre, por favor. No lo digas o acabaré con este tormento de una vez —gimió Thomas, tambaleándose, hecho que llevó a Angus a la conclusión de que su amigo había bebido más que él.

—¿Por qué ahora? Hace cerca de dos décadas, ya deberías haberlo olvidado. Al menos pensé que lo habías superado.

—Nunca se supera algo así y mucho menos si tu esposa, la madre de tu hijo, la que se supone que debe respetarte, se ríe de ti en la cara.

—Mathilda, si es poco menos que una santa.

—¿Una santa…? Una ramera es lo que es, una ingrata…

—¿Por qué hablas así de la madre de tu hijo, hombre de Dios?

—Porque es la verdad. Llevo más de dos años negándome a ver la realidad y lo sabía, lo sabía todo: que en sus clases de piano tocaba más que las teclas del odioso armatoste. Maldigo el día en que se lo regalé y permití que ese desgraciado entrara en mi casa.

—¿Te refieres a Clark?

—A ese mismo.

—Si tu esposa tiene edad para ser su madre, no será que te lo has imaginado. Mira que la mente a veces juega malas pasadas.

—No tanto. Clark tiene veintitrés y Mathilda treinta y ocho. Pero solo hay que verla, está cada día más hermosa y yo… mírame, soy la

sombra de lo que un día fui. Aquel muchacho apuesto se transformó en esto que ves. No quiero seguir en este mundo si ella se ríe de mí, no puedo.

—No digas tonterías, amigo. Bajemos y hablemos largo y tendido sobre el tema. Tengo la impresión de que tu inseguridad te ha llevado al límite y no tienes por qué preocuparte. Estoy seguro de que Mathilda te ama.

Thomas estalló en carcajadas.

—¿Que me ama? No tienes ni idea McEilean. Estás tan alejado de la realidad que no eres capaz de ver lo que tienes delante de ti.

—¿A qué viene eso?

—¿Acaso importa? No, Angus. Lo único que importa es que hace dieciocho años una mujer murió entre estos muros por mi culpa y sigue ahí, a orillas de ese lago, guiándome para que me reúna con ella para vengarse de mí.

—Cállate. No digas eso. Quién sabe si alguien puede escucharnos.

—Como no sea el monstruo del lago o alguno de los fantasmas de los que antaño vivieron aquí, no sé yo quién pueda hacerlo.

—Thomas, amigo, entra en razón y hablemos. Cuéntamelo todo y entre los dos llegaremos a una solución, como siempre hicimos —suplicó Angus.

—No, es demasiado tarde —sentenció antes de dejarse caer al vacío.

Capítulo 21

Tres toques en la puerta de su alcoba la sacaron de la espiral de oscuridad en la que se había sumido tras la marcha de su padre. Se sentía atrapada, con su libertad coartada por el capricho de un ser con ansias de venganza, que la atraía y repelía al mismo tiempo, sin que pudiera evitarlo.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Señorita Leontine, me envía el conde para que le diga que la cena está en la mesa, desea que baje de inmediato al comedor —respondió Beth.

Leontine caminó con paso enérgico hacia la puerta y la abrió con brusquedad.

—Dile a tu señor que no pienso cenar en la misma mesa que él. Ah, y dile también que deseo que se le atragante la comida —dijo Leontine destilando veneno por todos los poros de su piel.

—No puedo decirle eso, señorita —respondió la doncella, dedicándole una mirada inquisitiva.

—Soy la prometida del conde, así que sí, has de hacer lo que yo te ordene. Se lo dirás palabra por palabra sin dejarte ninguna.

—De acuerdo, señorita —claudicó la sirvienta e hizo una leve reverencia antes de retirarse.

Minutos después, la puerta de la habitación se abrió y dio un golpe en el muro de piedra.

—¿Se puede saber por qué te estás comportando como una niña? —indagó el conde, furioso.

—No fui yo la primera en hacerlo. Tú pretendes encerrarme en este lugar y condenarme a una vida que no deseo —espetó ella con el mentón alzado y las manos en puños.

—¿Acaso prefieres vivirla con Firth Campbell?

—Pues es probable que sea mejor partido que tú, que pretendes vengarte no sé de quién y utilizarme para ello. Dímelo si te atreves, ¿dime para qué necesitas que yo sea tu esposa? ¿A quién quieres dañar con ello?

—No sé de qué demonios estás hablando —respondió él con la mirada huidiza.

—Mientes… desde el principio sé que lo haces, que esa pose enigmática oculta la oscuridad de un corazón malvado, que piensas que el dinero lo compra todo y que puede comprar mi amor, ¿y sabes qué?, no, no puedes pagarlo. No tiene precio y se lo daré a quien yo quiera libremente, sin que me encadene a la pata de una cama de ensueño y me llene de lujos. No me hacen falta, Lucifer. De hecho, cada día soy más consciente de que no te puse ese nombre por casualidad. Eres malvado, oscuro y aterrador. Jamás podría estar con un hombre como tú. ¿Lo entiendes? No quiero…

El conde cerró los ojos. Apretaba las mandíbulas y respiraba con agitación. Daba la sensación de que tenía mucho que decir a aquellas palabras que parecían haberlo herido de muerte.

—Si es así como piensas de mí, puedes irte. Eres libre. Siento haberte hecho sentir como una cautiva —sentenció antes de salir de

la estancia.

Leontine se llevó la mano al pecho. Toda la rabia que albergaba su ser había salido en un torrente de palabras hirientes. Ella era así, cuando estallaba lo hacía de verdad y sus palabras se transformaban en cuchillos afilados.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. ¿Por qué se sentía tan mal? Había conseguido lo que quería, podía marcharse y seguir con su vida. Sin embargo, estaba petrificada, algo la hacía permanecer en aquella habitación de pie, atacada por el sentimiento de culpa a causa de su comportamiento. Si bien tenía razón, nadie tenía derecho a decidir sobre su vida, le pertenecía, aunque la sociedad trazara un camino que debía seguir sin salirse ni un ápice.

Se dejó caer en la cama, necesitaba pensar. Quizá hablar con el conde, pedirle perdón por haberse dejado llevar por la ira. Era libre, sí, pero podía marcharse de Beinn Criosd Manor con la cabeza alta hablando primero con Lucifer…

Sin darse cuenta, se quedó dormida y el alba la sorprendió; estaba helada. Buscó su chal y se lo echó sobre los hombros, dejándose acariciar por aquella prenda que tanto le recordaba a su madre. ¡Qué falta le hacía en aquellos momentos!

∞∞∞

Angus tenía todavía el corazón en un puño, pues había conseguido salvar a su amigo por los pelos. Cuando se arrojó al abismo, una fuerza desconocida se apoderó de él, haciéndolo actuar por instinto. Consiguió sujetarlo por una de sus muñecas con fuerza.

Thomas le suplicó entre lágrimas que lo soltara, pero este negó una y otra vez, no pensaba hacerlo. Era su mejor amigo y no iba a

permitir que lo dejara solo, no en aquel momento en que tanto lo necesitaba.

—Si tú caes, yo también lo haré. Por todos los demonios, pesas demasiado, así que no tendré elección, porque yo no voy a soltarte y, si te resistes, caeremos los dos —sentenció Angus, que jamás tuvo que hacer tanta fuerza para sujetar a nadie.

Tras decir esto, Thomas colaboró intentando trepar por el muro. Cuando ambos estuvieron a salvo, tendidos en el suelo, se decidió a hablar:

—Como te he dicho, Mathilda lleva dos años engañándome con el profesor. Hace mucho que soy consciente de que, en aquella habitación cerrada, me es infiel una y otra vez con ese joven.

»He intentado negármelo a mí mismo, convencerme de que todo era fruto de mi imaginación. Pero cuando veía el rechazo de mi esposa, cuando ella giraba el rostro para no besarme, cuando en las pocas ocasiones que me dejó hacerle el amor parecía que la estaba torturando y que su corazón estaba lejos, muy lejos, sabía que la había perdido para siempre. Aun así, hice de tripas corazón y aguanté la situación hasta el día de ayer, cuando me pasé por casa para recoger unos papeles que había olvidado y crucé frente a la puerta de la habitación donde ella y ese energúmeno se encierran a manosearse. Era tan descarado… Las teclas del piano se escuchaban desafinadas, sin melodía, como si alguien dejara caer sus manos sin delicadeza ninguna. Entonces le pedí al ama de llaves que me abriera la puerta. Ella puso cara de circunstancias, lleva muchos años a mi servicio y sé que no quería dañarme. Sabía que toparme de bruces con la verdad me destrozaría. Sin embargo, me mantuve firme y le rogué que lo hiciera. Y cuando abrió me quedé perplejo, amigo. Mathilda estaba desnuda, sentada sobre las teclas, mientras ese desgraciado la embestía sin compasión… Me entraron ganas de matarlos a ambos, pero no conseguí articular palabra, al menos en aquel mismo momento. Cerré la puerta y me fui a buscar mi pistola,

volví a la habitación y prácticamente tiré la puerta. El individuo se estaba vistiendo con rapidez.

—Sal de mi casa o te mato —espeté con dureza.

—Por favor, Thomas, no le hagas nada. Es culpa mía, es culpa mía —dijo ella, arrodillándose a mis pies y aferrándose a mis pantalones.

—Déjame en paz, mujer. No quiero que me toques, me das asco. ¿Entiendes?

—Lo lamento, Thomas, pero no puedo ir en contra de mis sentimientos. Lo amo, lo amo más que a mi propia vida.

—Aquellas palabras me hicieron mucho daño, Angus. Así que me apunté con la pistola en la sien.

»Mathilda se colgó de mi brazo, suplicándome que no hiciera eso, que no podría vivir el resto de su vida sabiendo que mi muerte había sido culpa suya. Que me quería, que había sido el hombre de su vida, pero se había enamorado de Clark al ver que yo lo estaba de mi trabajo.

»Me dijo que se había sentido muy sola, y que Clark fue un soplo de aire para ella. Yo le dije que podría habérmelo dicho, y ella respondió que lo intentó muchas veces y nunca la escuché. ¿Y sabes lo peor, amigo?, que tiene razón, nunca lo hice. Por eso sentí que debía morir, no podía seguir viviendo con la culpa como única compañera. Yo mismo destrocé mi familia, dejé a mi mujer sola, mientras me dedicaba en cuerpo y alma a mi profesión para no pensar en la muerte de… —Hizo una pausa dolorosa—. Esa muerte que me perseguirá hasta el último día de mi vida.

Thomas lloraba como un niño y Angus lo abrazó sin decir nada. Estaba todavía impactado por todo lo ocurrido y por la confesión de su amigo. Fue entonces cuando decidieron volver a Inverness con tranquilidad. Eran varias horas de camino y posiblemente tendrían

que parar para dormir un rato. Cosa que hicieron cuando la oscuridad amenazó con devorarlos.

Poco les faltaba para llegar a su destino, cuando Angus dejó a un lado los recuerdos de las últimas horas para hablar con su amigo:

—Fui a buscarte para que averiguaras lo que pudieras sobre el conde de Gruinard. Como bien sabes, le concedí la mano de mi hija, pues me pareció un gran partido. Creo que me equivoqué. Ahora no la deja salir de su casa, y tengo la impresión de que hay algo que se me escapa. He visto en la mirada de ese hombre un halo oscuro, tétrico. Ay, amigo, creo que ambos sufrimos demasiado, que nuestras vidas se han puesto del revés y no sé si consigamos enderezarlas…

—Elegiste un mal día. Pero no dudes de que haré lo posible por complacerte. Eres como un hermano para mí, y Leontine es como mi sobrina. Además, te debo la vida… otra vez.

»Y con respecto a que nuestras existencias parecen haber girado en sentido contrario, ya te he dicho lo que pienso. Es un castigo por lo que hicimos…

Angus se mordió el labio inferior. Hasta el momento siempre había pensado que aquello era una exageración de su amigo, pero ahora más que nunca sentía que sus palabras no estaban faltas de sentido, pues en las últimas semanas había caído en un pozo oscuro y, qué casualidad, coincidía con la llegada del conde a Inverness.

Capítulo 22

El tiempo lluvioso y frío hacía a los parroquianos de la taberna refugiarse en las mesas, mientras bebían cerveza, charlaban y reían, ajenos a la figura de un hombrecillo de piel aceitunada y baja estatura, al que todos llamaban Ratón por su facilidad para observar y proporcionar información que, de otro modo, sería difícil de averiguar.

De súbito, la puerta se abrió y todos miraron al hombre alto e imponente, que ataviado con una capa negra y cubriendo parcialmente su rostro, dejaba ver únicamente dos ojos pardos y penetrantes. Aquella presencia discordante, hizo a Ratón ponerse en pie de inmediato.

—No le esperaba tan pronto, señor…

—Puedes llamarme Lucifer.

Ratón entrecerró los ojos, mas no hizo preguntas. Su trabajo no era precisamente ese, así que se dispuso a escuchar lo que aquel peculiar desconocido tuviera que decirle.

—¿Qué precisa de mí?

—Algo sencillo. No creo que le lleve mucho tiempo y si ese fuera el caso, prefiero que me lo diga ahora. Necesito eficiencia y rapidez en el asunto que me trae aquí.

—Depende de lo que usted considere sencillo. Es más, que haya venido no significa que vaya a aceptar el encargo. Ha de ser viable, no estoy para asuntos imposibles, para ello debería contactar con ese del que ha heredado el nombre —dijo Ratón estallando en carcajadas.

Lucifer permaneció impasible, no le gustaba el tono de superioridad del hombrecillo, que de primeras parecía indefenso, pero había resultado de lengua afilada.

—Verá, no me andaré por las ramas, necesito que se vuelva la sombra de una persona. Ha de averiguar todo lo que pueda sobre él: qué visitas recibe, qué temas trata con estas y a dónde va cuando sale de su casa.

—¿Solo eso? —indagó Ratón.

—Bueno, de momento sí, necesito tenerlo vigilado.

—¿Y de quién se trata?

—Angus McLean, de Gleann House.

El hombrecillo silbó.

—No creo que sea fácil entrar en esa casa sin que alguien me descubra.

—Me dijeron que eras el mejor en lo tuyo, que podías acceder a cualquier lugar sin que nadie te descubriera… ¿Acaso mentían?

—No, señor. Si le han dicho que soy el mejor, es porque están en lo cierto, nadie se me puede igualar en discreción y profesionalidad, pero, como le he dicho, siempre dentro de la coherencia.

—¿Y qué es para usted dicha coherencia?

—Por ejemplo, conseguir entrar en esa casa como personal de servicio…

—Puede ser… —Lucifer sopesó los pros y los contras.

McEilean acababa de volver a su casa, después de varios días hospedado en Beinn Criosd Manor. Estaba seguro de que algunos de sus criados habían buscado lugares más propicios donde trabajar. Así que podía ser que necesitara más personas a su servicio. Le había dado una buena cantidad de dinero para que pasara el mes con holgura, pues el hombre estaba prácticamente arruinado.

Se preguntaba una y otra vez por qué había hecho eso, si lo dejaba sin un penique, en unos días estaría desesperado y acabaría por vender sus posesiones para conseguir sobrevivir. Limpio y rápido, pero él no quería eso, debía tomárselo con calma, estaba tejiendo una concienzuda tela de araña y no pararía hasta terminarla y tener a su presa atrapada en esta.

∞∞∞

El conde entró en su casa, la lluvia había arreciado y, al hacer el trayecto a caballo, había acabado totalmente empapado. Deseaba con fervor acercarse a la chimenea y dejarse mimar por el calor del fuego.

Se cambió de ropa y se dirigió a la biblioteca. Su sorpresa fue mayúscula cuando, al entrar, encontró a Leontine sentada en un sillón, leyendo un libro.

—¿Qué haces todavía aquí? Te dije que eras libre…

—Lo sé —admitió ella mientras se levantaba del sillón y acortaba distancias con él—, quería disculparme por mis palabras de ayer. No

estuvieron acertadas.

—¿No?

—Bueno, no del todo.

El conde arrugó el gesto.

—Déjame recapitular. Me dijiste que Lucifer era un nombre que me iba a las mil maravillas. Que soy… ¿cómo era? Oscuro, tétrico, malvado… También aseguraste que te daba asco; permíteme que lo dude, querida —apuntó él mientras se servía una copa.

—¿Por qué? ¿Acaso te crees tan importante que piensas que no puedes producirle repulsión a ninguna mujer?

—No. Simplemente, sé que eso es una vil mentira.

—¿Y en qué te basas para pensar que puedas agradarme?

—Muchacha… no hay que ser muy listo, cuando sientes vibrar a una mujer entre tus brazos, se nota.

—Yo no he vibrado… En fin, de acuerdo, no me das asco, ¿contento?

—¿Y lo de malvado?

—En eso no iba mal encaminada.

—A ver, explícamelo —soltó él cruzándose de brazos.

—Me trataste como a una prisionera.

El conde puso los ojos en blanco.

—Demonios, pobre muchacha, cautiva entre algodones.

—El lujo es lo de menos, la pérdida de tu libertad es equiparable a la muerte en vida. Se nota que no sabes lo que es…

De pronto, la expresión burlona del conde se endureció, y Leontine pareció detectar en esta un deje de desprecio, de odio contenido.

—Se supone que ibas a disculparte, ¿cierto?

—Ya lo he hecho.

—Muy bien, entonces ya puedes irte. Haré que preparen el carruaje, vuelves a Gleann House con tu padre.

—¿Y el compromiso? —preguntó con voz trémula.

—Quedas libre de todo compromiso conmigo. ¿Algo más? —sentenció el conde con dureza.

Leontine, envuelta en un cúmulo de sentimientos encontrados, negó con la cabeza y se dispuso a salir de la biblioteca. Debía recoger sus pertenencias, que eran escasas, pues no iba a llevarse los vestidos que el conde había encargado para ella. No le parecía honesto.

Cuando estuvo frente a la puerta, sintió una punzada en el pecho y unas enormes ganas de llorar, mas no iba a hacerlo. Debería estar contenta, lo había conseguido, no tendría que casarse con el conde ni con nadie.

No podía, había algo más fuerte que ella misma, algo que la retenía en Beinn Criosd Manor, donde ya se sentía como en su hogar, inexplicablemente.

Hizo girar el pomo y, de súbito, lo soltó. Un aroma conocido, el de la cercanía del conde, la hizo estremecer.

—No te vayas, Leontine —suplicó este, con un deje que lo hizo parecer vulnerable ante la muchacha.

Ella se dio la vuelta y lo halló muy cerca. Podía sentir el calor que emanaba su piel.

—¿Por qué, Lucifer? Ni siquiera eres capaz de confiarme tu nombre. No puedo seguir llamándote como si fueras un demonio, cuando quieres que me quede a tu lado.

—Leontine, recuerdas, tú también ocultaste tu verdadero nombre cuando llegaste aquí.

—Lo sé, pero era necesario…

—En mi caso también lo es. Mi nombre, escúchame, amor mío, mi nombre es lo único que puede separarnos —confesó él ante la sorpresa de Leontine, quien, en su fuero interno, se sintió dichosa por la fuerza de aquellas palabras: «amor mío». Nadie la había llamado así jamás, porque nadie la había amado con aquella intensidad. No eran las palabras en sí, sino cómo las había pronunciado el conde.

—Amor mío —repitió ella, mientras se mordía el labio inferior.

El conde la agarró por las muñecas y las hizo subir por encima de su cabeza. Luego las soltó con dulzura y descendió lentamente las manos para acariciar sus pechos por encima de la ropa. Leontine sintió humedecerse su entrepierna, mientras un dolor leve y anhelante la hacía desear que aquello no parase.

—He intentado por todos los medios no desearte. Es imposible. Todo me lleva a ti. Incluso sería capaz de olvidarme de mi cometido por ti. Pero no puedo, Leontine. Tu presencia, el aire que respiras y compartes conmigo, me hace daño.

—Bésame —suplicó ella.

Y el conde cubrió sus labios con la intensidad de los besos contenidos, mientras su lengua ávida se colaba en la boca receptiva de la mujer a la que tanto se había resistido a amar, nunca sabría ella hasta qué punto lo había hecho.

—Leontine —dijo el conde abandonando los labios de su amante —, ¿te casarás conmigo? Solo aceptaré un sí si en verdad quieres ser feliz a mi lado.

—Amor mío… Claro que sí, claro que me casaré contigo —soltó Leontine mientras ambos unían sus labios de nuevo.

Dicen que el amor mueve el mundo, que vuelve locos a los cuerdos y desinhibe a los más responsables, hasta el punto de hacerlos cambiar de parecer en un instante. Una caricia, un beso, unas palabras pueden trastocar el curso de los acontecimientos; la oscuridad siempre puede transformarse en luz, pero también puede ocurrir lo contrario, y la rueda que gira haciendo avanzar cada capítulo de nuestra vida puede detenerse, o peor aún, retroceder.

Segunda parte

Capítulo 23

10 años antes…

Broc se apeó del carruaje y admiró el hermoso lugar donde lo había citado la peculiar condesa, que parecía haberse convertido en su ángel de la guarda. Ahora comprendía el motivo de aquel extraño apelativo. Ella había conseguido lo imposible: su indulto. Tres meses habían pasado desde su visita, y ya había perdido la esperanza, pues pensaba que nunca más sabría de ella, que no le habría convencido su historia; se equivocó.

Lo más increíble fue que aquella mañana vinieron a buscarlo unos guardias bien temprano. Sintió verdadero terror por la crudeza de estos, que, como si se tratara de un animal, lo sacaron de su celda, su horrible morada desde hacía diez años, cuando no era más que un niño. Lo llevaron a una casa, donde varios criados prepararon para él una tina de agua caliente, ropa nueva y elegante, un cambio a todas luces. De aquel niño ya poco quedaba, pues ahora su voz era varonil y su apariencia afeitado, bien vestido y limpio, era tan distinta… Al mirarse al espejo, no se reconoció. Desde el día de su arresto, no había vuelto a ver su imagen. Si bien se aceptó de inmediato, pues, aunque su rostro era muy diferente, no era para nada mal parecido.

En el vestíbulo lo esperaba la condesa, que en esta ocasión vestía de azul. No por ello su belleza le parecía menos etérea.

—Buenas tardes, Broc. Estoy encantada de que estés aquí. Acompáñame, la cena estará lista en menos de una hora. Antes

tengo que hablar contigo —dijo de corrido, ofreciéndole su mano, que él besó con devoción.

Broc siguió a la condesa a la biblioteca, donde ambos se sentaron en sendos sillones orejeros, frente a la chimenea.

—Estoy tan agradecido —soltó él con sinceridad.

—Me alegro. Ahora, joven, hablemos con claridad. Te voy a dar dos opciones, tú elegirás lo que quieres hacer.

Broc entrecerró los ojos. La condesa parecía fría y distante. Incluso se podría decir que en sus ojos había cierta dureza.

—Usted dirá.

—Verás, no intervengo para que algunos infelices puedan degustar las mieles de la libertad por bondad, tampoco por caridad. Me llaman ángel y no sé si soy más bien una especie de demonio.

El joven se aferró a los reposabrazos del sillón que ocupaba.

—Ningún demonio haría lo que usted ha hecho por mí. Así que no me importan los motivos, sino los hechos, y estos me dicen que por usted sería capaz de dar mi propia vida. Figúrese que tan agradecido estoy —argumentó Broc con una gran sonrisa.

—Ay, Broc, eres demasiado joven y tu ser no ha sido corrompido por la maldad de la sociedad todavía. La cárcel te ha protegido de ello. Eres demasiado noble, demasiado inocente…

—No crea, condesa. Mi interior no es tan puro como usted piensa. Quizá nos parezcamos más de lo que cree.

—Ay, muchacho, no me hagas reír. Con esa carita y esa vulnerabilidad, poca oscuridad habitará en ti.

—Le aseguro que sí. Es una oscuridad total, un horrible bicho que corroe mi alma, pero que he conseguido guardar en mi interior durante todos estos años, a la espera de darle salida un día de estos.

—¿Y qué bicho es ese, si se puede saber?

—Ni más ni menos que la venganza. Esa compañera que me ha mantenido vivo en el lugar más inmundo que pueda imaginar…

—Comprendo… Era algo que imaginaba en cuanto supe tu historia. Tus ojos, tan inocentes, se teñían de tristeza, que no de maldad, cuando relatabas aquellos hechos tan mezquinos por parte del hijo de tu protector. Aunque he de decirte que no tienes la certeza de que él le pusiera fin a la vida de su padre. Y acusarlo de algo tan grave, sin saber la verdad… Podrías vengarte de un inocente.

—Él fue quien me condenó, quien me acusó de haberle quitado la vida a alguien que era como mi segundo padre —espetó Broc.

—Tranquilízate, no te dejes llevar por la ira; sé inteligente. Deja pasar el tiempo, necesitas vivir, enfriar esos sentimientos de venganza que entristecen tu rostro.

—No sé si podré, llevo muchos años pensando en ello.

—Necesito que priorices otros temas mucho más interesantes y beneficiosos para ti.

—¿Cómo cuáles?

—Como mis motivos para liberarte.

—Cuénteme entonces cuáles son…

—Bien, como te he dicho, a mí no me mueve la bondad. Sino el egoísmo. Por la cara que pones, deduzco que estás pensando lo que no es. No, querido, no te voy a pedir que seas mi amante ni nada por el estilo. Me he casado tres veces, la última me convirtió en condesa de Gruinard, pero mi marido murió y no conseguí ser madre, por mucho que lo intenté en mis tres matrimonios.

»Vengo de una familia humilde, sé lo que es pasar necesidad. También lo que supone estar encerrada…

—¿Usted? ¿Acaso estuvo en la cárcel?

—No, no en una cárcel como tal, ni mucho menos. Aunque sí acabé presa de un hombre que temía que el viento me rozara la cara y que el sol pusiera sus rayos en mis ojos.

—¿El conde de Gruinard? —indagó Broc.

—El mismo. Viví tres años con él, tres largos años en los que no se me permitió poner un pie en la calle. Ni siquiera íbamos a fiestas; todo para que nadie admirara mi belleza. Estaba obsesionado con eso. Nadie sabe lo que deseé que la providencia me hubiera hecho fea, incluso traté de afear mi rostro descuidándolo, pero a mis cuarenta años parecía rejuvenecer cuanto más me abandonaba. Era como una maldición.

Tuve la suerte de que un día su corazón se detuviera. Era bastante mayor que yo, así que una sesión intensiva de sexo desenfrenado lo hizo pasar al mundo de los muertos.

Broc enrojeció. Aquella desinhibida mujer lo desconcertaba. Hablaba de algo que él todavía no había experimentado, el contacto carnal con una mujer.

Desde entonces decidí vivir la vida sin privarme de nada. Heredé la fortuna de aquel malnacido y la multipliqué mientras iba de fiesta

en fiesta, de amante en amante, de viaje en viaje, de ilusión en ilusión.

Pero el tiempo y los excesos pasan factura, así que enfermé.

Broc frunció el ceño. Si bien la palidez de aquella mujer llamaba la atención, no parecía enferma en absoluto.

—Lo sé, mi maldición hace que no lo parezca; mis sesenta años están en mi interior. Es ahí donde siento que poco a poco me disuelvo, como esas manzanas brillantes que ocultan la podredumbre, esa sería la palabra, me pudro…

—No diga eso, por favor.

—Sí, si lo digo. Llevo dos años buscando a alguien que sea digno de heredar mi fortuna, a un hijo.

—Señora, yo no soy…

—Me gustaría que fueras mi hijo, que dejaras que te diera todo lo que te quitó la maldad de algunos. Aquella herencia no recibida de tu señor será la que yo te legue.

»Además, haré que seas educado para poder aparecer en sociedad como el imponente conde de Gruinard.

—No comparto vínculos de sangre con usted. Tengo entendido, pues alguna vez escuché hablar a mi antiguo señor sobre ese asunto, que no se puede heredar un título de conde…

—Tonterías… Tengo amistades, contactos importantes en la corona. El título de conde de Gruinard corre peligro de extinción, así que si me demuestras que eres merecedor de dicho título, haré lo posible porque tú lo poseas…

—No sé si soy digno de… Soy un humilde sirviente, así crecí, no conozco otra vida.

—La conocerás.

—Una herencia fue suficiente motivo para que a alguien le molestara mi presencia… No me gustaría que volviera a ocurrir, no ahora que soy libre gracias a usted.

—No ocurrirá, te lo aseguro.

—Por otra parte, me ha dicho que tenía dos opciones para mí. ¿Cuál es la segunda?

La condesa suspiró, en su rostro se adivinaba un destello de decepción.

—Ay, Broc Wallace. Acabas de caer en la trampa en la que todos caen.

—¿Por qué?

—Porque no hay segunda opción, muchacho. Me prometí a mí misma que solo el chico que aceptara mi propuesta sin preguntar por la otra sería el elegido. Veo que tú tampoco lo eres…

—No se preocupe. Ello no hará que deje de estar agradecido por todo lo que ha hecho por mí. Le demostraré con el tiempo que su interés por mí mereció la pena. Trabajaré duro y seré un hombre de bien.

La condesa observó a Broc con una mezcla de expresiones prácticamente indescifrables para el chico.

—Bien. Entonces, no tenemos más de qué hablar. Vayamos a cenar y puedes dormir esta noche aquí. Mañana tendrás que abandonar esta casa —sentenció la condesa.

—Descuide, así lo haré —dijo Broc mientras se levantaba del sillón.

La condesa frunció el ceño.

—Joven, ¿es que acaso no vas a luchar ni un poquito? —indagó la condesa levantándose de su asiento también.

—¿De qué serviría? Estoy acostumbrado a perder, condesa. No voy a hacer una pataleta por haberlo hecho una vez más. Si algo me enseñó mi padre fue a levantarme y seguir caminando una y otra vez.

La condesa sonrió.

—Hijo, no puedes rendirte sin luchar. Venga, debes hacerme un reproche, el que recorre tu mente ahora mismo…

—Yo…

—Hazlo, demonios —espetó la mujer con una expresión dura que no le había visto hasta ese momento.

—Bien… creo que me ha hecho perder el tiempo poniéndome un dulce en la boca y luego una trampa. Cualquiera preguntaría por la segunda opción, pues quién dice que no pueda ser aún mejor. O peor, nunca se sabe. Además, me dice que luche y hace un momento me descartó como su heredero por haberlo intentado…

La condesa asintió con una sonrisa.

—Así me gusta. Quería ver si la hipocresía bañaba tus palabras y he comprobado que sí. Pero porque no querías ofenderme, estás muy acostumbrado a no hacerlo. Conmigo aprenderás a luchar por lo que es tuyo, a defender tu lugar en el mundo.

—No entiendo… si acaba de decirme que debía irme al amanecer…

—No te hace falta entenderme, solo aceptar mis palabras: bienvenido a tu nueva casa, hijo mío.

Capítulo 24

Bailes, bellas mujeres, riqueza, lujo… Todo ello embriagó a Broc por un tiempo, pero no el suficiente para que se apartara de sus intenciones.

Le enseñaron a moverse en sociedad, a leer y a escribir. Esto último no fue fácil, pues él parecía no absorber los conocimientos en ese sentido. Al final, el profesor que la condesa contrató pudo conseguir que Broc leyera con bastante fluidez, mas no consiguió que escribiera correctamente. Las faltas de ortografía acompañaban a cada uno de sus escritos.

Broc fue aceptado en la sociedad de Fort William con total naturalidad. Su buen carácter y atractivo lo hicieron ganar amigos en muy poco tiempo. Es más, comenzó a llevar los negocios de la condesa junto a su mano derecha, Dougal Balfour, quien parecía llevarse muy bien con el futuro conde, al menos en apariencia. Si bien, Broc sabía la verdad, que él lo detestaba, que la envidia recorría su ser y que, ante la condesa, ponía buena cara, pero cuando estaban a solas, los monosílabos y los malos modos imperaban en dicha relación.

Dougal era un hombre entrado en la cincuentena, de figura oronda y rostro anodino. Su cabello clareaba en la coronilla y cada día se veía más blanco. Llevaba cinco años al servicio de la condesa y siempre había hecho un buen trabajo en el manejo de sus asuntos financieros y referentes a los negocios de esta. Era su carta de

presentación frente a otros hombres que no se tomaban en serio a una viuda que llevara sus propias finanzas.

Con la llegada de Broc, y tras formarlo para ello, fue él quien poco a poco fue adquiriendo más peso en este sentido. Los dos hombres trabajaban codo con codo, pero tal parecía que, para la condesa, Broc era el único merecedor de todas sus alabanzas.

Dougal se iba enfureciendo por cada día que transcurría. Broc no le parecía un mal hombre, ni mucho menos, y aquello era lo peor, que se podría decir que tenía cierta simpatía hacia él. Pero no soportaba el trato que le dispensaba la condesa, comparable al de un hijo.

La envidia es el peor mal del mundo, el que hace a los necios creerse dioses, el que los insta a menospreciar a los demás, a tenderles trampas, a mofarse de ellos incluso. Porque no saben hacer otra cosa, no son capaces de mirar su propio ombligo. No, la envidia es una enfermedad y Dougal estaba desahuciado, agonizaba entre los tentáculos malignos del pecado capital.

Así que harto de ver cómo su persona era cada vez menos importante para la condesa, ideó un plan para que ella viera a Broc como un aprovechado que no merecía ni uno de sus días de vida.

Empezó a robar dinero y a esconderlo en la alcoba de Broc, en un saquito de tela.

Se informó del motivo por el que el joven fue encarcelado años atrás y convino que el mejor escondite se encontraba detrás del cajón de la mesita de noche, dónde los guardias habían descubierto el veneno que poco a poco había administrado cuando solo era un crío a su señor.

Broc se dio cuenta enseguida de que faltaba dinero y así se lo comunicó a la condesa. Él no era muy bueno con las letras, pero con

los números había demostrado tener un talento innato. Así que no le fue difícil suponer que algo extraño ocurría.

La condesa habló con Dougal, quien le aseguró que había sorprendido a Broc en actitud muy sospechosa una mañana en la que había entrado al gabinete que ambos compartían para sus quehaceres.

—¿Y qué es lo que tú consideras una actitud sospechosa? —indagó ella mientras acariciaba el pequeño bichón frisé que Broc le había regalado por su sesenta y un cumpleaños.

—Cuando entré se puso nervioso, luego lo vi guardar algo en el bolsillo de su levita. Era como un pequeño saquito. Tras hacer eso, se disculpó y salió de la estancia. Yo decidí seguirlo, fue directo a su alcoba.

—No veo qué pueda haber de malo en ello. Quizá lo asustaste al entrar en el gabinete.

—Condesa, es usted demasiado benevolente con ese chico. Debería ser más precavida. Tenga en cuenta dónde lo encontró. Si estaba en la cárcel, por algo sería, ¿no cree?

—Broc era inocente.

—Todos son inocentes en la cárcel, condesa. Y usted eso ya lo sabe, se ha dedicado durante más de dos años a visitar prisiones y nunca encontró a ningún muchacho que mereciera todas sus atenciones.

—Hasta que lo encontré a él…

—Pero, condesa…

—Pero nada. Te pido, por favor, que dejes de sospechar de Broc cada vez que en esta casa ocurre algo que se sale de lo que

consideras normal.

—Condesa… —comenzó a decir Dougal y luego añadió—: No se lo quería decir hasta estar seguro…

—Habla ya y vete, me duele la cabeza.

Dougal se aproximó hacia ella, como para contarle un secreto que nadie podía escuchar.

—Falta dinero del cofre: monedas. Al principio eran unas pocas, pero cada vez son más, y las he contado, las cuentas no cuadran. Creo que ha sido el muchacho el que ha estado metiendo su mano en donde no debía.

La condesa sonrió y, encogiéndose de hombros, sentenció:

—Es curioso, Dougal. Él también ha venido a decirme que algo extraño está pasando con el dinero del cofre, pero ¿sabes qué? No pronunció tu nombre en ningún momento. Y no lo hizo porque no tenía pruebas de ello, como tú no las tienes ahora.

—¿Le parece poco haberlo sorprendido robando?

—¿Viste acaso monedas en su mano?

—No exactamente, cómo le he dicho, vi un saquito que él se guardaba con premura.

—Está bien, hablaré con Broc. Mientras tanto, déjame sola y dile a la doncella que traiga algo para mi dolor de cabeza.

Dougal asintió y, tras hacer una leve reverencia, se alejó de la condesa con los puños apretados. Sabía que no diría nada, que no hablaría con su protegido. Aquello no había surtido el efecto deseado, a menos que…

Sí, una idea brillante cruzó su mente. El chico fue acusado de envenenar a su señor. ¿Quién decía que no pudiera volver a intentarlo, esta vez con la condesa, a sabiendas de que ella iba a dejarle todo su patrimonio y a luchar para que él fuera el nuevo conde de Gruinard?

Capítulo 25

Un grito desgarrador hizo que Broc, que leía sentado en la repisa interior de una ventana de la biblioteca, diera un respingo que hizo que el libro impactara abierto y bocabajo en el suelo.

Cuando arribó al salón, encontró a la condesa envuelta en lágrimas mientras sostenía a su perrita y la apretaba contra su pecho.

—Rose, mi pobre y pequeña Rose.

—¿Qué ocurre, madre? —indagó Broc, que llevaba un tiempo llamando a la condesa de ese modo y ya se había vuelto algo habitual.

—La he encontrado muerta, fría, en el suelo —sollozó la condesa, sin dejar de mecer al animalito.

—Oh, cuánto lo siento —dijo Broc acariciando una de las patitas de la perra.

Un buen rato estuvo consolando a la condesa, hasta que esta estuvo más calmada y decidió que había que hacerle un sitio a la bichón frisé en el panteón familiar.

Aunque luego se lo pensó mejor, no le parecía buena idea que su perrita descansara junto al conde, así que, tras varias ideas

excéntricas de la buena mujer, Broc consiguió convencerla de que el mejor lugar era el parque.

—Sí, es una magnífica idea, a ella le encantaba jugar en el jardín, así que sí, hijo, tienes mucha razón —sentenció.

Broc entrecerró los ojos. En los últimos tiempos, las excentricidades de la condesa habían pasado a otro nivel. En ocasiones tenía un comportamiento errático y algo caprichoso. Aquello le preocupaba sobremanera, así que, dos días después de haber enterrado a la perra, Broc decidió abordar el tema con ella.

Entró en el salón, donde la condesa solía sentarse por la tarde, ante la chimenea, mientras tomaba té, y la encontró durmiendo.

Por un momento, sintió miedo, tenía el rostro pálido y los labios resecos.

—Madre —susurró Broc arrodillado a su lado—, madre —repitió dándole unos toquecitos en el rostro.

La condesa abrió los ojos y le dedicó una amplia sonrisa.

—¿Me quedé dormida? —preguntó.

—Sí, madre, aunque no me extraña, se está muy bien en este salón.

—Lo sé, pero no ha sido por eso por lo que me he quedado dormida —dijo la condesa con un deje cargado de irascibilidad.

—¿Entonces por qué?

—La noche pasada no conseguí dormir ni un minuto dándole vueltas a una idea que llevó a otra y a otra más. Al final llegué a la conclusión de que la muerte de Rose fue mi culpa.

—¿Tu culpa? ¿Por qué iba a ser tu culpa? No digas tonterías.

—Dejé el azucarero abierto, me olvidé de taparlo tras endulzar mi té. Rose era una golosa y sabía que ahí se escondía su más preciado manjar: el azúcar. No te negaré que, a veces, ponía un puñadito en mi mano y ella la lamía hasta terminársela entera; pero aquel fatídico día… —Hizo una pausa dramática—. Esa tarde fatal, mi pequeña se terminó todo el azúcar; limpió el azucarero con su pequeña lengüita. Y creo que fue eso lo que la mató.

Broc la miró con los ojos entrecerrados mientras negaba con la cabeza y decía:

—Madre, no creo que un festín de azúcar la matara.

—¡¡Sí lo hizo!! —gritó la condesa mientras su puño impactaba en el brazo del sillón.

Broc se sorprendió. Jamás la había visto reaccionar de ese modo tan violento.

—Madre, tranquilízate. No debes culparte por la muerte de Rose —aseguró Broc acariciando el rostro de la anciana con dulzura.

Ella lo miró con devoción.

—Tienes razón, el azúcar no mataría a mi niña. Ni a mí me mata y siempre he sido una fiel consumidora, aunque nunca mis dientes ennegrecieron. Y he de decir que no me gustaría, por mucho que me haga parecer más rica. ¿Esas bocas horribles y podridas son de ricos? Prefiero ser más pobre que una rata, como cuando era niña…

Broc estaba realmente preocupado, su madre hablaba sin parar y conectaba un tema con otro sin intercalar pausa alguna. Además, parecía que su voz se debilitaba y notaba cómo hacía un verdadero esfuerzo para respirar.

—Madre, ¿estás bien?

—¿Quién? ¿Yo? Sí, estoy perfectamente bien. ¿Por qué?

—Porque veo que te cuesta respirar…

—Oh, no, estoy bien. Son estos vapores que se me suben a la cabeza y me dan dolor y… —aseguró sin terminar la frase, llevándose la mano al pecho.

—Debes descansar —dijo Broc ayudándola a levantarse, para acompañarla a su alcoba.

Una vez la dejó acomodada, se dirigió al gabinete. Allí encontró a Dougal, quien, como siempre, alzó la mirada por encima de sus lentes, que llevaba apoyados casi en la punta de la nariz, y la devolvió al papel sin saludarlo.

—Señor Balfour, ¿ha notado usted un comportamiento extraño en la condesa en los últimos días? —indagó Broc con interés.

Dougal alzó la vista de nuevo y se encogió de hombros.

—No, yo la he visto como siempre, joven.

—Su comportamiento es errático, habla muy rápido y sus excentricidades han ido en aumento…

—Ella siempre ha sido así, quizá, como hace poco que la conoce…

—La conozco lo suficiente como para saber que a la condesa le ocurre algo. Desde que la perra murió la encuentro pálida y desmejorada. Y es que la muerte de Rose me parece tan extraña… —apuntó Broc mientras negaba con la cabeza.

—No es extraño, quizá el animal comió algún ratoncillo en el parque, o bebió agua del estanque… Y la señora, por si no lo sabe, sufre de vapores, así que no hay nada extraño en la muerte del animal, más allá de la fatal casualidad.

—Sí, quizá tenga usted razón… —apuntó Broc y salió de la estancia, dejando a Dougal inmerso de nuevo en sus cuentas.

Se encaminó hacia su alcoba, estaba cansado, había madrugado muchísimo para ir a hablar con unos banqueros que lo habían citado cuando todavía no despuntaba el día. Así que, a esas horas de la tarde, Morfeo lo reclamaba a gritos.

Se sentó en el lecho y comenzó a quitarse las botas; cuando iba a dejar la segunda en el suelo, reparó en que el cajón inferior de la mesita de noche no estaba bien cerrado. Un mal presentimiento golpeó su ser. Un cajón, un dichoso cajón lo había encerrado durante diez años. Estaba seguro de haberlo cerrado bien, es más, era bastante riguroso con eso.

Sin pensárselo mucho y con el corazón en un puño, extrajo el cajón. Lo que halló en el hueco que dejaba este lo dejó sin habla.

Capítulo 26

Broc entró en el gabinete como una exhalación, se dirigió a la mesa donde Dougal continuaba con su trabajo y, sin pensárselo, lo agarró por la pechera de su camisa y lo atrajo hacia sí.

—¡Has sido tú! —exclamó.

—¿Qué demonios hace? ¡¡Socorro, socorro, me ataca!! —bramó de forma teatral.

—Deja de decir sandeces y dime por qué has intentado tenderme una trampa…

—No sé de qué me está hablando… ¡Socorro! —exclamó de nuevo — ¡Quiere matarme!

De pronto, la condesa, acompañada de una doncella, entró en el gabinete apoyándose en un bastón.

—¿Qué ocurre aquí? —indagó.

—Este maleante quiere matarme —gimoteó Dougal.

—No es verdad, madre, aunque ganas no me faltan…

—¿Por qué, hijo? Es mejor solucionar los problemas hablando, la violencia no es buena…

—Madre, le aseguro que, si le cuento lo que ha hecho este desalmado, comprenderá mi actitud —aseguró Broc soltando al asistente.

El hombre se recompuso la ropa mientras jadeaba y se limpiaba la frente con un paño.

—Explícate, querido —dijo la condesa con decisión.

Broc sacó del bolsillo de su levita un saquito pequeño y lo puso sobre la mesa.

—No sé de qué está hablando, se lo juro, condesa —dijo Dougal con voz suplicante.

—¿Está seguro? —inquirió Broc, desafiante.

—Sí, joven, estoy segurísimo.

—Pues entonces no le importará probarlo. Abra el saco, impregne su dedo con el polvo que se encuentra en su interior y luego pruébelo…

—Pero ¿qué dice? ¿Está usted loco?

Broc negó con la cabeza, abrió el saquito, metió el dedo y se lo acercó a Dougal a los labios.

La condesa se llevó la mano al pecho, abrumada por la situación, y Dougal retrocedió como si el dedo de Broc fuera un crucifijo ante el Maligno.

—Lo sabía, solo hay que verle a usted la cara como para saber que ha tratado de inculparme para que me encierren de nuevo. Y no sé si guardarme mis sospechas más oscuras.

La condesa suspiró y le pidió a la doncella que le acercara una silla, pues se encontraba indispuesta.

—¿Qué tienes, madre? —indagó Broc, mientras sacudía su mano para quitarse el veneno y se inclinaba para atenderla.

—Por favor, hijo, llévame a mi alcoba, me encuentro muy mareada.

—Enseguida —dijo en tanto esta le rodeaba el cuello con sus débiles brazos y la alzaba para cumplir con su petición.

—Muchacha, cierra la puerta al salir, que este desalmado permanezca aquí. Dougal, entrégale la llave ahora mismo —ordenó.

El asistente, entre quejas y lamentos, hizo lo propio y la sirvienta lo dejó encerrado, mientras Broc se apresuraba a llegar a la habitación de la condesa, que cada vez estaba más pálida.

—Hijo… —musitó ella.

—Tranquila, madre, ya llegamos. Llamaré al doctor, seguro que te da una de sus medicinas milagrosas y en un rato estarás perfecta. Ya estamos —aseguró Broc mientras la depositaba en el lecho y la tapaba con una manta.

—No te vayas de mi lado, dile a una de las muchachas que salga a buscar al doctor, pero quédate conmigo, no me gustaría que la muerte decidiera llevarme y que tú no estuvieras aquí para verme partir.

—No digas eso, madre. No vas a morir, todavía te queda mucho brillo que aportar al mundo.

—Ya de eso no me queda. Soy una anciana, estoy muy enferma y lo sé desde hace mucho tiempo, aunque el médico no deje de decir que solo son vapores. Sé que hay algo más, algo que me corroe poco a poco desde dentro…

—Descansa, yo te protegeré, y si la parca se atreve a acercarse a ti, la espantaré; lucharé con ella para que me dé mucho tiempo contigo —sentenció Broc, besando el rostro de la condesa.

—Solo hace un año que te conozco, mi cielo. Sin embargo, has sido el mejor hijo que se puede tener. Te amo, hijo mío. Ojalá te hubiera conocido de niño, o la naturaleza me hubiera permitido albergar tu cuerpecito en mi vientre.

—Madre, madre querida. No hace falta todo eso para que pueda amarte al igual que tú me amas a mí. Sé que hace mucho tiempo me convertí en un hombre, en la oscuridad, entre cuatro muros inmundos, pero tú me diste la vida de nuevo, por eso eres para mí la persona más importante en este mundo. Quédate a mi lado, lucha, mamá.

Las lágrimas brotaron del rostro de Broc sin poderlas controlar. No podía permitir que aquella mujer, que había conocido hermosa y lozana tan solo un año atrás, se estuviera consumiendo por cada segundo que pasaba.

Llamaron a la puerta y el médico entró. Era joven, de baja estatura y movimientos ágiles.

—¿Qué le ocurre a la condesa? —indagó mientras rodeaba con el dedo índice y el pulgar la muñeca de esta.

—Se sintió mareada, llevaba ya unos días desmejorada, pálida y débil.

—Sí, lo sé, le di un remedio que debía tomar cada vez que se encontrara indispuesta. ¿Sabe si lo tomó?

—Sí, es una mujer muy estricta con esas cosas…

—Me levanté con un fuerte dolor de vientre esta mañana —intervino la condesa con un hilillo de voz.

—¿Está seguro de que son vapores? —preguntó Broc con los brazos en jarras.

—En un principio así era, la trato desde hace unos años y siempre ha padecido de dicho mal. Pero ahora…

—¿Ahora qué, doctor?

—¿Ha comido o bebido algo que le haya podido sentar mal?

—El té —musitó ella—, el té me da dolor de tripa desde poco antes de que muriera Rose.

El doctor entrecerró los ojos.

—Se refiere a la perra —aclaró Broc—. Murió hace unos días, después de comerse todo el contenido del azucarero.

El doctor abrió mucho los ojos.

—Necesito ver ese azucarero. Por favor, ¿puede traerlo? —preguntó.

—Enseguida —intervino Broc y miró directamente a la doncella, que asintió con la cabeza y salió a la carrera de la estancia.

Un minuto después, entró en la alcoba y le entregó el azucarero al doctor.

El hombre lo destapó y examinó el contenido. Hundió el dedo en el azúcar y se lo llevó a la boca. Lo degustó mientras torcía el gesto.

—Salgamos un momento —dijo con firmeza.

Broc asintió y ambos abandonaron la estancia.

—¿Qué ocurre? —indagó Broc, temiéndose lo peor.

—Alguien ha intentado envenenar a la condesa —aseguró el doctor con el rostro demudado.

—Dios mío, condenado Dougal, malnacido, lo mataré con mis propias manos.

—Entiendo que sabe quién ha sido. ¿Lo sospechaba acaso?

—Desde hace poco más de una hora, cuando encontré un saco extraño detrás del cajón de mi alcoba.

—El doctor observó a Broc alarmado.

—Doctor. Fue Dougal Balfour, está encerrado en el gabinete. Lo confronté y la condesa acudió al escuchar gritos, fue entonces cuando se sintió mal. No me quedó más remedio que atender a mi madre y dejar el asunto para más tarde.

—Si hay un envenenador en la casa, no debería perder tiempo; hay que llamar a la guardia.

—Estoy de acuerdo. Mientras tanto, salve a mi pobre madre, doctor —suplicó Broc.

El hombre apretó los labios hasta hacerlos desaparecer.

—Haré lo que pueda, joven señor.

—Confío en usted.

El doctor asintió y entró de nuevo en la estancia.

Broc ordenó a un sirviente que fuera a buscar a la guardia cuanto antes. Mientras tanto, él se dirigió al gabinete, pero cuando arribó encontró la puerta abierta y la estancia vacía.

Se llevó la mano a la cabeza instintivamente. No cayó en la cuenta, al encerrarlo allí, de que había una copia de la llave guardada en uno de los cajones del escritorio; se lo había mostrado el mismo Dougal el primer día en que trabajaron juntos.

—Desgraciado… Corre, corre veloz. No habrá lugar donde puedas esconderte.

De inmediato, salió de la casa, ensilló él mismo su caballo y cabalgó con ímpetu por el camino que partía el parque en dos hasta alejarse de la gran mansión que había sido su hogar durante el último año. La furia lo acompañaba; el amor de aquella madre que el cielo le había regalado sostenía su corazón, a punto de romperse en mil pedazos… otra vez.

Tercera parte

Capítulo 27

Inverness 1820

Thomas Grant entró en el sombrío edificio que albergaba la prisión de Inverness. Sus investigaciones le habían llevado hacia un hombre que estaba preso desde 1811 por causar la muerte de Catherine McAndrew, anterior condesa de Gruinard.

Uno de sus contactos conocía a un individuo que había compartido celda con el susodicho durante más de dos años, y decía que le tenía verdadera inquina al actual conde.

—Buenos días —saludó el guarda que custodiaba la entrada a la cárcel—, ¿qué se le ofrece?

—Vengo a visitar a un preso. Es el señor Dougal Balfour.

—¿Balfour, el viejo Balfour…?

Thomas se lo pensó unos segundos. El frío calaba sus huesos y no creía que dentro del edificio se estuviera mejor. La mañana estaba dotada de una oscuridad tenebrosa y los lamentos de los que no tenían libertad flotaban en el aire; rodeaban el pintoresco campanario que parecía ser acariciado por las nubes densas que se colaban entre los recovecos de sus muros.

—El mismo —soltó frotándose uno de sus brazos con la mano desnuda y rígida.

El guardia lo acompañó al interior y lo dejó en manos de un carcelero, que lo llevó a la celda del preso que le interesaba.

Varios días llevaba investigando al pintoresco conde de Gruinard sin suerte. Su pasado era inexistente, su nombre, un verdadero enigma. Daba la sensación de que estaba protegido por manos muy poderosas, así que, en cuanto se enteró de que alguien podría informarle del individuo en cuestión, no se lo pensó y apretó los dientes para dejarse caer en aquel lugar inmundo, del que todo el mundo hablaba en términos horribles, pues en él vivían hacinadas todo tipo de personas, incluso niños y mujeres.

El interior era mucho menos agradable que el exterior, y la celda en la que vivía aquel preso solo, no podía ser menos acogedora.

—Tienes visita, Balfour —dijo el carcelero con determinación mientras le franqueaba el paso a Thomas Grant.

—¿Visita? ¿Yo? —indagó un hombrecillo enjuto, en cuyas ropas raídas cabían tres como él.

—Sí, hoy es tu día de suerte, ¿no crees?

—No creo en la suerte —apuntó el preso, levantándose y caminando hacia Thomas, apoyado en un improvisado bastón hecho con una rama.

—Señor Balfour, necesito hablar con usted de un hombre.

—Un hombre… ¿Y qué hombre es ese? —indagó el presidiario con una sonrisa desdentada.

—Eso es precisamente lo que necesito saber, quién es ese hombre —intervino Thomas quitándose el sombrero y luego añadió—: El conde de Gruinard.

Dougal se estiró de pronto, como si pudiera hacerse más alto con solo escuchar aquel título maldito.

—Entiendo. Pues entonces, ¿señor…?

—Me llamo Thomas Grant, disculpe mi descortesía.

—Señor Grant, bienvenido a mi humilde morada —dijo de modo teatral y luego añadió—: perdone que no le invite a tomar el té, sin embargo, puedo ofrecerle toda la información que necesita por un módico precio.

El carcelero sonrió antes de abandonar la celda. En aquel lugar todos pedían dinero por todo, les hacía la vida más fácil, aunque estuvieran encerrados entre cuatro muros mugrientos.

—No se preocupe por eso, no hay problema.

—Pues entonces, nos entenderemos muy bien usted y yo —aseguró Dougal, mientras se sentaba en el lecho y le señalaba a Thomas una silla desvencijada, a punto de pasar a mejor vida.

El periodista se acercó al presidiario y le hizo una pregunta simple:

—¿Qué sabe del conde de Gruinard? De su pasado…

—Lo suficiente. Pero antes quiero mi pago, de lo contrario, no hablaré.

Thomas se sacó un pequeño saquito de terciopelo y de él extrajo varias monedas brillantes, que el preso aceptó con la ilusión de un niño.

—Bien, ahora que ya tiene lo que desea, cuénteme…

Dougal carraspeó y clavó sus pequeños ojos en los de su interlocutor.

—Verá, ese hombre no es conde, ni tampoco hijo de la condesa. No es más que un recogido, un maleante que enredó a la anciana, la enamoró y se quedó con todas sus posesiones. Previo envenenamiento, claro…

Thomas arrugó el gesto.

—¿Quiere decir que él la mató? ¿Está seguro de lo que dice? Tenga en cuenta que son acusaciones muy graves.

—Ay, amigo. Son certezas…

—¿Tiene pruebas de ello?

—Oh, claro que sí. Y las tengo porque no es algo que me hayan dicho, no, señor. Sé que las cosas ocurrieron así porque yo fui testigo de ello. Esa pobre vieja chiflada por un hombre que podía ser su hijo, o peor aún, su nieto...

»Se la quitó de encima y luego se quedó con todo. Ya se había asegurado de que ella lo hiciera su único heredero. Fíjese si perdió la cabeza la buena mujer, que utilizó sus contactos en la corona para que el título de conde de Gruinard recayera sobre ese malnacido, cuando no les unía ningún vínculo sanguíneo. A saber qué le dijo al príncipe regente para conseguir semejante aberración.

—¿Se casaron?

—Oh, no. La condesa nos hizo creer a todos que actuaba como una madre, pues la providencia no la premió jamás con la dicha de serlo. Pero no había que ser muy estúpido para adivinar la verdad: que eran amantes.

—¿Sabe algo más sobre ese hombre? Ha dicho antes que era un recogido, un maleante. ¿Qué me puede decir sobre eso?

—Sí, lo era, y con decir maleante me quedo corto, porque ese individuo era algo más: un asesino. Y no lo digo por el envenenamiento de la condesa, hablo de años antes, cuando no era más que un mocoso y envenenó a su señor con estricnina, pues este había cometido la imprudencia de incluirlo en sus últimas voluntades. ¿Qué le parece?

—Es terrible… —respondió Thomas.

—Ya le he dicho que ese hombre es el equivalente al demonio.

—Una última pregunta. Solo por curiosidad. ¿Por qué nadie parece saber su nombre? Es como si hubiera un escudo ante él, protectores que se niegan a hablar o dicen desconocerlo.

—Ay, señor Grant. Claro que sé su nombre, pero es la carta que guardo bajo la manga, mi garantía de que…

—De que quiere más dinero, ¿cierto?

—Sí, y la certeza de que hará lo posible por hundirle la vida ya que yo no puedo hacerlo desde aquí si no es por medio de usted, la primera persona que me ha visitado en años.

Thomas sacó de nuevo el saquito y se lo tendió entero, con todas las monedas que contenía.

—Tiene mi palabra —sentenció aun a sabiendas de que no movería un dedo para cumplir su promesa.

—Pues entonces, usted y yo tenemos un trato. Soy buen cumplidor, así que espero que no me traicione y haga lo que ha prometido.

—Lo haré. Ahora, dígame su nombre…

Capítulo 28

El crepúsculo le regalaba a Leontine un cielo pintado de colores imposibles. Observar el horizonte, el ocaso del río Ness y el fiordo dominante la hacía sentirse pequeña ante la grandeza del bello paisaje.

Se alejó del ventanal y se sentó en el lecho. Al día siguiente se convertiría en la condesa de Gruinard; se casaría con aquel hombre del que no sabía ni tan siquiera su nombre. Solo que había algo en él que la atraía de un modo irracional.

Deseaba perderse en sus labios y en todo su cuerpo. Se asombraba de sus pensamientos que, si alguien pudiera adivinar, los tacharía de lujuriosos e impuros.

Unos golpecitos en la puerta la sacaron de sus cavilaciones. Acudió a abrir y su sorpresa fue mayúscula cuando al otro lado encontró a su futuro esposo.

—¿Puedo entrar? —preguntó el susodicho.

Ella asintió y le franqueó el paso. Cuando los dos estuvieron a solas, un silencio incómodo los hizo sentirse lejanos, muy lejanos el uno del otro. No sabían ni qué decirse.

—Bien. ¿Qué te ha traído a mi alcoba? —indagó ella retorciéndose las manos, nerviosa.

—Leontine, he de decirte algo —confesó tomando las manos frías de la muchacha.

Ella vio la preocupación en su mirada y también un destello de algo que no conseguía identificar. Incluso llegó a pensar que podrían ser remordimientos. ¿Pero por qué? ¿Tendría algo que ver con lo que encontró en su diario?

—¿Qué ocurre, amor? —interrogó.

El conde observó los ojos castaños de Leontine, tan inocentes y llenos de bondad. No pudo menos que besarle las manos, que se habían calentado con su contacto.

—Algo que has de saber antes de casarte conmigo. Algo… que puede que nos separe para siempre.

—No creo que haya en el mundo nada que pueda hacerlo, creo que estoy atada a ti y todavía no sé cómo ha ocurrido.

—Me pasa lo mismo. Me negué a ello una y otra vez, lo juro. Pero lo que siento por ti es demasiado fuerte. Debí ser cauto, alejarme cuando todavía estaba a tiempo…

—¿A qué te refieres? —preguntó Leontine con los ojos entornados.

—A que necesito que escuches mi historia, a que quiero que sepas mi nombre. Quizá ello te aleje de mí, sin embargo, es lo único que puedo hacer para sentirme en paz conmigo mismo.

—Me estás asustando… Me dijiste que no podías decírmelo y yo decidí que te llamaría amor, quizá todo tenga que quedarse así —aseguró ella estremeciéndose por un mal presagio.

—Pero ahora quiero hacerlo —confesó el conde, acercándose tanto a Leontine, que ella pudo oler la prueba inequívoca de que

había bebido.

—Estás ebrio, quizá no sea el mejor momento.

—Leontine, escúchame. El *whisky* me ha dado el valor que necesito para sincerarme contigo.

—Yo ya no quiero que lo hagas, no ahora. Algo me dice que, si hablas, se romperá la magia que ha nacido entre los dos.

—Debo hacerlo, mereces saber la verdad.

Leontine se zafó del agarre del conde y llevó el dedo índice a sus labios. Los acarició y él cerró los ojos.

—No hagas eso, por favor.

—Quiero hacerlo, lo necesito —dijo ella mientras acariciaba su rostro.

El conde cerró los ojos y, consumido por sus demonios, la besó de nuevo. Se había prometido una y mil veces que no se dejaría llevar por lo que su interior clamaba, pero era demasiado tarde.

Acudió a la habitación de la mujer que amaba para decirle la verdad: que no podía casarse con ella, que había urdido un plan para dañar a su acérrimo enemigo, que quería enamorarla, unirse en matrimonio y hacerla desgraciada para que él sufriera con la desgracia de lo que más amaba: su hija. Y que, aunque Angus McEilean no lo supiera, todo lo que poseía le pertenecía. Aquel iba a ser su golpe final: haberlo devuelto a su casa para arrancarlo como un árbol de sus raíces.

Estaba arruinado, totalmente arruinado. Había conseguido tenerlo donde quería: a sus pies. Mas no contempló en ningún momento que acabaría enamorándose de aquella mujer, que lo hacía perder el norte y todos los puntos cardinales con una simple sonrisa.

—Te amo, Leontine —confesó con su frente apoyada en la de ella —, nunca lo olvides.

—Amor…

—No me mires así, por favor.

—Quiero hacerlo… quiero ser tuya esta misma noche —musitó conducida por el ansia de fundir su cuerpo con el del hombre que amaba.

—No puedo…

—No me rechaces, no lo hagas, por favor.

El conde acarició el rostro de Leontine y la besó de nuevo, esta vez con dulzura. Se maldijo por haber sido un iluso, por haber pensado que podría controlar sus sentimientos, por haberse sentido por encima del bien y del mal. Ahora no era más que un títere entre los brazos de un amor que podía condenarlo.

Leontine deshizo el lazo de su camisón y lo hizo deslizar por sus hombros. El conde tragó saliva. Contemplar aquel cuerpo desnudo era demasiado tentador. La atrajo hacia sí y la besó de nuevo, recorriendo luego su cuello hasta llegar a uno de sus pechos, que degustó mientras acariciaba el otro.

—Eres tan bella… —susurró él al tiempo que la tomaba en brazos y ella rodeaba su torso con ambas piernas.

El conde caminó hacia el lecho y tendió a su amante en él. Ella aguardaba anhelante a que él mostrara su desnudez.

Aquel hombre tenía un cuerpo poderoso, como cincelado por el mejor artista. Se posó sobre ella y acarició su sexo. Leontine se deleitó con las sensaciones que le producía el contacto de los dedos

de su amante, que hábiles conseguían que todas las terminaciones de su ser clamaran por más placer.

Gimió envuelta en miles de fantasías jamás experimentadas.

De pronto, sintió como él la llenaba con su verga y luego la embestía una y otra vez, mientras la besaba en los labios con ternura.

Leontine pensó que podría permanecer toda la vida entre los brazos del enigmático conde. No quería saber nada más de él, no podía hacerlo, no ahora que había probado las mieles del amor más puro y a la vez más lascivo. Quería más de todo aquello y no le importaba que la llamaran pecadora.

Lo que nunca imaginó fue que aquel placer, aquella especie de electricidad que sentía cuando él la acariciaba y la poseía, se multiplicara por una cantidad astronómica cuando llegó al clímax.

Segundos después, el conde gemía mientras le decía que la amaba. Acabaron los dos con sus bocas unidas, jadeantes.

Leontine se acomodó en el pecho del conde, escuchó su corazón latir desbocado, y así… se durmió.

∞∞∞

Firth Campbell se presentó en Gleann House bien entrada la tarde. Al día siguiente se casaba la mujer que él había codiciado durante mucho tiempo. Se le había escapado de entre los dedos por culpa de ese conde presuntuoso.

Angus sentía una gran desazón. Su hija estaba a punto de casarse y todavía no sabía nada de aquel individuo, que le había ayudado, sí, pero luego había revelado su verdadero rostro impidiéndole llevarse a su hija de su siniestra mansión.

Algo, una especie de pálpito, le decía que debía cuidarse de él, que en su mirada se ocultaba una doble intención que no podía obviar.

Akay le anunció la llegada del banquero, y sintió que una visita de este era lo que menos deseaba en aquel momento, del todo inadecuado.

—McEilean, eres un verdadero despropósito. ¿Cuánto hace que no te das un buen baño? Por dios, criado, abre las ventanas de tu señor, ventila esto —dijo Campbell con desparpajo mientras él mismo descorría las cortinas.

Akay le dedicó una mirada airada y no se movió del lugar donde se había quedado a la espera de órdenes de su señor.

—Retírate —ordenó Angus con un asentimiento de cabeza. El criado no se lo pensó dos veces y salió de la estancia—. ¿Qué te trae por aquí, Campbell?

—He escuchado que tu hija se casa mañana con ese impresentable…

—Así es —admitió Angus.

Intentó por todos los medios ocultar su nerviosismo, pero pesaba demasiado. Su hija era lo más importante para él y no podía sentirse tranquilo ante la incertidumbre que le causaba el misterio en derredor de aquel conde salido de la nada.

Al menos, a Firth Campbell lo conocía desde hacía tiempo, sabía quiénes eran sus padres y también que era un hombre al que no le temblaba la mano para cumplir con su cometido. Aquello le disgustaba y le agradaba a partes iguales. Odió que le quitara la casa por puro despecho, pero él en su lugar hubiera hecho lo mismo.

—Me han dicho que Grant anda haciendo preguntas sobre el conde, y di por hecho que lo debiste enviar tú.

—Cierto…

—¿Acaso hay algo que te preocupe? Mi contacto me dijo que estuvo en la cárcel. Quería hablar con un preso, un tal… Dougal Balfour.

Angus alzó las cejas, Thomas todavía no le había visitado desde que le pidió que se informara sobre su futuro yerno. En cuanto Campbell saliera de su casa, mandaría a Akay a buscarlo. En unas horas, su hija se ataría a aquel individuo para siempre y debía averiguar si podía o no confiar en él, para así acallar la voz interior que le gritaba que algo muy malo estaba a punto de ocurrir.

De pronto, Akay entró de nuevo en la sala y anunció que Thomas acababa de llegar.

—Tal parece que hemos invocado su presencia solo con nombrarlo —apuntó Firth con una cínica sonrisa.

Momentos después, Thomas entró visiblemente azorado, con la *cravate* aflojada y la frente perlada de sudor.

—Angus, he de hablar contigo en privado, es importante —dijo a modo de saludo.

—Si vienes a darme información sobre mi futuro yerno, puedes hacerlo con total tranquilidad, el señor Campbell es de confianza.

Thomas le dedicó a Angus una mirada que él supo identificar; quería que el banquero se fuera, que los dejara solos porque lo que tenía que contarle era muy grave, mas no podía hacer nada contra la voluntad de su testarudo amigo.

—Lo que vengo a decirte es de suma gravedad… Akay, por favor, necesito un *whisky* —dijo dirigiéndose al criado, que le dedicó una mirada airada y luego cruzó la vista con su señor buscando aprobación.

—Pónselo, Akay. Y, Thomas, empieza a hablar ya o me volveré loco.

El periodista se lo bebió de un trago y tosió con estrépito.

—Lo siento, es que estoy… —balbució.

—¿Quieres hablar ya, demonio? Se me parará el corazón si no lo haces de inmediato —gruñó Angus, impaciente.

Firth Campbell frunció el ceño, expectante.

—Sé el nombre de ese desgraciado… y, amigo, te juro que no me lo podía creer cuando me lo dijeron.

—Su nombre… dímelo, habla —lo instó Angus levantándose de su sillón con ímpetu.

—¡Es él, es él!

—Thomas, te voy a matar si no me dices de una vez de quién se trata.

—Es Broc Wallace, el maldito Broc Wallace.

Capítulo 29

Los primeros rayos de un sol alegre se colaron por las ventanas de la habitación de Leontine. A su lado, el conde dormía como si el mundo se hubiera detenido en aquel mismo instante, con un ronquido suave, casi imperceptible.

Leontine se acercó a él y besó sus labios. El conde abrió los ojos y acarició el cabello de su amante.

—Hoy es el gran día —musitó ella.

Él asintió. El recuerdo difuso de la noche anterior acudía a ráfagas a su mente. Quiso terminar con todo y contarle la verdad a su futura esposa; no podía permitir que se casara con él sin saber su historia. Mas ella no quiso escucharlo. Luego, ambos se entregaron a la pasión sin medir las consecuencias que aquella noche podía traer a sus vidas si el remordimiento seguía atormentándolo.

En aquel momento, sin el alcohol recorriendo su torrente sanguíneo, ya no quería decir nada, prefería callar, tenía miedo a perderla, a que se diluyera entre sus dedos cuando ya se había metido en su alma.

Así que dejó que los acontecimientos se sucedieran, si habían llegado tan lejos era porque así debía ser. Se casaría con Leontine y olvidaría su venganza, que en aquel momento le parecía absurda y no entendía por qué, pues había sido su razón para vivir durante

gran parte de su existencia. La había planificado con meticulosidad, incluso había esperado unos años, porque Leontine era demasiado pequeña cuando la condesa de Gruinard murió, y él tan joven que era fácil reconocerlo todavía.

Ahora, a sus treinta y cuatro años, había cambiado y nada quedaba de aquel niño asustadizo que metieron en una cárcel por pura codicia.

Apretó los puños y su expresión se ensombreció.

Quizá sí, quizá todavía podía vengarse solo de Angus, que este supiera quién era él, el hombre que su hija amaba. Ese sería su peor castigo. La sed de venganza se adueñaba de él de nuevo…

Recordó cómo, varios meses después de la muerte de su madre adoptiva, se presentó en Inverness, averiguó dónde vivía Angus McEilean y se apostó delante de la casa, vestido como un mendigo, hasta que vio salir a su enemigo acompañado de una bella mujer y una niña de unos diez años: Leontine, su Leontine.

Era una niña de rostro dulce, que, al verlo ahí parado, le dijo a su madre si le podía dar unas monedas para él.

—No te acerques a ese hombre, Leontine, y mucho menos le des dinero… —la reprendió Angus.

Nunca olvidó la mirada de compasión de aquella niña. Sin embargo, pensó en que para Angus sería su bien más preciado. Así que esperó y esperó, ella se haría mayor y podría darle donde más le dolía a aquel desgraciado, que no había dudado en matar a su propio padre para quedarse con un dinero que este le había legado por pura compasión, porque sabía que se quedaría solo y aquella pequeña parte de sus bienes lo ayudaría a sobrevivir. Y porque, al contrario de su hijo, Gordon McEilean era un hombre agradecido.

Cuando la supuesta Mary entró en su casa, no la reconoció. Pero sí sintió aquella mirada morderle el alma, sin ser consciente de que era la misma niña, convertida en mujer, la que estaba, sin pretenderlo, minando su ser.

—¿En qué piensas, Lucifer?

—¿Ya no me llamo Amor?

Leontine negó con la cabeza.

—Tus ojos se han cubierto de un velo de maldad —dijo entre risas.

—No, solo estaba sumido en mis recuerdos…

—Ah, ¿sí? ¿Y qué recuerdos son esos? Te advierto que soy muy curiosa y no pararé hasta saberlo todo de ti, absolutamente todo.

El conde se mordió el labio inferior.

—Puede que no te guste, así que, en lugar de intentar indagar en mi oscuro pasado, ¿por qué no te subes sobre mí y me haces el amor de manera salvaje? —indagó él con una sonrisa pícara.

—Creo que tú y yo acabaremos quemándonos en el infierno.

—Ya te dije que era Lucifer —sentenció antes de besarla con pasión.

El conde extinguió el beso y, con su frente unida a la de ella, susurró:

—Me llamo Broc, es justo que lo sepas.

—Broc… Había imaginado muchos nombres para ti, pero nunca creí que fuera tan…

—¿Tan qué, mujer?

—Tan tú…

Capítulo 30

La música de las gaitas resonaba en la iglesia, y todos los invitados aguardaban en sus correspondientes bancas. Leontine estaba preciosa con su vestido rojo fuego, el cabello castaño semirrecogido y adornado con flores de brezo blanco. Broc llevaba kilt, chaqueta negra y una capa que cubría sus anchos hombros. Él la esperaba frente al altar, impresionado por la belleza de su prometida. Ella iba acompañada de John, pues su padre no había acudido, y cuando enviaron a un criado a buscarlo, nadie abrió la puerta.

Se sentía triste por ello, pero se juró a sí misma que no dejaría que su ausencia le arruinara la ceremonia. Aunque, por otra parte, estaba preocupada, era muy extraño que su padre se perdiera algo así. Una hija no se casaba todos los días y él había sido el principal impulsor de aquel enlace, así que no tenía razón de ser que no se hubiera presentado.

Leontine caminaba hacia Broc, su Broc. Ahora que conocía su verdadero nombre, no se cansaba de repetírselo a sí misma, y cada vez que lo pronunciaba, se llenaba de dicha.

Cuando arribó a su altura, este le dedicó una hermosa sonrisa. Quería decirle tantas cosas, mas, en aquel instante, solo podía callar y dejarse llevar. Estaba tan feliz que sus demonios habían sido relegados a un segundo plano, casi inexistente.

El pastor comenzó a hablar, y ellos se miraron con complicidad, deseosos de unir sus manos, de vincular sus corazones.

Pero el hechizo que rodeaba a la pareja se quebró en mil pedazos cuando la puerta de la iglesia se abrió abruptamente y los gritos de Angus helaron la sangre de los novios.

—¡¡¡Broc Wallace!!! ¡¡Vil gusano!! ¡¡Hijo de mil rameras!! —vociferó mientras se acercaba con decisión al altar—. No pienses ni por un momento que permitiré que te cases con mi hija y mancilles su honra.

—Padre… ¿acaso has perdido la cabeza? —intervino Leontine mientras se acercaba y lo obligaba a detenerse, con ambas manos en el pecho del hombre.

—La que has perdido la cabeza has sido tú, hija mía. No puedes casarte con este desgraciado…

A Broc no le salían las palabras, por un momento, volvía a ser aquel niño asustadizo. Debía recomponerse, mirar a su enemigo a los ojos, ahora que había descubierto su identidad.

—Tú lo elegiste para mí, así que ahora no te quedará más remedio que aceptarlo en la familia.

—Jamás, jamás aceptaré a este criminal en mi casa y mucho menos en la vida de mi hija.

—¿Criminal?, ¿por qué lo tratas de ese modo?, Broc no es ningún criminal, es el hombre que amo.

Leontine se volteó para mirar a su prometido, que seguía bloqueado, sin poder mover un músculo ni emitir sonido alguno. Presa del miedo más atroz.

—Sí, hija, debes alejarte de él porque no es más que un asesino…

—¿De qué está hablando, Broc? Dile a mi padre que se equivoca, que tú no eres ningún asesino.

Broc agachó la cabeza, volvía a ser aquel sirviente sin voluntad y se maldecía por ello.

—Leontine, quise contártelo…

—¿Qué hiciste, Broc?, ¿a quién mataste? —inquirió ella temiéndose lo peor. Wallace, ese apellido estaba maldito en su casa…

—Él mató a tu abuelo, a mi querido padre. Lo envenenó hasta llevarlo a la tumba…

Broc negó con la cabeza, la garganta le quemaba, tenía tantas cosas que decir que no le salían las palabras.

—¿Es eso cierto? ¿Fuiste tú? —indagó Leontine, con lágrimas en los ojos.

Broc se llevó la mano a la boca mientras negaba con la cabeza.

—No, amor, yo no fui —dijo con un hilillo de voz—, ¡¡¡porque fue él!!! —bramó de pronto señalando a Angus—. Él y nada más que él mató al pobre señor McEilean, que había sido como un padre para mí.

—¡¡Mientes!! Adoraba a mi padre, jamás hubiera podido hacerle ningún mal.

—Lo abandonaste a su suerte en su peor momento. Fui yo quien le dio de comer, quien lo lavó, quien llenó sus días de dicha. Él decidió compensarme, pues era un hombre justo y bueno. Pero tú no quisiste compartir tu suculenta herencia con un criado, por eso lo

mataste y me culpaste a mí, para quedarte con todo el dinero y quitar de tu camino a un pobre niño de catorce años…

—Yo no maté a mi padre. ¿Cómo eres capaz de mentir sin pestañear?, ¡¡¡fuiste tú, desgraciado!!! No intentes colgarme a mí tus malas acciones, por ellas estuviste en la cárcel, hasta que alguien te sacó de ahí y no pude averiguar dónde estabas para ir a buscarte y devolverte a rastras al agujero. Incluso llegaron a decirme que habías muerto, demonios.

—Falacias… Sigues siendo el mismo de entonces, un mentiroso carcomido por la envidia y la maldad…

—¡¡Tú eres el mismísimo Satanás…!!

Los dos hombres continuaron dedicándose mutuamente reproches e insultos, mientras Leontine miraba hacia ambos contrincantes y negaba con la cabeza.

—¡¡¡Silencio!!! —gritó entonces y los dos dieron un respingo—. Así no solucionaréis nada, es la palabra de uno contra la del otro…

—Hija, no te dejes engañar, fue él. Si no, ¿por qué pasó tantos años en la cárcel?

—Bien es sabido que en la cárcel hay hombres inocentes, padre.

Angus soltó una carcajada.

—Todos son inocentes, hija. No hay ningún hombre que acepte sus crímenes en ese lugar inmundo.

—Yo no maté a tu padre —masculló Broc entre dientes.

—No te creo, malnacido.

—No te interesa creerme, solo quieres librarte de la cárcel, como hiciste entonces.

—Soy un hombre honrado. En mi juventud hice cosas que… como todos, pero jamás maté a ningún hombre, menos aún por dinero.

—Dejadlo ya, por favor. Vayamos a otro lugar a hablar con detenimiento, tenemos que arreglar este asunto antes de continuar con esta boda.

—No, de ninguna de las maneras. Tú te vienes a casa conmigo, no te casarás con este criminal, tendrán que matarme para que acepte.

—Padre…

—Hija, debes creerme, mató a tu abuelo. Decía que lo cuidaba, se pasaba los días y las noches enteras metido en su alcoba mientras mi padre se debilitaba cada día un poco más, hasta que decidió echar una cantidad mayor de veneno en su comida justo después de que el pobre anciano decidiera incluirlo en sus últimas voluntades.

Leontine observó a su progenitor, lucía una mirada furiosa. La saliva se agolpaba en la comisura de sus labios, pero tenía claro que que no mentía, que decía la verdad. Ella miró a su vez a Broc, que permanecía de nuevo con la cabeza gacha. «No es capaz de mirarme a la cara. Por mucho que me duela, no es mentira. Broc Wallace, el hombre al que amo, ha resultado ser el mismo que le quitó la vida a mi abuelo», pensó para sus adentros antes de abandonar a la carrera la iglesia.

Capítulo 31

Broc abandonó la iglesia. Quiso ir tras Leontine, pero lo pensó mejor. ¿Para qué?, ella había creído a su padre y no a él. Si bien era cierto que no había podido explicarle su versión de los hechos, pues todo habían sido reproches entre él y Angus McEilean, quien se encontraba en ese momento fuera del templo, a su misma altura, observándolo iracundo.

—¿Qué pretendías, McEilean?, enamorar a mi hija para luego condenarla a una vida de sufrimiento, ¿era eso?

—Puede que al principio sí lo quisiera. Tú fuiste el causante de mi desgracia, me acusaste sin pruebas de haber envenenado a mi señor…

—Hallaron el veneno en tu cuarto…

—Pudo ponerlo cualquiera, es más, siempre pensé que habías sido tú.

—No, yo no hice tal cosa. No siempre estábamos de acuerdo, pero lo quería, era un buen padre y jamás le hubiera hecho daño —sentenció Angus y Broc solo pudo determinar que decía la verdad.

Entonces, si él no había matado a Gordon McEilean y tampoco lo había hecho su hijo, ¿quién demonios había sido?

Repasó en su mente las personas que vivían entonces en la casa, ¿quién le tenía suficiente inquina al pobre señor McEilean para acabar con su vida? En primera instancia, no encontró a alguien que pudiera albergar sentimientos negativos hacia él, siempre había sido bueno con los criados, así que no creía que ninguno de ellos hubiera perpetrado algo tan vil. Tampoco beneficiaba a nadie en nada. Solo Angus McEilean sacaba provecho de inculparlo a él.

Broc apretó los puños. De pronto, la imagen de Claire y Akay riéndose de él golpeó su mente, ¿y si…?

Akay lo odiaba, siempre se reía de él por ser tan servicial y buen criado. Incluso lo instaba a hacer gamberradas cuando no era más que un mocoso.

Por su culpa se había ganado más de una regañina.

¿Pero qué sacaba Akay con eso? Quizá, quitarse de en medio a su mayor piedra en el camino.

—McEilean, ¿dónde está tu perrito faldero? —indagó Broc con decisión.

—¿A quién te refieres?

—A tu criado, Akay.

—Se quedó en Gleann House. ¿Para qué lo necesitas?

—He de preguntarle algo…

—Puedes preguntármelo a mí, no hay secretos entre Akay y yo. Siempre fue mi criado más fiel.

—Quizá por esa fidelidad actuó para quitar de en medio a la persona que a ti te molestaba —espetó Broc.

Angus se mordió el labio inferior. No, Akay no haría algo así. Podía limpiar sangre y ocultar un cadáver, de hecho, ya tuvo que pedírselo tiempo atrás. Pero de ahí a manipular una situación para llevar a un inocente a la cárcel…

—No, confío en él, jamás haría algo que me disgustara.

—Yo no estaría tan seguro, McEilean.

Angus apretó los puños. Broc parecía decir la verdad, ya no era el crío imberbe y repelente que fue en su día. Había tratado con él, vivió en su casa cuando perdió la suya a causa de la impulsividad de su hija. Aparentaba ser un hombre que se vestía por los pies.

—Vayamos entonces a Gleann House y confrontémoslo, pero estoy seguro de que será una pérdida de tiempo. Creo en la fidelidad de Akay.

∞∞∞

Leontine anduvo sin rumbo fijo hacia las afueras de la ciudad. No sabía a dónde ir; a casa del asesino de su abuelo estaba claro que no podía volver. ¿Cómo se había atrevido decirle que la amaba? ¿Es que no había tenido suficiente con arrancarle la vida a un hombre tan bueno?

Había nacido poco después de su muerte, pero su padre siempre le habló muy bien de Gordon McEilean, quien había sido un buen *laird* para su pequeño clan.

El apellido Wallace estaba prohibido en su familia, era como una maldición latente. Ahora sabía quién era su portador, el hombre que, para su desgracia, hacía temblar su corazón.

Una voz en su interior le decía que no, que Broc sería incapaz de semejante atrocidad, pero el recuerdo de su pose cabizbaja le confirmaba que sí, que Broc Wallace había asesinado a su abuelo tras ser conocedor de que su señor lo tendría en cuenta en sus últimas voluntades.

Tan distraída estaba entre sus cavilaciones, que no se percató del carruaje que se aproximaba a toda velocidad hacia ella, hasta que no lo tuvo lo suficientemente cerca.

Leontine se volteó, sorprendida, y mayor fue su sorpresa cuando vio quién llevaba las riendas, ni más ni menos que Firth Campbell.

—¿La llevo a alguna parte, señorita McEilean? —preguntó con una sonrisa ladina, que a Leontine no le inspiró ninguna confianza.

—No, solo estoy dando un paseo.

—¿Tan lejos de casa?, de ningún modo permitiré que vaya sola por estos caminos. Hay maleantes que podrían dañarla, y hoy está usted especialmente bella —dijo Firth sin dejar de lado esa sonrisa que a Leontine le causaba escalofríos.

—Sé cuidarme…

Firth bajó del pescante y se acercó a la muchacha. Quien se cruzó de brazos por instinto, con el fin de protegerse.

—Cómo le he dicho, señorita McEilean, hay muchos maleantes. Además, ¿qué hace sola?, creí que se casaba usted hoy mismo con el conde de Gruinard. ¿Acaso no se ha presentado en la boda?, ¿o ha sido usted la que ha huido de él? Cierto es que casarse con un asesino no es algo fácil de tragar, ¿verdad, Leontine? —preguntó Firth mientras caminaba lentamente rodeándola, como una serpiente sinuosa.

—¿Lo sabía usted?

—Oh, no, ¿por quién me toma? Hubiese intentado disuadirla de esa disparatada boda. Me enteré esta mañana, en Gleann House.

»Además, quería verla para disculparme por mi comportamiento en la fiesta de *lady* Hope MacLeod. Estaba ebrio y despechado.

—Disculpas aceptadas. Ahora, señor Campbell, seguiré con mi paseo…

—Oh, no, querida. No la dejaré sola, yo mismo la acompañaré, y, cuando usted se canse de pasear, la llevaré a donde quiera.

Leontine no sabía cómo zafarse de la compañía de aquel individuo, que le inspiraba tan poca confianza. «Si acepto que me lleve a alguna parte, quizá me deje en paz», pensó.

—Quizá podría… acompañarme a Gleann House, ¿le parece a usted bien?

—Con mucho gusto —dijo él con aire teatral, haciéndole una reverencia trasnochada mientras abría la portezuela del carruaje para que se sentara en el habitáculo de este.

Leontine aceptó la mano que Firth le tendió, una mano helada y fina, tan diferente de la de Broc, mucho más grande y hosca, pero cálida: reconfortante. Por un momento, quiso que fuese él quien hubiera venido a rescatarla de las fauces de los caminos, y no aquel individuo del que no se fiaba nada.

Se sentó, acomodó su opulento vestido y el carruaje se puso en marcha. Se quedó unos minutos pensativa, hasta que volteó la cabeza para mirar por la ventana. Contempló el paisaje otoñal de primera hora de la tarde, tan colorido, reconfortante y bello. Quizá aquel fue el hechizo que la abstrajo de la realidad: que Firth Campbell no la llevaba a Gleann House.

Su corazón dio un vuelco y comenzó a llamarlo con insistencia. Este no contestó, por el contrario, hizo que los caballos galoparan más veloces, mientras los relinchos de estos llenaban sus oídos.

Estaba metida en un buen lío…

∞∞∞

Angus y Broc llegaron a Gleann House y, nada más entrar, hallaron a Akay, que acudió raudo a ver en qué podía ayudarlos.

—Akay, a mi despacho, de inmediato —dijo Angus con determinación.

—Sí, señor, enseguida… el señor Grant lo espera en la sala. ¿Quiere que le diga algo?

—Que aguarde, enseguida estaré con él.

Akay le dedicó una mirada de suficiencia a Broc, señal inequívoca de que conocía quién era él.

Broc y Angus entraron en el despacho, esperaron largos minutos, pero Akay no acudió.

—Maldita sea, ¿dónde se ha metido este hombre? ¡¡Akay!! ¡¡¡Akay!!! —gritó asomándose a la puerta.

Nadie contestó.

De pronto, un hombrecillo acudió a los reclamos de Angus, Broc lo reconoció enseguida, se trataba de su infiltrado: Ratón.

—¿Has visto a Akay, chico? —indagó Angus.

—Salió apresuradamente hace un momento, casi me tira al suelo —declaró.

—¿Qué más necesitas para aceptar que fue tu criado y no yo quien envenenó a tu padre?

Angus se llevó ambas manos a las sientes.

—No puede ser… no puede ser… —musitó mientras caminaba por la estancia como un león enjaulado.

—Fue él, Angus. Estuve demasiado ciego al pensar que habrías sido tú. Pero tus maneras, el descuido hacia tu padre, la rabia cuando él me incluyó en su testamento; todo ello, unido a la acusación hacia mí, me hicieron pensar que tramaste un plan para quitarme de tu camino.

—No podía ver a mi padre tan mal. Era demasiado joven, además, en aquel momento… No importa, ya no importa nada. Solo que envié a un inocente a la cárcel y he permanecido al lado del asesino de mi padre durante años, contándole todos mis secretos, confiándole a los míos. Lo siento mucho, Wallace, dime qué puedo hacer para compensarte.

—Ya no se puede cambiar el pasado y yo amo a tu hija. No necesito ningún tipo de compensación, solo formar una familia con ella y únicamente si me acepta…

—Hablaré con Leontine, se enterará de la verdad. Pero ahora tenemos que salir a buscar a ese desgraciado, no puede librarse del futuro que le espera…

Obviamente, Thomas no estaba en la sala, aquello había sido una argucia de Akay para poder marcharse sin levantar sospechas.

Varios minutos antes, el criado salió de la casa a la carrera y se dirigió a las caballerizas; ensilló con celeridad el primer caballo que

halló, aunque no era el más veloz, lo ayudaría a alejarse lo más posible de aquel lugar antes de que Angus y Wallace salieran en su busca, porque lo harían.

Sabía que habían deducido la verdad, que fue él quien puso el veneno en la comida del *laird* McEilean. Lo había hecho por su amo, por Angus. Y ahora se lo pagaba conchabándose con ese desgraciado de Broc Wallace para acusarlo. Gracias a él tuvo la vida que quería y pudo quitarse de en medio al niño repelente que tanto odiaba.

¿Y así se lo pagaba?

Tenía claro que su señor no iría a la guardia, no lo acusaría, por la cuenta que le traía permanecería en silencio, de lo contrario, él sabía qué hilos mover para hacerlo caer en desgracia.

Capítulo 32

Leontine trató de salir del carruaje sin suerte. No consiguió abrir las puertas, estaba desesperada. Un miedo atroz la apresaba, aunque no podía quedarse quieta, debía actuar, tratar de escapar. Se quedó mirando el vidrio y buscó en el habitáculo algo con qué golpearlo, no había nada. Se quitó uno de sus botines y, con el tacón de este, lo golpeó repetidamente hasta conseguir agrietarlo. Luego se envolvió el brazo con la tela de su falda y lo golpeó con el codo, hasta conseguir abrir un agujero por el que podía pasar el brazo. Y así lo hizo, con tan mala suerte, que, a causa del traqueteo del carruaje, sintió cómo un trozo de vidrio se clavaba en él. Se mordió el labio inferior y aguantó el dolor mientras intentaba localizar el pestillo. Tardó varios segundos de dolor indescriptible en palparlo. Al lograrlo, lo destrabó, mas no ocurrió nada. Lo volvió a intentar hasta que la puerta se desbloqueó y se abrió. El trozo de vidrio le rasgó la piel al abrirse la portezuela con violencia, pero consiguió retirar el brazo con la rapidez suficiente como para que no acabara amputado.

No quiso mirar, pues sabía que sangraba profusamente. Debía saltar del carruaje, aunque ello significara perder la vida en el intento. El destino que le esperaba en casa de Firth Campbell se le antojaba mucho peor. Lo veía en su mirada llena de maldad.

Aguardó mientras hallaba un lugar al que poder saltar con el menor riesgo posible, pero no parecía llegar, todo eran piedras, árboles, peligro.

Rezó todo lo que se le ocurrió. Pidió a Dios que le facilitara aquel salto mortal. Y pareció escucharla, brindándole ayuda en forma de río.

Leontine respiró profundamente, se armó de valor y saltó. El golpe llegó unos segundos después, y el río helado y furioso la recibió entre sus fauces.

La arrastró con violencia. El hecho de no controlar su propio cuerpo la hizo temer lo peor: que no podría contar jamás cómo luchó con las aguas salvajes del río Ness y venció.

Se hundió varias veces. Era buena nadadora, aunque no podía competir con la fuerza extrema de la naturaleza. Trató de encontrar algo donde aferrarse, una rama, por ejemplo. Pero tal parecía que todas se habían apartado para que ella no pudiera utilizarlas como tabla de salvación.

El corazón le latía con violencia, el frío paralizaba sus extremidades, el dolor en el brazo y la pérdida de sangre continua la debilitaban. Sentía que se diluía en las aguas. Sin embargo, trataba de reponerse, de seguir intentando acercarse a la ribera; fallaba en todos sus intentos. El final estaba cerca, lo intuía. Se hundió de nuevo y, por un momento, todo se tornó oscuro.

—Leontine, Leontine —escuchó.

Abrió los ojos y la vio, era su madre. Estaba como ella, bajo el agua, pero todo a su alrededor se había calmado.

Su cabello castaño salpicado de canas flotaba, y su rostro era bello, no había ni rastro de sus heridas mortales, algunas de ellas en una parte de este.

—Mamá…

—Tienes que ser fuerte, hija, debes salir de aquí.

—No puedo, me estoy muriendo.

—No te vas a morir, ¿me oyes? Eres una mujer fuerte y saldrás de esta. Dame la mano, yo te ayudaré —dijo su madre y ella obedeció.

Al sentir el contacto de la mano de su progenitora, la apresó una congoja enorme.

—Vamos, Leo, mi niña, haz un último esfuerzo, debes salir a la superficie, tienes que salvarte…

El eco de la voz de su madre se desvaneció y Leontine abrió los ojos. Estaba en la ribera, apoyada en una gran roca. Sonrió convencida de que su progenitora la había llevado hasta ahí.

Sin embargo, la suerte no la acompañó por mucho tiempo: el suficiente para coger una bocanada de aire antes de ser golpeada con fuerza en la cabeza.

∞∞∞

Akay llamó a la única puerta a la que podía llamar cuando ya el sol se había puesto. Había pasado horas escondido y no había sido fácil por culpa del dichoso caballo, pues no dejaba de relinchar. Le parecía un desagradecido. ¿Cuántas veces lo había cepillado? Era quien cuidaba a los caballos, su señor llevaba tiempo con problemas económicos, así que, para que no tuviera que emplear a un mozo de cuadras, él mismo se ofreció. Sin duda, el amo era tan desagradecido como el animal.

Todo en la casa en la que pretendía entrar era oscuridad. Ni un ápice de luz, y viento, viento frío que se colaba en sus finas prendas y golpeaba con saña sus huesos.

Volvió a llamar a la aldaba. Silencio.

Giró en derredor mientras se llevaba ambas manos a las sienes. Era ya bastante mayor y no podía permitirse el lujo de pasar la noche a la intemperie, no estaba acostumbrado.

De súbito, escuchó ruido de cascos de caballo y sus ojos se llenaron de esperanza, aunque debía ser cauto, ¿y si eran Angus McEilean y ese desgraciado de Wallace? Sabía que lo estaban buscando, los había visto, por suerte, ellos a él no. «Ventajas de ser mucho más avispado. El pobre tiene más capacidad de supervivencia que el rico, porque el pobre suple la falta de dinero con ingenio, mientras el rico recurre al vil metal siempre que se encuentra frente a un problema. Pero cuando el dinero falta, amigo, ahí no le queda más remedio que apretar las posaderas y hacer servir eso que tiene sobre los hombros de adorno», pensó Akay.

Se escondió entre los matorrales descuidados de la casa. Había tenido la precaución de silenciar al caballo antes de que alguien pudiera descubrirlo por su culpa. Jamás se había encontrado con un animal tan molesto. Por suerte, no estaba del todo lejos del sitio donde pensaba ir. Era poco probable que, si McEilean y Wallace acababan por descubrir el cadáver del animal, lo asociaran con el lugar donde quería pedir refugio.

Aguardó paciente la llegada de un carruaje, precisamente el que esperaba. A punto estuvo de salir de su escondrijo, pero un pálpito lo mantuvo oculto, pues era cuando menos extraña la actitud del hombre que bajó del pescante y se dirigió con premura a abrir la puerta del habitáculo, mientras miraba a todas partes, nervioso.

Akay arrugó el ceño y dio gracias al cielo por ser tan listo. Su pálpito había sido certero y podía sacar mucho provecho de aquella situación, pues el hombre al que quería pedir cobijo era ni más ni menos que Firth Campbell y este acababa de salir del carruaje cargando el cuerpo lánguido de una mujer. ¿Estaría muerta? Ese

sería su salvoconducto para librarse de la cárcel, él tendría que ayudarlo. Así que, emocionado, salió de su escondite, mostrándose ante el banquero, quien, sabiéndose descubierto, transformó su pose siempre altanera en servil.

Capítulo 33

Broc y Angus entraron en Gleann House al punto de la medianoche, tras horas y horas de buscar a Akay sin resultados.

—Por la mañana saldremos de nuevo, McEilean. Ese desgraciado ha de recibir su merecido —dijo Broc enérgicamente—. En cuanto consigamos dar con él, lo haremos prender. Ha de ser juzgado y condenado por la muerte de tu padre.

Angus se secó el sudor que perlaba su frente con un pañuelo. Broc entrecerró los ojos. La actitud de su futuro suegro le parecía del todo extraña.

—De eso quería hablarte… Es mejor que solucionemos este tema por nuestra cuenta, Wallace.

—¿Y eso por qué? ¿Acaso pretendes matar a tu criado y ocultar el cadáver? —indagó Broc con un deje burlón.

Angus se irguió incómodo.

—No quiero un escándalo —afirmó.

Broc lo observó con detenimiento y Angus retiró la mirada, estaba claro que había una razón poderosa para que no quisiera la intervención de las autoridades en el asunto.

De pronto, alguien llamó a la puerta con urgencia.

Angus elevó las cejas, era muy tarde y no esperaba visita.

—Quizá sea Leontine —aseguró tras caer en la cuenta de que no se había preocupado por la precipitada huida de su hija.

Broc sintió una punzada en el pecho. Había estado tan cegado con el tema del criado Akay que se había olvidado de que la mujer que amaba había abandonado la iglesia enfadada y creyéndolo un asesino.

De pronto, la imagen de Ratón se dibujó en el umbral de la puerta.

—Es muy tarde ¿Abro, señor? —inquirió a la vez que miraba a Broc de soslayo.

—Sí, ve, muchacho, puede que sea mi hija.

El falso criado se encaminó hacia la puerta y, al abrirla, el cuerpo ebrio de Thomas Grant cayó al suelo entre risas y llantos.

—¿Qué hace aquí, señor Grant? —inquirió Ratón.

—Quiero ver a mi buen amigo Angus, así que déjame entrar. ¿Sabes que tu cara me es familiar? —preguntó Thomas aceptando la mano que el criado le ofrecía para levantarse.

—Tengo un rostro muy común —dijo el hombre para salir del paso, sabía muy bien de qué lo conocía Thomas.

—Sí, claro…, ahora retírate, voy a hablar con mi amigo. ¡¡Angus!! ¡¡Angus!! —vociferó.

Angus, al escucharlo, se levantó de su sillón y acudió raudo al vestíbulo.

Al verlo, Thomas se abalanzó sobre él para abrazarlo.

—Querido amigo, he venido a contarte que tengo una idea. Ya que los dos somos unos desgraciados, que no tenemos ni un perro que mueva el rabo por nosotros y nuestros seres queridos nos han dado la espalda… —dijo mientras, ayudado por Angus, se dirigían al salón. Pero se detuvo en seco al ver quién se hallaba sentado frente a la chimenea, observándolo con curiosidad—. ¿Se puede saber qué hace aquí el maldito bastardo que mató a tu padre? El maldito Broc Wallace…

—Cálmate, amigo, que todo tiene una explicación… —intervino Angus mientras acomodaba a Thomas en el sofá.

—No hay explicación posible para que el asesino de tu padre esté sentado frente a tu chimenea, como no lo hay para lo que tú y yo sabemos —dijo Thomas entre palabras arrastradas e hipidos.

Angus palideció y miró a Broc, que lo observaba de modo interrogante.

—¿A qué se refiere, McEilean? —preguntó con sequedad.

—Está borracho como una cuba, quien sabe a qué se refiere… —se excusó sin poder ocultar su nerviosismo.

Broc no pasó por alto el lenguaje corporal de su futuro suegro.

—¿Qué es eso tan interesante que ambos sabéis y que está relacionado con la muerte de tu padre, McEilean?

—No sé a qué demonios se refiere, Wallace, ya te he dicho que está muy borracho, solo dice incoherencias.

—¿Estás seguro?

—Desalmado, asesino… —lo insultó Thomas señalándolo con un dedo inquisidor antes de quedarse dormido.

Angus lo tapó con una manta y se derrumbó en el sillón antes de comenzar a hablar.

—No podemos avisar a la guardia, Wallace. Prefería no hacerte partícipe de nuestro secreto, pero llegados a este punto, espero, como hombre de bien que pareces ser, que comprendas mis motivos para no hacerlo.

Broc se cruzó de brazos, el rostro de Angus no presagiaba nada bueno, y él quería que Akay pagara por sus malas acciones. No podía permitir que el verdadero culpable de envenenar a su antiguo señor se fuera de rositas.

—Lo que hizo no puede quedar impune, McEilean.

—Y no lo hará, te lo prometo. Nosotros lo solucionaremos.

—¿Cómo?

—Todavía no lo tengo claro. En cuanto lo capturemos, pensaremos un buen plan. Cualquier cosa antes de entregarlo a las autoridades. Eso podría ser terrible para Thomas y él es como mi hermano. Me dolería que pagara por algo que…

—¿Y qué tiene que ver Thomas en todo este asunto?

—Verás. Lo que voy a contarte es quizá incomprensible. Pero en nuestra defensa diré que Thomas y yo éramos muy jóvenes y no supimos cómo actuar.

—Mc Eilean, no te hagas el interesante y habla ya…

Angus se secó de nuevo el sudor de la frente y se sentó en su sillón de nuevo.

—Está bien, ahí voy… y que sea lo que Dios quiera.

Capítulo 34

18 años antes

Eran muy jóvenes y estaban enamorados. Habían vivido un verano de ensueño y el otoño hizo que ocurriera lo peor, que el marido de ella descubriera su romance clandestino.

Se llamaba Isla y solo tenía dieciséis años. Hacía dos que la habían casado contra su voluntad, con un hombre veinte años mayor que ella.

Por aquel entonces, Thomas trabajaba en la imprenta de su padre, iba a heredarla y su curiosidad natural hacía que siempre anduviera a la caza de una buena noticia para el pliego suelto que había comenzado a editar en solitario.

Los dos jóvenes se conocieron por casualidad, cuando ella, que trabajaba vendiendo fruta en un puesto en un mercado local, le regaló una manzana.

A partir de ese momento, Thomas, que se había quedado prendado de su belleza, pasaba a diario y compraba cualquier cosa con tal de hablar con la hermosa tendera. Pero el hombre que despachaba junto a ella, quien, en un principio, Thomas pensó que era su padre, se percató de las miradas que ambos jóvenes se

dedicaban y se encaró con él, dejándole claro que no era bienvenido en su puesto y no volvería a venderle nada.

El destino hizo que, varias semanas después, coincidieran junto a la imprenta. Isla se dirigía a casa de su tía enferma, quien vivía muy cerca.

Thomas le preguntó por ese hombre malhumorado que trabajaba con ella. Su sorpresa fue mayúscula cuando se enteró de que no era el padre de la muchacha, sino su marido.

—Me obligaron a casarme, mi padre es un ser codicioso y lo hizo por interés. Ese monstruo le dio dinero por llevarme con él.

—¿Monstruo? ¿Acaso te trata mal?

Isla no contestó, agachó la cabeza y le mostró a Thomas su brazo amoratado.

—Quiero abandonarlo, irme y comenzar una nueva vida, pero no sé cómo hacerlo. Necesito que alguien me ayude —dijo en tono de súplica y luego añadió—: Tengo que irme.

Thomas sintió que sería capaz de matar a ese desgraciado con sus propias manos. Pero se tranquilizó e intentó pensar con la cabeza fría. Si conseguía alejar a Isla de aquel energúmeno, le devolvería la vida, ella merecía ser feliz.

A partir de aquel día, Thomas trató de hacerse el encontradizo. Aprovechaba cualquier momento para hablar con ella. Poco tardaron ambos en saber que estaban hechos el uno para el otro. Y llegó el primer beso, furtivo, ansiado.

Los besos prohibidos son los mejores besos, los que mejor saben y los que más duelen. Saber que la persona que amas tiene dueño es el equivalente a mil puñales clavándose en el alma, y eso era lo que Thomas sentía.

Un día, tras haber dado rienda suelta a la pasión escondidos en un cuartito abandonado en la imprenta, lo planearon: se escaparían juntos.

Tras muchas dificultades y cambios de planes, se encontraron al atardecer a las afueras de Inverness y huyeron en un caballo blanco que Thomas había comprado con sus escasos ahorros.

Aquella fuga fue una locura, no tenían dinero ni destino, solo su amor y una gran determinación. Bien podrían haber sido suficientes armas para vencer en aquella batalla, pero no la guerra a la que se enfrentaban sin saber ni tan siquiera a dónde podría llevarlos.

Llegaron a las ruinas del castillo Urquhart y subieron a la torre, allí harían noche antes de continuar su camino.

Pusieron mantas en el suelo y velas en derredor. Encendieron la chimenea de lo que antiguamente pudo ser un salón. Abrazados, se dejaron llevar por la pasión.

—Sabes, aquí vivió una mujer llamada Gabriella. Fue vendida a un desaprensivo cuando solo tenía catorce años, como tú. Varios años después se cansó de ella y la vendió de nuevo. Pero en esta ocasión, Gabriella encontró su destino —dijo Thomas dedicándole a su amante una amplia sonrisa.

—¿Qué destino? —preguntó ella encogiéndose de hombros.

—Otro hombre, un solitario que vivía entre las ruinas de este castillo, la compró.

—¿En serio? Pobre muchacha…

—No, no la compró para hacerla infeliz, sino para que fuera libre. Pero ella no quiso abandonarlo, se quedó a su lado. Tenía un sueño imposible, estudiar medicina en Edimburgo. Pensó que, si trabajaba

para él, podría reunir el suficiente dinero para marcharse. Lo increíble de todo, fue que Gabriella acabó enamorándose de aquel hombre.

—¿Del solitario? ¡Qué romántico!

—Sí, de Douglas Grant.

—Grant, como tú…

—Sí, era el primo de mi abuelo.

—¿Y qué ocurrió?

—¡Malnacido! —exclamó una voz de pronto— ¡¡¡y tú, ramera!!! —bramó la voz del marido de Isla, quien entró de pronto en el salón.

Aquel gigante se abalanzó sobre Thomas y le dio una paliza. El joven no era todo lo fuerte que hacía falta para aplacar a aquella bestia, que lo apaleaba sin cesar mientras Isla se colgaba de su cuello para intentar ayudarlo.

Pero el marido, henchido de furia y en un arrebato, se la quitó de encima, con tan mala suerte que la pobre Isla se golpeó la cabeza con el saliente de piedra de la antigua chimenea. Cayó al suelo mientras un charco de sangre se expandía a modo de corona desde su cabeza.

Thomas no pudo hacer nada por salvarla, el monstruo lo había soltado y sonreía mientras lo observaba, malherido, arrastrándose hacia el cuerpo inerte de Isla, su Isla.

El muchacho cruzó la mirada con aquel desaprensivo, que se deleitaba con las consecuencias de sus horribles actos.

Entonces fue cuando una fuerza interior se adueñó del joven Thomas, quien, poseído por la ira, se levantó y se acercó al asesino.

—¿Qué vas a hacerme?, no eres más que un muchacho esmirriado, mírate, ni siquiera has podido proteger a la mujer que amabas. Eres patético…

Thomas abrió mucho la boca, se acercó más al desgraciado y alzó el mentón.

Sus poros rezumaban ira, odio. El corazón le latía con fuerza, a punto de salírsele del pecho. Quería venganza y que la muerte de Isla no quedara impune, así que alzó una de sus manos, que hasta el momento había mantenido detrás de su espalda, y le clavó al monstruo un objeto punzante en el cuello. Dicho objeto, no era otra cosa que la aguja del pasador del cabello de Isla, que había quedado al descubierto y a su abasto mientras la sangre brotaba de su cuerpo.

Una hora después, Thomas llamaba a la aldaba de Gleann House, donde vivía Angus con su esposa y su pequeña hija, Leontine.

Cuando Thomas, consumido por la culpa y el miedo, le explicó a su amigo lo ocurrido y este llamó a Akay para que los acompañara. Confiaba en que el criado supiera qué hacer.

Akay se hizo cargo del cadáver del marido de Isla. Lo subieron entre los tres hombres a caballo y él se deshizo de este. Ella fue enterrada muy cerca del castillo por Angus, a la sombra de un sauce.

Desde entonces, cada vez que Thomas sentía que ya no quería vivir, se dirigía al castillo Urquhart y allí lloraba por su amor perdido, consumido por la culpa.

Capítulo 35

Broc tenía todavía el corazón encogido por la historia que le había contado Angus. Imaginaba cualquier cosa, menos algo así. Su opinión de Thomas Grant cambió en el acto, estaba distorsionada a causa de su amistad con el que había sido su enemigo durante años.

—Vosotros no hicisteis nada malo. Thomas lo mató para defenderse de él, de lo contrario, aquel individuo le hubiera dado muerte sin que le temblara la mano. De hecho, mató a su mujer.

—Fue por accidente, en un forcejeo, como he relatado —intervino Angus, secándose el sudor de la frente con un pañuelo.

—Thomas no se quita la culpa; piensa que, si él no se hubiera escapado con ella, Isla hubiera vivido. Desde entonces vive atormentado. Se casó, sí, y fue padre, pero nunca pudo olvidar a su amor perdido. Eso hizo que se refugiara en el trabajo y dejara de lado a su esposa, quien acabó por entregarse a los brazos de otro hombre.

—Es muy triste. Sin embargo, sigo pensando que de eso hace demasiado tiempo y podemos entregar a Akay sin problema.

—Hablará y, cuando lo haga, a Thomas le irá muy mal. Ese desgraciado tenía hermanos que nunca se cansaron de buscarlo. Sabían que había un muchacho detrás de Isla. Por suerte,

desconocían quién era. Ese es el secreto que hay que proteger a toda costa, y Akay lo sabe; no dudará en ir a visitar a los McDonald.

—¿Los McDonald?

—Sí, el marido de Isla pertenecía al clan McDonald, era el hermano del *laird*. Llevaban años enemistados, pero tras enterarse de su desaparición, movió cielo y tierra para encontrarlo. Solo supo que David, que así se llamaba el esposo de Isla, estaba realmente furioso a causa de un joven que pretendía a la mujer a la que consideraba una pertenencia.

—Y Akay aprovechará eso para hundirte…

—Exacto, lo hará, no lo dudes. Conozco a mi criado muy bien; es vengativo y sagaz. Él sabe de la aversión de los McDonald hacia los Grant de Glenmoriston, clan al que pertenece Thomas. Además, Malcolm McDonald, el otro hermano, ocupa un puesto importante en la guardia. En cuanto sepa que uno de sus acérrimos enemigos mató a David, irá a por él sin que le tiemble el pulso, por él y por mí… ¿Qué haría mi pobre hija entonces?

Broc pensó para sus adentros que jamás dejaría desamparada a Leontine si su padre llegara a caer en desgracia. Aunque ella decidiera, después de saber la verdad, alejarse de él.

—Leontine nunca quedará desamparada, tienes mi palabra —verbalizó.

—Muchas Gracias, Wallace. De verdad, siento muchísimo el daño que te hice. Creí que habías matado a mi padre y el dolor me llevó a buscar justicia.

El conde cerró los ojos. En cierto modo lo entendía, en cuanto se enteró de que Dougal Balfour había envenenado a la condesa, la furia se apoderó de él y no paró hasta verlo entre rejas.

No podía evitar recordar que nadie lo escuchó ni lo creyó. Era un niño, solo tenía catorce años y Angus era bastante mayor para pensar las cosas con frialdad.

—¿De verdad que nunca se te pasó por la cabeza que enviaste a la cárcel a un inocente? —interrogó Broc con dureza, aquel tema era una herida abierta en su alma, y solo había que sacárselo para hacerlo sangrar.

—Sí, Wallace, sí se me pasó por la cabeza, pero luego lo ocurrido en aquellos días golpeaba mi mente, y Akay me envenenaba con sus palabras. Debía de haber sido más inteligente. Tenía al asesino de mi padre en mis narices y no lo supe ver. No sé cómo voy a compensarte por lo ocurrido…

—Por ello, Akay ha de pagar. Ha hecho demasiado daño: tú perdiste un padre, yo gran parte de mi vida y mi juventud.

—¿Y qué será de Thomas?

—Trataremos de encontrar a Akay antes, sabremos qué decirle para que mantenga la boca cerrada —sentenció Broc con decisión.

Angus suspiró profundamente y anunció:

—Saldremos al amanecer, tengo una ligera idea de a dónde ha podido ir.

Broc asintió y se levantó de su sillón.

—De acuerdo, McEilean. Ahora he de volver a casa; me parece muy extraño que Leontine no esté aquí. Quiero ver si ha vuelto a Beinn Criosd Manor.

Angus sintió de nuevo una punzada en el pecho. Con el asunto de Thomas se había olvidado otra vez de su hija. Lo consolaba la idea de que ella era una mujer fuerte y decidida que sabía cuidarse sola.

Quizá estuviera en casa de alguna amiga, estaba enfadada y dolida. Pensaba que, por la mañana, ella misma entraría en el hogar que la vio nacer y se acercaría a darle un beso en la frente.

El conde salió de Gleann House sin percatarse de que alguien más había escuchado la conversación que había mantenido con Angus, ni más ni menos que Ratón, quien se regocijaba pensando en el beneficio que podría obtener al poseer una información tan valiosa en sus manos.

Capítulo 36

El viento se colaba por los recovecos de la lúgubre casa de Firth Campbell. Se trataba de una vieja mansión familiar de piedra. Él no vivía en dicha propiedad, por supuesto que no, pero le gustaba ir y pernoctar allí cuando buscaba tranquilidad o para ir de caza.

Lo malo de aquel asunto era que todos sabían dónde se refugiaba del ruido de la ciudad, y cuando pensaba en todos, principalmente lo hacía en Angus McEilean, quien había compartido jornadas de caza con él y había bebido *whisky* en su mesa. Fue en una de esas sobremesas cuando Firth le habló de su interés por su hija Leontine y casi consiguió convencerlo de que no habría mejor marido para ella que él. Hasta que apareció aquel conde de pacotilla y al viejo se le aflojó la *cravate*.

En aquel instante, se hallaba sentado en una de las viejas sillas de madera, frente al criado de Angus McEilean, quien estaba dispuesto a brindarle una información que podía hacer cambiar el rumbo de los acontecimientos a su favor.

—Empieza a hablar, demonio. Ya te has bebido dos copas de *whisky* y no pienso malgastar ni una gota más… —gruñó Firth, que observaba a Akay con desprecio.

—Sí, señor. Pero primero necesito que me prometa que no irá a la guardia, que no me entregará.

Firth Campbell frunció el ceño y esbozó una sonrisa. Aquel criado no se había percatado de que quien más tenía que perder era él mismo, pues lo había sorprendido secuestrando a Leontine McEilean. Y no era el primero, pues un pastor también lo había hecho. Había visto a Leontine saltar al río. Por suerte, a este había podido engañarlo, diciéndole que era una riña entre enamorados, el hombre lo creyó a pies juntillas.

—Sí, tienes mi palabra, criado —aseguró Firth sin demasiada convicción.

—Mire que, si me entrega, no dudaré en acusarlo de retener contra su voluntad a la señorita McEilean. Estoy seguro de que su padre me lo agradecería…

—No sé qué demonios hayas hecho para tener que huir de tu señor, pero tampoco quiero saberlo. Así que dime lo que tengas que decirme y lárgate…

—Bien, señor Campbell. Hoy descubrí la verdadera identidad del conde de Gruinard.

Firth Campbell abrió mucho los ojos. Aquello ya lo sabía, pero prefirió hacer ver que no.

—¿Y bien? —indagó con fingido desinterés.

Akay sonrió, sabía muy bien que había dado en la tecla correcta.

—Se lo diré si me ayuda usted a salir de Escocia.

Firth clavó sus ojos en el hombre ajado que tenía delante.

—Sí, puedo hacer algo, pero solo si me dice de una vez el nombre de ese malnacido.

Firth se frotó las manos a sabiendas de lo que iba a decirle el criado.

—Sí, claro que sí. Y no se lo va a creer usted. Es ni más ni menos que un expresidiario acusado de envenenar a su señor.

Firth Alzó las cejas y se retrepó en el asiento de puro gozo.

—¿Cómo se llama? Dímelo, criado.

—Broc Wallace.

—¡Broc Wallace! —exclamó Firth con una sonrisa tensa, siniestra y luego añadió:— ¿El mismo Broc Wallace que mató a Gordon McEilean?

—Ese mismo, sí, señor.

—¿Y cómo ha podido llegar a convertirse en conde? Un momento… la condesa de Gruinard murió envenenada por su administrador. Y su hijo adoptivo lo heredó todo, hasta su título, título que no le correspondía, pues no le corría por las venas.

»Ese desgraciado mató al *laird* McEilean y luego a su benefactora, la condesa. Todos decían que él era su amante… Esto ha de saberlo mi inquilina, estoy seguro de que se le pasará el enamoramiento de inmediato.

—Yo no estaría tan seguro, si es como su madre, buscará cualquier pretexto para defender a ese desgraciado.

—¿Tan bien conociste a Fía Mackenzie?

—No tan bien como me hubiera gustado, pero bien… lo suficiente —dijo Akay esbozando una sonrisa ladina.

—No haré más preguntas, ahora mismo estamos empatados en secretos, no me gustaría que se desequilibrara la balanza —apuntó

Firth encogiéndose de hombros.

Le convenía hacer ver que no conocía la identidad del conde, así Akay se sentiría más importante de lo que era.

—De acuerdo entonces. ¿Cuándo podré partir?

—Por el momento, tendrás que ocultarte, criado. Y aquí ya hay bastante con Leontine. Vuelve en tres días y todo estará dispuesto para tu huida.

—¿Me da usted su palabra?

—Por supuesto, amigo, por supuesto…

Capítulo 37

Al amanecer, tal y como había acordado con Angus, Broc se dirigió a Gleann House. Toda la noche había pensado en Leontine. En dónde estaría y en si habría vuelto a casa con su padre. Pero no fue así y tampoco estaba en Beinn Criosd Manor.

—Creo, Angus, que deberíamos salir a buscar a Leontine. Me parece cuando menos extraña su ausencia durante tanto tiempo. Ni siquiera ha pasado por mi casa para recoger algunas de sus pertenencias, es más, allí está su libro.

Angus alzó la mirada, alarmado.

—Leontine jamás iría a ninguna parte sin él, tampoco sin su colgante, Ambas cosas se las regaló su madre un tiempo antes de morir. Son para ella más que un tesoro, siempre la acompañan.

Broc asintió.

—Por ello creo que ha podido ocurrirle algo, así que quizá deberíamos dejar a un lado el asunto de Akay mientras buscamos a Leontine.

Ambos estuvieron de acuerdo, mientras un sentimiento de culpa atravesaba sus cuerpos. Habían estado tan inmersos en su venganza que se habían olvidado de lo más importante para ellos, Leontine.

Thomas apareció de pronto en la sala, con la ropa maltrecha y el rostro somnoliento.

—¿A dónde vais? —indagó, para sorpresa de Broc.

—Nos despertamos ambos demasiado temprano y hablamos largo y tendido sobre lo que ocurrió en realidad —aclaró Angus.

—Sí, señor Wallace, nunca fue mi intención insultarle, pero Angus es como mi hermano y…

—Sí, lo sé. Así que dejémoslo estar, el pasado es mejor que quede atrás, si lo remueves siempre hace daño y hay heridas que es mejor dejar cicatrizar.

»Ahora centrémonos en Leontine, en encontrarla.

—¿En Leontine? —preguntó Thomas, sorprendido.

—Sí, amigo. Estamos preocupados por mi hija, no está aquí, tampoco en Beinn Criosd Manor…

—Pero todos sabemos cómo es. Ya se escapó una vez y estaba en casa de Wallace, trabajando. Es una muchacha muy inteligente…

—Thomas, amigo. Yo pensé lo mismo hasta que Wallace me dijo que se había dejado el libro en su casa.

—El libro… ¿El que le regaló…?

—Sí, mi difunta esposa.

—Entonces, será mejor que salgamos a buscarla cuanto antes —sentenció tomas calzándose su sombrero.

Los tres hombres cabalgaron durante horas, llamando a Leontine, preguntando por ella. Sabían que había huido vestida de novia y que la comodidad era algo que la muchacha valoraba sobremanera. Con aquel vestido pomposo, no debía estar cómoda en absoluto.

Visitaron los domicilios de dos de sus amigas, pero ambas dijeron que no la habían visto e intentaron indagar más sobre el asunto con la finalidad de esparcir el chisme. Broc pensó que aquellas mujeres no podían ser amigas de Leontine, pues esta era demasiado diferente a ellas.

Bien entrada la tarde, no habían conseguido nada y Broc comenzaba a desesperarse.

—¿Y si alguien se la llevó o le hizo daño? —inquirió.

Angus lo miró de soslayo. Nervioso por sus palabras y con el corazón en un puño.

—Esperemos que no, que solo sea una de sus llamadas de atención —dijo mordiéndose el labio.

—Perdóname, McEilean, pero no veo a Leontine como una persona que vaya por el mundo intentando llamar la atención, más bien, como una mujer con una gran determinación.

—Siempre le dije que su testarudez le saldría cara. Espero que esté bien y todo sea una pataleta de niña malcriada —sentenció Angus.

Prosiguieron con la búsqueda sin suerte. Hasta que un pastor que encontraron por el camino les dijo que había presenciado una escena bastante peculiar. Se trataba de una mujer que, furiosa, había saltado de un carruaje en marcha. Según aquel individuo, su enamorado estaba desesperado por encontrarla.

—¿Y cómo sabía que era su enamorado?

—Él mismo me lo dijo cuando se lo pregunté, que estaban recién casados y que ella se había enfadado por una niñería. Ya saben cómo son las mujeres.

—¿Dónde fue eso? —inquirió Broc con decisión.

El pastor se lo explicó y vio como Angus tragaba saliva.

—Creo que ya sé dónde está Leontine —sentenció.

Arribaron a un viejo caserón de piedra. Thomas supo de inmediato a quién pertenecía, pues Angus le había hablado de sus cacerías con el dueño de aquella maltrecha propiedad.

Angus llamó a la aldaba sin obtener respuesta. Volvió a golpear varias veces, e incluso vociferó:

—¡¡¡Campbell! ¡¡Sé que estás ahí, así que abre la maldita puerta!!

Poco después, la puerta se abrió y Firth Campbell apareció con el cabello revuelto y bostezando.

—¿Es que uno no puede echar una cabezadita en paz en su propia casa? —preguntó cruzándose de brazos por el frío.

—Sé que tienes a Leontine retenida contra su voluntad, la vieron saltar de un carruaje muy cerca de aquí.

—¿Cómo? ¿Que alguien se ha llevado a Leontine? No puede ser. Si puedo ayudaros a encontrarla, haré lo que esté en mi mano —dijo Firth de corrido.

—No se te da bien disimular, Firth, así que déjanos entrar. Si llamamos a la guardia te puedes meter en un buen lío. Lo mejor será que lo solucionemos como hombres… —espetó Angus.

—No voy a tolerar que se me acuse de algo que yo no he hecho. Incluso he ofrecido mi ayuda. ¡Por Dios!

Angus apretó los puños y Broc le dedicó una mirada indescifrable, que parecía ser una petición de calma, pero no dijo nada. En su lugar, se fijó en el carruaje, que se encontraba muy cerca de la entrada, y se aproximó hacia él ante la mirada inquieta de Firth Campbell.

El cristal de la portezuela estaba roto y manchado de sangre reseca.

Volvió sobre sus pasos y, como un vendaval, se abalanzó sobre Firth, derribándolo.

—¡¡Desgraciado!! Nos vas a decir ahora mismo dónde tienes a Leontine, o no volverás a ver la luz del sol —bramó Broc a escasos milímetros del rostro de Firth Campbell, quien se removía dolorido por el impacto en la parte trasera de su cabeza con el suelo.

—Yo no sé nada de Leontine. ¿No se había casado contigo, Broc Wallace? ¿O la has envenenado como hiciste con el *laird* McEilean y tu amante, la condesa?

Llevado por la furia, Broc comenzó a darle puñetazos en la cara a Firth Campbell, que sonreía de una manera casi psicópata mientras recibía los derechazos del fuerte *highlander*.

Aquel individuo había hurgado en las heridas de Broc y este no supo contenerse. Lo golpeó repetidamente sin medir las consecuencias. Angus y Thomas tuvieron que reducirlo.

—¿Estás loco? —indagó Angus, mientras negaba con la cabeza—. Es que no te das cuenta de que, si lo matas, no sabremos dónde tiene a Leontine.

Firth se llevó la mano al rostro, dolorido, mientras soltaba varios improperios dirigidos a Broc.

—¡¡Cállate, Campbell y dime de una maldita vez dónde tienes a mi hija?

—Repito que no sé nada. ¿Para qué retendría a Leontine contra su voluntad? —gimoteó.

—Porque así te aseguras de que nadie más la tiene si te ha rechazado a ti, por ejemplo —aseguró Broc con dureza.

—La señorita Leontine ya me dejó claro que no aceptaba el compromiso, así que poco tengo que hacer con ella y mucho menos retenerla. ¿Por quién me tomas? Tú, que por lo visto tienes mucho que callar. Allá donde vas, alguien muere o desaparece —sentenció, y a Broc lo volvió a cegar la furia. Thomas y Angus tuvieron que hacer verdaderos esfuerzos por contenerlo.

—No te veo como un buen perdedor, Campbell. Además, si no tienes nada que ocultar, digo yo que no tendrás inconveniente en dejarnos registrar la casa, ¿cierto? —espetó Broc.

—Adelante, por mí no hay problema. Podéis pasar y mirar donde queráis, no encontraréis a Leontine aquí.

Angus le dedicó una penetrante mirada a Broc y este asintió con la cabeza. Los tres hombres se internaron en la casa y registraron cada rincón sin hallar nada.

—Os dije que no la encontraríais en mi casa —gruñó Firth mientras esbozaba una tensa sonrisa.

—Sentimos haberte importunado —dijo Angus para enfado de Broc y Thomas, quien tampoco se fiaba del banquero.

—Que no esté en la casa no significa que no la hayas capturado, te vieron, Campbell —aseguró Broc mientras señalaba a su rival con un dedo.

—¿Quién me vio?

—Un pastor. Vio a Leontine saltar del carruaje al río.

—¿En serio crees que dejaría que la señorita McEilean pusiera su vida en peligro? No sé quién sea ese pastor, pero he de decir en mi favor que miente. Yo no me he movido de aquí desde ayer por la mañana. Se supone que Leontine estaba en la boda. Quizá tendríais que repasar la lista de invitados, si alguien se la llevó, seguro que está allí.

—No te creo, Campbell. Además, ¿qué hay de la sangre en tu carruaje? —anunció Broc, apretando los puños.

—Ah, ¿eso? Lo encontré así esta mañana. Debe de haber sido algún maleante; por este camino hay muchos. No sé qué pretendía encontrar en el habitáculo de mi pobre coche.

—Vámonos, muchacho, aquí no tenemos nada que hacer —dijo Angus dándole unos toques amistosos en el hombro—. Ruego que te hagas cargo de la situación y nos disculpes, querido Firth. Cuando aquel pastor nos contó lo ocurrido, y dada la cercanía de tu casa, pensamos que te la habrías llevado tú.

—Pues pensasteis erróneamente —sentenció Firth con altivez.

—Por cierto, ¿ha venido por casualidad mi criado Akay por aquí? —indagó Angus.

—Mmm, no, aquí no ha venido nadie —intervino Firth con contundencia.

—De acuerdo, ya nos vamos. De nuevo te pido disculpas, Campbell, no volverá a ocurrir.

Broc abandonó la casa con la sensación de que todas las palabras de Firth Campbell eran fruto de una vil pantomima, y que aquel individuo no había dicho ninguna verdad.

Al ver que se quedaba rezagado, Angus le repitió que se marcharan, pero Broc negó con la cabeza.

—Me quedaré vigilando, estoy seguro de que ese desgraciado oculta algo.

Angus se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Bien, Thomas y yo seguiremos buscando —dijo alejándose hacia su caballo.

Broc no contestó.

Capítulo 38

Firth entró de nuevo en la casa, alisó su ropa y se dirigió a la cocina. Una vez allí, prendió una lámpara de aceite, entró en la despensa, apartó con no poca dificultad el gran mueble de estantes de madera maciza y una puerta de hierro se mostró ante él. Era el calabozo oculto a los ojos de los curiosos, ese que su padre hizo construir para castigar a los desgraciados a los que sorprendía robando en sus cosechas. Sacó la llave gigante, que llevaba colgada de un cordel al cuello y abrió.

Un olor a humedad se coló en sus fosas nasales. Ya Leontine había dejado de gritar, en cualquier caso, era difícil que la escucharan. Le había administrado en el agua una sustancia que la adormeció de inmediato, así que podía estar tranquilo, aquellos tres se habían ido con las manos vacías.

Al llegar al sótano, apartó todos los fardos de paja que había apilado delante de la puerta de la celda y sacó la tranca que la bloqueaba.

Halló a Leontine dormida sobre un mugriento lecho de sacos de harina. Acarició el rostro de la muchacha, pero ella no se inmutó. Todavía tardaría un rato en despertar.

Por suerte, aquellos desgraciados no habían visto las heridas que Leontine le había hecho en uno de sus brazos con las uñas. Aquella

ramera era como una gata, una gata que dominaría hasta volverla dócil y complaciente.

Tenía tantos planes… Sabía que el cerebro de una mujer era maleable y podría conseguir que ella lo viera como un salvador, un ser divino al que venerar. Conocía un caso, el de su propia madre. Su padre siempre le contaba cómo la capturó, la sometió a sus caprichos hasta anular su voluntad y la convirtió en la perfecta esposa. Él haría lo mismo con Leontine, aunque una cosa tenía clara, primero la castigaría de modo ejemplar. Si quería que fuera su mujer ideal, debía aprender que a Firth Campbell nadie lo rechazaba.

∞∞∞

Angus y Thomas cabalgaban por el bosque, decepcionados por lo infructuoso de su búsqueda.

Habían decidido pasar por Beinn Criosd Manor de nuevo para preguntarle al mayordomo si Leontine había aparecido por allí. Angus tenía la sensación de dar bandazos sin un propósito claro. Ya no sabía qué hacer para encontrar a su hija. A un lado habían quedado sus ganas de venganza; si Akay había pasado más de veinte años engañándolo, todavía podía esperar un poco más para darle su merecido, que se lo daría, de eso estaba seguro, pero su prioridad era encontrar a su pequeña, porque así la veía, como una niña cargada de tonterías.

Se preguntaba una y otra vez qué había cambiado respecto a la anterior ocasión en que desapareció. No sabía la respuesta, solo un pálpito violento le decía que no debía dejar de buscar, aunque la vida le fuera en ello.

De pronto, Angus escuchó el crujido de una rama a sus espaldas y dio órdenes a su caballo para que se detuviera.

—¿Qué ocurre? —inquirió Thomas, extrañado por la actitud de su amigo.

—He escuchado algo, creo que alguien sigue nuestros pasos —susurró y luego vociferó—: ¡¡Akay, sal de dónde estés!!

La única respuesta que recibió fue el silbido de una fría ráfaga de aire.

—Será un animal…

—Puede ser, sigamos —dijo Angus con firmeza.

Tras cabalgar varios minutos más, un crujido más que apreciable los puso en guardia a ambos esta vez.

—Amigo, creo que tienes razón —apuntó Thomas, y sacó de la cinturilla de su pantalón una pistola. Angus lo imitó.

—Akay, estamos armados, así que sal de dónde estés ahora mismo… —espetó Angus.

De nuevo, el silencio cortado por el viento fue su única respuesta.

Thomas detectó movimiento en unos matorrales y señaló de inmediato.

Angus disparó al suelo, con el fin de intimidar al vigilante misterioso.

—Vaya, vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? —inquirió una voz potente, cargada de inquina y prepotencia.

Angus y Thomas se voltearon para encontrarse rodeados por dos de los hermanos McDonald y varios de sus hombres.

Capítulo 39

Abrió los ojos con dificultad. Sintió una fuerte punzada en la cabeza, además de un soberano atontamiento y un dolor lacerante en el brazo que estaba cubierto por una venda. Hacía frío y olía a humedad. De súbito, los recuerdos golpearon su mente con la fuerza de una tormenta. Firth Campbell la había capturado y ahora estaba metida en una fría celda, sin la mínima posibilidad de escapar.

Había pasado un buen rato gritando, pidiendo auxilio sin obtener ningún tipo de respuesta. Hasta que, tras saciar su sed con el cuenco de agua fresca que ese desgraciado había dejado para ella, todo su mundo se había vuelto tinieblas de nuevo. Ahora sabía que no debía beber ni comer nada que ese monstruo le trajera.

Campbell la había atrapado al propinarle un golpe con Dios sabe qué cuando ya había conseguido escapar de él, tras lanzarse al río.

—¡¡¡El conde me buscará!!! ¡¡¡Mi padre también!!!, ¡estoy segura de ello, y cuando me encuentren, Campbell, te irá muy mal! —gritó con todas sus fuerzas.

—Oh, sí, el conde de pacotilla, ese que consiguió el título dándole muerte a su amante, la condesa de Gruinard —dijo una voz que la sobresaltó, la imagen de Firth Campbell se dibujó ante ella, como salida del mismísimo infierno.

Leontine se estremeció, aquel individuo había estado allí todo ese tiempo, haciendo con su cuerpo inconsciente vete a saber qué.

—¿Qué hacías ahí, oculto? —indagó sintiéndose estúpida al momento.

—Velaba el sueño de mi futura esposa —respondió Firth, cruzándose de brazos.

—Ah, ¿sí? ¿Y dónde está?, no veo a nadie más aquí…

—Muy graciosa, Leontine. Si con eso quieres decirme que jamás serás mi esposa, te equivocas, lo serás. Te casarás conmigo por tu propia voluntad.

—¿Y cómo esperas que lo haga después de cómo te estás portando conmigo?

—Precisamente esa es la razón por la que acabarás aceptando tu destino: que yo soy el hombre de tu vida y tú mi mujer.

—Ni bajo tierra, ¿me has comprendido? No puedo albergar por ti más que odio, así que olvídate, prefiero la muerte a ser tu esposa.

—Oh, querida, poco a poco transformarás ese odio en amor y, cuando salgas de esta celda, tu mundo seré yo y nada más que yo.

—Yo no confiaría, Campbell. Soy una mujer de ideas fijas y no cambiaré de opinión acerca de ti. Me das asco; nunca podría yacer con un hombre que me repugnara tanto como lo haces tú —soltó Leontine, desafiante.

Quería dañarlo, hacerlo sufrir, que supiera que con ella no se jugaba y que por nada del mundo conseguiría doblegarla.

—Ay, Leontine, quizá deba contarte una historia, mi historia familiar.

—¿Y qué te hace pensar que quiero escucharla? —preguntó ella conteniendo las lágrimas, pues, aunque trataba de mostrarse empoderada, en su interior se libraba una batalla de tinieblas y miedo.

—Te conviene. A mi padre le costó mucho domar a mi madre. Siempre dijo que era como un potrillo salvaje, pero al final consiguió lo que quería, que ella lo venerara y le diera un hijo: yo.

Leontine tragó saliva.

—¿Es que acaso no puedes enamorar a una mujer como es debido? Estoy segura de que ahí fuera habrá alguna con el estómago suficiente como para acostarse con alguien como tú.

Firth apretó los puños.

—Sería demasiado fácil, yo necesito aplacar la resistencia —apuntó aproximándose a ella.

—Aléjate de mí… —siseó.

—Estás a mi merced, puedo hacer contigo lo que quiera. Eres mía, Leontine.

—No, Campbell, no soy tuya…

—¿Acaso ese conde de pacotilla tomó la carne que me pertenece?

—Eso y mucho más, Firth Campbell. No te puedes imaginar lo mucho que gocé entre sus brazos —soltó temeraria y como respuesta recibió un fuerte bofetón.

—Ramera, pensé que habías tenido la decencia de esperar al matrimonio para abrirte de piernas. Esto cambia mucho las cosas, no puedo convertir en mi esposa a una mujer deshonrada.

Leontine albergó la esperanza de que Firth la soltara, de que la repudiara por haberse entregado a la pasión con Broc. Pero la expresión del banquero le hizo pensar que debería haber mantenido la boca cerrada.

—¿En qué las cambia?

—Pues, básicamente, en que había pensado en esperar al matrimonio para consumarlo; por respeto, ya sabes. Ahora ya no hace falta; puedo tomarte cuando quiera —dijo Firth Campbell, como si fuera un comentario sin importancia.

Leontine se puso en guardia.

—Te lo repito, antes muerta… Que me coman los gusanos, que la tierra se meta en mis pulmones, todo eso antes que yacer contigo.

—Dicen que soy un buen amante, no te imaginas a cuántas he dejado satisfechas y pidiendo más.

—Pues ve a buscarlas, digo yo que alguna de ellas querrá casarse contigo…

—No las quiero a ellas, te quiero a ti.

—Pero yo amo a otro hombre…

Firth apretó los puños y gruñó.

—¿Que amas a otro hombre…? No me hagas reír. Amas a un individuo que envenenó a su señor, quien curiosamente lo había incluido en sus últimas voluntades poco antes. Estuvo en la cárcel por años, hasta que alguien movió los hilos para liberarlo. Acabó no sé cómo en la casa de la condesa de Gruinard. Quizá hasta fuera un triste sirviente que quiso trepar, como la rata que era. La enamoró y, ¡oh, sorpresa! La mujer murió envenenada; otra vez Broc Wallace en escena. Qué casualidad.

Leontine tragó saliva. No sabía nada de esa historia de la condesa y le revolvía la tripa pensar que aquellas acusaciones pudieran ser ciertas.

Recordó el rostro de Broc diciéndole que la amaba. El carácter algo hosco y desconfiado, pero aquel cálido abrazo, su hermosa sonrisa, sus besos… No, el alma de ese hombre no era mezquina como la del que tenía delante; lo había podido ver en sus ojos. Debía confiar y esperar a que él le aclarara todo aquello; por lo menos tenía que escucharlo.

—Sé que vendrá a por mí, no tardará en atar cabos. Y mi padre también…

—Siento decirte que ambos ya han estado en esta casa. Cuando les dije que habías venido a mí buscando consuelo y que confesaste lo arrepentida que estabas de no haber aceptado mi propuesta de matrimonio, se marcharon. Y tu conde de pacotilla se alejó con el rabo entre las piernas, decepcionado. Algo despechado, eso sí. Aunque creo que se le pasará: no debía estar muy enamorado; de lo contrario, hubiera luchado por ti, ¿no crees?

Leontine negó con la cabeza.

—No te creo; mientes. Tu boca inventa falacias sin tener en cuenta que, para ser un buen mentiroso, se ha de ser muy inteligente…

—¿Acaso crees que yo no lo soy? Mira, niñita, tengo treinta y seis años y soy el banquero más importante de Inverness. Todo lo conseguí con mi esfuerzo…

—Tu padre ya lo era, Firth…

—Pero entonces ese banco no era el mejor de la ciudad, conmigo sí lo es…

Leontine rodó los ojos, Firth estaba cada vez más enfadado, aunque intentaba por todos los medios aparentar que controlaba la situación.

—Por favor, vamos a dejarlo ya y suéltame, no diré nada —dijo Leontine con la voz cargada de hartazgo, empero con un deje suplicante.

—Empiezas a doblegarte, querida. De ahí a que te entregues a mí por tu propia voluntad hay solo un pequeño paso.

—¿En serio? Eres bastante iluso, Firth Campbell, por mucho que te jactes de inteligente —soltó Leontine en tono burlesco.

De pronto, el rostro de Firth enrojeció de ira y, sin pensárselo mucho, le propinó un fuerte puñetazo a Leontine en la nariz, la sangre no tardó en brotar con fuerza.

—Mira lo que me has hecho hacer —masculló él clavando sus furiosos ojos en los de ella, que con ambas manos trataba de retener el flujo de sangre.

—Déjame salir, por favor —gimoteó— Diré que me he caído, nadie sabrá que tú…

—¡¡¡Cállate!!! —cortó agarrándola por el escote de su vestido y atrayéndola hacia él.

—¡Suéltame! —exclamó mientras trataba de zafarse del agarre del banquero, que parecía enfebrecido.

Él trató de besarla contra su voluntad, y cuando notó su lengua de serpiente en el interior de la boca, la mordió con todas sus fuerzas.

—¡¡¡Ahhh!!! —gritó Firth— ¡¡Maldita zorra!!

De nuevo le propinó un puñetazo, esta vez en un ojo. Un dolor horrible la hizo caer al suelo, mareada.

Sintió pasos y la puerta de hierro chirriar, para cerrarse otra vez con fuerza. Escuchó como Campbell la trababa con una tranca.

Fue entonces cuando Leontine se permitió llorar sin aguantar sus lágrimas, que tal parecía que se habían ido acumulando mientras hacía gala de una entereza que en realidad no tenía.

Capítulo 40

Akay se hallaba en las inmediaciones de la casa de Firth Campbell, prefería esperar el tiempo que él le había pedido muy cerca, pues temía que se marchara con Leontine y no cumpliera su promesa. Tres días… Ya había pasado uno y la desesperación lo consumía; no estaba acostumbrado a permanecer a la intemperie ni a pasar frío. Llevaba casi toda su vida al abrigo de los McEilean, y Firth solo le había proporcionado una manta raída a regañadientes, quizá tuviera que tocar a su puerta de nuevo para implorar que le dejara pasar a calentarse y le diera de comer algo. Puede que, al verlo, consiguiera ablandar aquel desalmado corazón que solo veía números y poder.

Tiritando de frío, se acercó a la puerta de la casa y llamó con la aldaba.

Firth tardó varios segundos en abrir, y cuando lo vio ahí plantado, se enfureció.

—¿Se puede saber qué haces ahí? Creo recordar que te dije tres días, tres, Akay. Solo ha pasado uno; te quedan dos —dijo el banquero como si le hablara a un niño pequeño que no sabe ni sumar.

—Tengo frío, señor Campbell, y hambre, mucha hambre —gimoteó el anciano.

—Para el frío ya te proporcioné esa manta que llevas sobre los hombros, creo que tienes suficiente; para el hambre no puedo darte nada hasta que mi criado no venga con más víveres. Los que tengo son para la señorita McEilean y para mí, ya lo sabes.

—Por favor, señor. Me muero de hambre, mi estómago ruge y veo doble. Solo necesito un mendrugo y un poco de agua, también calentarme un rato junto a la chimenea, no le molestaré, se lo juro.

—Te repito, criado, que no puede ser. Angus McEilean te está buscando, me preguntó por ti.

—Ah, ¿sí? —indagó Akay con la mirada llena de esperanza.

—No te hagas ilusiones, viejo, no estaba muy contento que digamos. Yo que tú me andaría con cuidado, si te encuentra aquí tendrás problemas y yo también. Es lo que menos necesito, ahora que la señorita va a convertirse en mi esposa.

—Pero, señor Campbell, me parece que a usted le conviene ayudarme. Me necesita. Recuerde lo que sé y el hambre aprieta. Tal vez mi boca pueda revelar ciertos secretos, ya sabe que la falta de alimento afloja la lengua.

—¿Me estás amenazando, criado? —inquirió Campbell, ceñudo.

—No, por Dios. Solo le aviso de lo que puede ocurrir si usted no me alimenta ni me ofrece cobijo; dos días más aquí fuera me matarían. He pasado una noche horrible, hace muchísimo frío. ¿Acaso no tiene usted una pizca de humanidad?

—Me estás amenazando, no hay duda de ello —aceptó Firth encogiéndose de hombros—. Bien, criado, entra, compartiremos contigo la comida que nos queda.

Akay le dedicó una sonrisa desdentada y se internó en la casa. Antes de cerrar la puerta, Firth miró a todas partes, quería

asegurarse de que nadie hubiera visto al criado entrar en su morada. Cuando cerró, Broc apretó los puños, pues desde su escondite en unos matorrales cercanos, lo había escuchado todo.

∞∞∞

Angus y Thomas fueron llevados de muy malas maneras a la granja de los McDonald. Poco quedaba del antiguo esplendor de los señores de las islas, que se habían dispersado por las Tierras Altas en busca de lugares más humildes donde poder vivir en paz.

Los dos hermanos McDonald, ya viudos, vivían juntos en una granja que había conocido tiempos mejores. Era un edificio modesto, de piedra, reparado una y mil veces por los pocos hombres que permanecían alrededor de aquel *laird*, que hablaba de la grandeza del pasado de los suyos y se comportaba como un jefe de clan en toda regla.

Thomas y Angus fueron abandonados en un frío granero, atados de pies y manos, a la espera del momento en que aquel hombre impartiera su propia justicia con ellos, según había dicho él mismo mientras eran transportados a las afueras de la ciudad.

Llevaban varias horas de cautiverio cuando la puerta del granero se abrió. Dos jóvenes fornidos los agarraron de un brazo y los arrastraron hacia la casa.

Una vez dentro, los soltaron en el suelo y el *laird* habló:

—Creo que no os tengo que explicar por qué estáis aquí, ¿cierto? —indagó desde su sillón forrado con pieles de diferentes animales y luego añadió—: Quitadles las ataduras.

Los jóvenes hicieron lo propio y el *laird* pidió que los prisioneros se arrodillaran frente a él.

—Thomas Grant, un Grant de Glennmoriston. ¿Cómo no se me había ocurrido? Y tú, McEilean, pensé que eras un hombre de honor. Incluso hemos hecho negocios juntos en el pasado. Ahora comprendo por qué eras incapaz de sostenerme la mirada, también por qué nunca aceptaste ninguna invitación mía para salir a cazar. Siempre con pretextos… Ahora entiendo que era vergüenza por lo que habíais hecho tú y tu despreciable amigo.

—Callum, no es lo que piensas. Quizá si te contamos la verdad, lo ocurrido aquel día, comprendas que…

—Lo sé todo, McEilean. Quizá deberías tener cuidado con el personal que empleas en tu casa. Pues fue uno de tus criados quien me puso al corriente.

—Akay —masculló Angus con ira.

—Oh, no. No fue el viejo Akay. Fue un joven poco agraciado, con dientes de roedor.

Angus recordó que aquel individuo, al que había empleado hacía poco y que había tomado el lugar de Akay cuando este se fue, andaba cerca cuando él le contó a Broc lo ocurrido. Ni siquiera sabía su nombre, lo llamaba criado, muchacho… Se maldijo a sí mismo por haber sido tan estúpido. Thomas, a su vez, cerró los ojos. Ya sabía de qué le sonaba aquel hombrecillo, pues le había dado algún chivatazo suculento en el pasado para su periódico.

—Ahora sé que el tal Akay fue quien se deshizo del cadáver de mi hermano, así que ahora mismo lo están buscando para que nos diga dónde lo enterró y poder darles un lugar digno en el cementerio a sus restos.

Thomas era incapaz de decir una palabra. Tenía un cuchillo apoyado en el costado, incluso ponía especial cuidado al respirar. Cualquier descuido y acabaría atravesado por el arma de Malcolm McDonald, el otro hermano del marido de su querida y difunta Isla.

—Y tú, Grant, ¿cómo te atreviste a poner tus sucias manos sobre la mujer de un McDonald? Creí que las antiguas rencillas habían quedado atrás. ¿O es que acaso necesitabas arrebatarle la mujer a uno de los míos para sentirte por encima de nuestro clan?

Thomas negó con la cabeza.

—Jamás he sido partícipe de la antigua rivalidad entre clanes.

—¿Incluso cuando tu abuelo fue uno de Los Siete de Glennmoriston? Creo, muchacho, que no puedes negar que has estado en medio de las disputas, pues eres la semilla de un auténtico rebelde.

—Yo solo soy un periodista, un impresor, como lo fue mi padre. No entro en conflictos que no me incumben.

—Qué sabrás tú de eso que llamas conflictos. Cuando hizo falta, muchos de nosotros, aun siendo rivales, fuimos a una…

Angus rodó los ojos. El *laird* que tenía frente a él había nacido bastante después de la batalla de Culloden, así que poco sabía del antiguo esplendor de los clanes y sus rivalidades. Todo se lo habían contado, como a él, como a Thomas, como a todos los que nacieron después.

—Señor, suelte a mi amigo. Él no hizo nada; fui yo quien di muerte a su hermano porque él mató a la mujer que amaba.

—Pusiste tus ojos en la mujer de otro, ¿qué esperabas? ¿Te gustaría que otro hombre yaciera con tu esposa?

Thomas tragó saliva. Recordó aquella imagen que le desgarró el alma. En aquel momento hubiera sido capaz de matarlos a los dos con sus propias manos. Quizá Dios lo había castigado por enamorarse de la mujer de otro. Sin embargo, todo era tan diferente… Su esposa no había sido maltratada por él jamás. Sí abandonada, dejada de lado, ignorada quizá, pero jamás le había puesto una mano encima si no era para acariciarla.

—Lo sé y lo lamento. Uno no puede evitar lo que siente, mucho menos a esas edades; era muy joven y yo la amaba —reconoció Thomas con los ojos anegados de lágrimas.

Angus lo miró de soslayo; sabía lo que venía a continuación. Thomas se sinceraría, lo contaría todo. Lo peor era que conseguiría que lo mataran.

Capítulo 41

Broc hizo crujir los nudillos de ambas manos. La ira lo dominaba, así que debía calmarse. En caliente no podía actuar si quería que todo saliera bien. Estaba en juego la vida de Leontine, su Leontine.

Ella había llegado a su vida para prender una chispa en su corazón y llenar de candor su alma, aquella alma que había perecido entre los muros de piedra de prisión.

La ira había sido su única compañera durante años, hasta que aquella mujer algo estrafalaria se convirtió en lo más parecido a su madre. La amó con devoción, pero de nuevo la maldad de un hombre se la arrebató. No podía permitirse que nadie le arrebatara a Leontine, a ella no, no lo soportaría.

Se preguntaba cómo pudo llegar a enamorarse de ella. Hizo lo posible por evitarlo, aunque había algo en su persona que lo llamaba a gritos. La recordó escribiendo sus cartas, llevando las cuentas de Beinn Criosd Manor cuando pensaba que su nombre era Mary e ignoraba que el que había creído su peor enemigo durante décadas era su padre.

Suspiró; el frío le calaba los huesos, pero la aversión hacia Firth Campbell lo llenaba de calor.

Rodeó la casa con sigilo, buscando un lugar por el que incursionar en esta sin ser visto. De súbito, se detuvo. Firth había insinuado que

Leontine estaba con él por propia voluntad, ¿sería eso cierto? Si en verdad lo era, por mucho que le enfureciera, debía aceptarlo. Necesitaba que fuera feliz, aunque supusiera su desgracia.

Luego recordó las palabras de Akay. No, era muy poco probable que ella hubiera sucumbido a los encantos de ese gusano de Campbell. Es más, era una idea descabellada. Se llevó las manos al rostro y luego apretó los labios entre sí. Debía entrar en aquel caserón y encontrar a Leontine. No creía que estuviera en una habitación. Sabía cómo se las gastaba, ya se hubiera escapado en caso de haber podido hacerlo.

Habían registrado la casa al completo, incluido el sótano. Este le pareció demasiado pequeño para el gran tamaño del caserón. ¿Y si había alguna habitación adicional que no habían visto?

Las ideas bullían en su cabeza y, mirara donde mirara, la casa le parecía del todo impenetrable.

—¿Dónde estás, Leontine? —musitó.

Se aproximó a un ventanal que pertenecía al salón. Allí vio a Akay frente a la chimenea, con la manta mugrosa sobre sus hombros, comiéndose un mendrugo como si la vida le fuera en ello, ante la mirada asqueada de Firth, que se apoyaba en la repisa de la chimenea. No podía escuchar lo que ambos hablaban, pero Campbell gesticulaba y fruncía el entrecejo una y otra vez, como molesto.

De pronto, Akay se arrodilló en el suelo con las manos unidas, a modo de plegaria. Firth Campbell negó con la cabeza.

Broc apretó las mandíbulas. Aquel desgraciado tenía bajo sus zarpas a Leontine, quizá lo mejor sería entrar por las malas y enfrentarse a él, en lugar de querer hacerlo en silencio.

«Necesitas que ese gusano te lleve hacia ella; de lo contrario, callará y se llevará el secreto a la tumba con tal de que tú no la

tengas si él no lo hace», pensó.

Apretó los puños, que pedían impactar una y otra vez en el rostro de aquel desgraciado. De hecho, esa imagen no dejaba de aparecer en su mente una y otra vez.

Se agachó de nuevo y se arrastró hacia la parte trasera de la casa. Ahí halló una vieja puerta de madera; pensó que podía ser la de las cocinas. Sonrió.

Con sigilo, se aproximó a ella y probó abrirla, pensando en todo momento que la hallaría cerrada; pero no fue así. Alguien la habría dejado sin atrancar, posiblemente el servicio, que parecía estar ausente, pues no se veía movimiento alguno en la casa. Nadie abría ventanas ni tendía ropa; tampoco salía ningún sirviente a comprar. Recordó que Firth le había dicho a Akay que tenía que venir su criado a traer víveres, así que estaba claro que allí no había nadie más, a excepción de Akay y Leontine, claro.

Sin pensárselo mucho, se internó en las cocinas. Olía a humedad y a algo que no supo identificar. Escuchó unos golpes que parecían emerger de un lugar lejano. Supuso que sería Firth o Akay, pero aquellos golpes no parecían venir del salón, que estaba en la parte lateral de la casa.

Ya iba a abandonar la cocina, cuando volvió a escuchar aquellos golpes. Desanduvo sus pasos y se encontró delante de otra puerta de madera, estaba abierta. Al traspasarla, vio que solo se trataba de la despensa. De ahí venía el olor extraño, quizá de algunos alimentos que ya no estaban en buenas condiciones. Escuchó los golpes con más fuerza. Provenían de un mueble de estantes que contenía especias y algunos sacos pequeños de legumbres o harinas.

—Tiene que ser ella —siseó.

En su interior, una voz se hizo presente. Era la de su antiguo señor, el abuelo de Leontine.

«Retira ese mueble, hijo mío», le pareció escuchar y así lo hizo, con cuidado de no hacer mucho ruido al arrastrar aquella mole.

Sintió que estaba cada vez más cerca cuando vio una puerta ante él, atrancada, expectante. Entonces fue consciente de a dónde llevaba. Le parecía cuando menos extraño que no hubiera mazmorras en aquella siniestra casa, debía de tener más de un siglo de antigüedad. Y teniendo en cuenta que pertenecía a un clan grande, como era el clan Campbell, tenían que estar ahí, ocultas, difíciles de encontrar para los enemigos.

Desatrancó la puerta y la abrió, un chirrido delator hizo que su corazón se acelerara. Permaneció expectante por si Firth lo había escuchado, pero nada ocurrió. Las voces apagadas le indicaban a Broc que su enemigo seguía entregado a una desagradable discusión con Akay. Quizá le sirviera de algo que aquel maleante estuviera en la casa.

Totalmente a oscuras, descendió los peldaños. Una luz tenue le indicaba que poco más abajo encontraría alguna antorcha prendida, y así fue, justo cuando llegó a una especie de sala en la que únicamente se podía ver una gran montaña de fardos de paja.

—¿Para qué querrá este individuo todo esto?

No había animales y, en caso de haberlos antaño, aquella paja estaba demasiado nueva. Incluso en el suelo se podía atisbar un buen rastro. No había duda, la habían traído poco antes para tapar algo que Firth no quería que nadie viera: su secreto. Comenzó a retirarla con energía y la ansiedad se apoderó de él cuando lo descubrió.

Era una puerta de hierro, con un pequeño ventanuco con barrotes, tan parecida a la de su antigua celda…

Por suerte, esta, como la de arriba, estaba solo atrancada. Quitó la tranca con decisión y la arrojó al gran montón de paja esparcida por el suelo. Abrió la puerta y la vio: agazapada en un rincón.

—No temas, soy yo —dijo Broc, totalmente emocionado al ver que Leontine estaba bien.

Ella acortó distancias y se abalanzó sobre él, mientras lo abrazaba con fuerza y dejaba brotar las lágrimas.

—Amor mío, sabía que vendrías, que no me dejarías sola.

—Nunca lo haría. Ahora debemos darnos prisa. Tenemos que salir de aquí y avisar a la guardia; estamos rodeados de maleantes.

—¿Qué quieres decir? —indagó Leontine.

—Tengo mucho que contarte, pero ahora no es el momento. Salgamos de aquí.

—No tan rápido, tortolitos —dijo una voz profunda, llena de odio. Era Firth Campbell, quien los observaba enfurecido mientras les apuntaba con una pistola.

Disparó.

Capítulo 42

La bala se incrustó en el hombro de Broc y, del impacto, cayó al suelo arrastrando en su caída a Leontine. Ella, por instinto, cubrió la herida de su amante con la mano para que la sangre dejara de brotar. Enseguida su mano no fue suficiente.

—¿Por qué nos haces esto? —indagó Leontine con la voz desgarrada.

Ya no le importaba mostrar debilidad ante su enemigo. El dolor al ver a Broc herido había derribado los muros construidos a su alrededor para no aparecer como una damisela en apuros frente a su captor.

Estaba segura de que él necesitaba su miedo para crecerse y no había querido darle esa ventaja. Ahora todo había cambiado.

—Porque puedo, querida. Ahora te voy a dar intimidad con tu conde de pacotilla. Dejaré que te despidas de él mientras se desangra. Así podrás empezar una nueva vida conmigo sin cargas, sin amores en el aire.

—¡¡Eres un monstruo, Firth, y te maldigo, te maldigo con una vida de oscuridad, una vida sin amor hasta el final de tus días…!!

Firth se carcajeó.

—No creo en esas cosas. En cualquier caso, has de tener cuidado, preciosa, porque si me maldices a mí, lo haces también contigo misma, ya que permanecerás a mi lado durante toda tu vida y me aseguraré de que también lo hagas cuando ambos estemos muertos. Serás mía por la eternidad.

Leontine apretó los labios y le dio varias palmaditas en el rostro a Broc, que cerraba los ojos y parecía marcharse lejos, muy lejos de aquel lugar.

—No te vayas, mi amor, quédate conmigo. Por favor, Broc, te necesito aquí, ahora, por siempre —musitó entre gimoteos, mientras se balanceaba con la cabeza de Broc en el regazo.

—Qué bella estampa. Disfrútala, querida, a tu conde le quedan minutos. Así que, como hombre respetuoso que soy, os dejaré a solas.

Firth se dio media vuelta y salió del calabozo. Varios segundos después, atrancó la puerta. Suspiró y se llevó ambas manos al rostro. Así fue como su padre atajó el problema que se interponía entre su madre y él. Un enamorado que no le convenía, según siempre le contó. Aquella historia la había escuchado desde niño. Recordaba a su madre a duras penas y no como una mujer feliz. Quizá aquello debería hacerlo recapacitar, pensar en que estaba haciendo las cosas muy mal, pero no se lo podía permitir, aquella mujer había rechazado el compromiso con él y eso lo había encendido sobremanera. Se preguntó si en realidad la amaba o solo quería vengarse de ella. Ni él lo sabía, solo sentía un deseo enorme por tenerla para sí mismo. ¿Sería eso amor? No lo podía saber. Ahora ya estaba metido en aquel descabellado plan hasta las cejas. No había vuelta atrás. Además, quien no arriesgaba, no conseguía jamás sus objetivos.

—Señor Campbell… —dijo de pronto una voz un poco entrecortada.

—¿Qué demonios haces aquí, Akay? ¿Qué tengo que hacer para que te vayas de una vez de mi casa?

—Estoy viejo, no aguantaré una noche más ahí fuera. Por caridad, déjeme quedarme. Puedo dormir en el calabozo, encima de toda esa paja, si así se queda más tranquilo.

Firth torció el gesto y le dedicó al criado una sonrisa torcida.

—¿Acaso has escuchado lo ocurrido ahí dentro hace un momento? —indagó el banquero.

—Oh, yo acabo de llegar, no sé nada. Además, si lo supiera, le juro que no lo contaría. Jamás lo traicionaría, aunque ello supusiera mi muerte —mintió y Firth, evidentemente, no lo creyó.

—Quizá me convenga que estés por aquí. ¿Qué te parece si hacemos un trato?

—Dígame, haré lo que sea…

—Irás a la ciudad. Te daré una lista de todo lo que has de comprar. Lo harás rápido, antes de que anochezca. Vamos arriba —anunció Firth Campbell mientras le franqueaba el paso a Akay para que comenzara a subir los peldaños.

Minutos después, ambos estaban en el salón y Firth, que había puesto sobre la mesa el recado de escribir, le entregaba una nota de su puño y letra. Akay no sabía leer, así que poco podía hacer.

—Son solo unas viandas que debes comprar. Esta noche tendremos una celebración; así que ve a mi casa de la ciudad y habla con Gregory, mi mayordomo. Entrégale esta nota: él sabrá qué hacer con ella.

—Señor, no puedo exponerme a que me vean Angus McEilean y Broc Wallace —aseguró en un tono cargado de intención, pues sabía

que Broc estaba junto a Leontine en aquella celda, pero le convenía hacerse el tonto.

—No serán un problema. Te prestaré algo de ropa decente y así no te reconocerán. Creerán que eres un cochero…

—De acuerdo, dormiré un poco y luego saldré —dijo Akay entre bostezos.

—¿Quieres dormir en esta casa? —preguntó Firth y Akay asintió con rapidez.

»Pues sal ahora mismo, demonios.

∞∞∞

Angus y Thomas volvían a estar en el granero. En esta ocasión les habían permitido sentarse en unas sillas, pero seguían atados de pies y manos. Thomas se había sincerado con el *laird* McDonald y este había decidido, con la oposición de su hermano, que pensarían durante unas horas qué iban a hacer con ellos, si matarlos o dejarlos en libertad.

Angus estaba seguro de que no saldrían vivos. El *laird* parecía más abierto a escuchar, a valorar si era justo o no que ambos murieran. Sin embargo, Malcolm, su hermano, tenía muy claro lo que quería, atravesar a Thomas con su espada y hacer lo mismo con él por cómplice.

El tiempo pasaba con lentitud, además, Leontine estaba en paradero desconocido. Necesitaba encontrarla. ¿Qué pensaría ella si nadie acudía en su ayuda? Quizá que su padre la había abandonado. Pero estaba Broc… ¿Sería capaz de dar con ella?

Sentía que le quedaba poco tiempo, que él solo se había metido en la boca del lobo, que podía ser que Broc tuviera razón y Firth Campbell escondiera algo. Si se hubiera quedado a su lado, no estaría viviendo sus últimos y angustiosos momentos de vida.

—Angus… Te he fallado, perdóname —sollozó Thomas de pronto.

—No, amigo. Tú no tienes la culpa de que el mundo esté podrido y existan las malas personas.

—Yo te metí en este lío.

—¿Y en cuantos te he metido yo a ti? Eres mi amigo, como mi hermano, ya lo sabes.

—Gracias por estar siempre a mi lado, por ser la mano que me sostuvo en cada ocasión que flaqueé y quise irme con mi amada Isla al mundo de los muertos.

—Qué trágico eres, Thomas. Tú hubieras hecho lo mismo, ¿verdad?

—Nunca me vi en esa situación. Siempre admiré tu fortaleza.

—No fui tan fuerte. Incluso envié a un inocente a la cárcel porque le tenía celos. No soportaba la relación tan estrecha que tenía con mi padre. Fue tanto el odio que llegué a albergar por Broc Wallace que, en cuanto me dijeron que mi padre había muerto envenenado, no dudé en señalarlo a él.

—El veneno estaba en su cuarto, cualquiera hubiera pensado lo mismo.

—Solo era un niño y en verdad adoraba a mi padre. Me cegó la dichosa envidia. Por eso me he hecho un propósito, aunque puede que ya sea tarde…

—¿Qué propósito es ese? —preguntó Thomas, por hablar de algo y olvidar por un rato que iban a darle una muerte dolorosa de un momento a otro.

Angus cogió aire y lo soltó con fuerza.

—Hace tiempo que desterré la envidia de mi vida. Pero confieso que siempre he sido un ser codicioso. Eso es lo que haría si tuviera tiempo por delante para invertirlo en ello: alejarme de la codicia, permitir que mi hija elija su camino sin imposiciones, como siempre debió ser.

Thomas esbozó una leve sonrisa.

—Pues yo, amigo, creo que dejaría el periódico en manos de mi hijo y viajaría. Llevo toda la vida trabajando como un burro para olvidar, ahora ya no lo necesito. La vida me ha devuelto mis errores, me ha hecho ver que las personas importan y que nunca se pueden abandonar.

»Hablaría con mi esposa, le daría las gracias por los años que me dio y por el maravilloso hijo que tenemos. Le desearía una vida llena de felicidad y partiría.

—¿Crees que habría un hueco para mí en esa aventura?

—¿Vendrías conmigo?

—Sabes que sí —sentenció Angus encogiéndose de hombros.

Thomas comenzó a hablar de los destinos a los que le gustaría viajar. De cada uno de ellos explicaba maravillas y Angus lo escuchaba con un nudo en la garganta, porque quizá aquellos momentos nunca volverían. Ya no escucharía a su amigo parlotear de planes sin sentido, no si los hermanos McDonald decidían que no debían seguir en el mundo de los vivos.

Capítulo 43

Broc abrió los ojos y contempló los de su amada, de mirada acuosa y triste.

—Estás despierto, mi amor; pensé que te había perdido —gimoteó Leontine mientras le daba un beso en los labios.

—Fui al infierno, les dije que era Lucifer y me echaron a patadas —bromeó el *highlander*.

Leontine aguantó un amago de risa. Que Broc hubiera bromeado en medio de aquella situación tan complicada era, cuando menos, contradictorio. Ella solo quería llorar, llorar y regodearse en el dolor que le producía ver como poco a poco se escapaba la vida del hombre que había roto todos sus esquemas sin pretenderlo.

—No sé cómo vamos a salir de aquí —reconoció.

Fue incapaz de hacerse la valiente y se sentía culpable por ello, pues ella no estaba herida del mismo modo en que lo estaba él. Sí que tenía el corte en el brazo, un buen golpe en el ojo y el rostro algo amoratado por el guantazo que Firth le había propinado, pero nada comparable a aquella herida de bala que cada vez tenía peor pinta.

—Lo haremos, mi amor.

—¿Cómo lo sabes? No hay salida.

—Firth volverá y, cuando lo haga, tendremos que aprovechar la ocasión.

—¿Cómo?

—Mira en la cinturilla de mi pantalón —ordenó él.

Leontine obedeció de inmediato. Halló una pistola y dirigió la mirada a Broc sorprendida. Este, al imaginar las preguntas que se hacía, dijo:

—No me dio tiempo a disparar; me quedé sin fuerzas y no pude pensar con claridad, hasta que todo se volvió oscuro.

—¿Quieres que dispare cuando Firth vuelva?

—¿Podrás hacerlo?

—¿Nunca te dije que soy una magnífica cazadora?

—Esto es serio, Leontine. No es un cervatillo, es un hombre, así que es mejor que no lo mates. Tendrás que herirlo en una parte del cuerpo que nos permita a ambos huir, y a él salvarse.

—Si lo dejo vivir nunca podremos ser felices —admitió Leontine.

—Tampoco lo serás con la carga de una muerte sobre tu conciencia.

Leontine recordó de pronto que Broc era sospechoso de haber envenenado a su abuelo, quizá era por ello por lo que lo decía.

—Broc, he de preguntarte una cosa y necesito que me respondas con sinceridad.

El conde suspiró, sabía que al final ella preguntaría y, de algún modo, la había llevado a ese momento inconscientemente.

—Yo no maté a tu abuelo, si es lo que quieres saber. Tampoco tu padre lo hizo. Fue Akay.

—¿Akay? ¿Nuestro criado?

—El mismo…

—Dios mío, tantos años conviviendo con el asesino de mi abuelo.

—Por suerte, ya se sabe la verdad y, si todo va bien, acabará en la cárcel. No se lo deseo a nadie y menos a un criado acostumbrado a la buena vida y a no trabajar demasiado, pero ha de pagar. Por cierto, antes de que te sigas haciendo preguntas, la condesa de Gruinard era mi madre adoptiva, no mi amante, como dijo ese desgraciado. Fue un ángel para mí: me sacó de la cárcel, me proporcionó educación, modales y mucho amor. Su administrador conocía el motivo de mi condena; por ello trató de repetir la proeza de Akay. Por suerte, no le salió bien y el culpable lleva años entre rejas.

—Me alegro.

Leontine apretó los labios. Era consciente de que Broc se estaba confesando con ella. ¿Quizá intuía que la muerte se acercaba? Parecía tener mejor aspecto y más fuerza, pero ¿cuántas veces le habían hablado de la mejoría de la muerte? ¿Y si aquellos eran sus últimos momentos juntos y Broc quería que cogiera el arma para salvarse al menos ella?

Se estremeció con todos aquellos pensamientos bullendo en su mente.

—Leontine, quiero que sepas…

—Shhh —cortó y posó su dedo índice en los labios secos y agrietados de su amante—. No voy a permitir que te despidas de mí,

¿me has oído? Quiero que me hables de nuestro plan para inmovilizar a Firth Campbell y escapar, sí, solo de eso quiero hablar.

—Pero quiero decirte que te amo, necesito hacerlo, necesito que sepas que mi vida se volvió luz gracias a ti y que siento que estuve viviendo entre odio y tinieblas por un desgraciado cúmulo de acontecimientos.

—Y yo necesito que me prometas que vas a quedarte conmigo.

—No puedo hacerlo, Leontine. No voy a engañarte; sé que me estoy muriendo. Pero quiero que sepas que siempre estaré a tu lado y te protegeré, vaya a donde vaya, incluso si en el infierno deciden aceptarme al fin. —Broc tosió abruptamente.

—Deja de decir incoherencias. No te lo permitiré, ¿me oyes? No te vas a ir; ese es el camino fácil. Tú eres un luchador y no te mataron los años de cárcel ni el dolor de que te acusaran de un crimen que no habías cometido. ¿Por qué debería hacerlo ahora una bala?

A Leontine le pasó una idea descabellada por la cabeza.

—Aparte de la pistola, ¿tienes algo más?

—Sí, un cuchillo en el interior de la bota. ¿Va usted a sacarme la bala, señorita?

—Lo intentaré al menos.

—¿Estás segura? Si no se hace bien puedo acabar peor de lo que estoy —dijo Broc como un niño asustado.

Leontine entrecerró los ojos y localizó el cuenco con agua. Dejó la cabeza de Broc con cuidado en el suelo y se acercó a cogerlo.

—Bebe un poco de agua.

Broc hizo lo propio, y Leontine dejó el cuenco de nuevo donde estaba.

—¿Tú no bebes?

—No, mi amor, lo he hecho antes —mintió.

Broc sonrió y dijo:

—Ven aquí a mi lado de nuevo, tengo sueño, mucho sueño. Quiero ver esos ojos cautivadores antes de dejarme vencer por quien quiera que venga a buscarme.

—No digas tonterías… —gruñó Leontine.

—Hay un cuervo en la ventana; eso significa que hoy alguien morirá…

Leontine se dio cuenta de que aquellas palabras eran fruto de la sustancia que Firth ponía en el agua para atontarla. Ni tan siquiera había ventana alguna en aquel agujero inmundo, mucho menos ningún cuervo.

Preocupada, acarició su cabello hasta que lo vio cerrar los ojos y sumirse en un sueño placentero.

Buscó el cuchillo en la bota del conde y, cuando lo localizó, se estremeció. No era el típico cuchillo escondido, sino uno bastante más grande.

Se armó de valor antes de intentar sacar una bala sin la más mínima idea de cómo hacerlo.

Capítulo 44

Akay llegó a la casa de Firth Campbell en la ciudad, mucho más sofisticada que aquel caserón de piedra donde se escondía del mundo. Se apeó del carruaje y subió los peldaños de la escalinata. Llamó con la aldaba y, segundos después, una muchacha muy joven abrió la puerta y lo escrutó con la mirada.

—¿Qué desea, señor? —indagó con los ojos entrecerrados.

Akay comprendió el porqué del recelo de la sirvienta; su librea lucía el mismo escudo que se hallaba en el carruaje y en el arco de entrada a la casa y a él no lo conocía de nada.

—Me envía el señor Campbell, he de entregarle una nota al mayordomo —soltó Akay mientras se quitaba el sombrero y lo aferraba a su pecho.

—Démela, puedo entregársela yo misma —respondió la muchacha, solícita.

—No, el señor me dio claras instrucciones, solo puedo entregarle la misiva al mayordomo, a nadie más. Así que, por favor, dígale que me reciba.

—De acuerdo, entre y espere en el vestíbulo —dijo la sirvienta franqueándole el paso.

Akay se internó en la casa mientras miraba a todas partes, sorprendido por la grandiosidad de aquel lugar. Jamás había vivido en una casa tan hermosa. Apretó el sombrero con más fuerza mientras se imaginaba viviendo en un lugar tan hermoso y confortable.

—Buenas tardes. ¿Qué es tan importante como para que no pueda entregárselo a la muchacha? Tengo mucho trabajo y no puedo andar con intrigas —intervino un hombre algo más joven que él, de aspecto pulcro y nariz aguileña.

—Verá, señor, me envía Firth Campbell y me ha dicho que le entregue esta misiva. Es de vital importancia que la lea y siga las instrucciones al pie de la letra; su señor ha insistido mucho en ello —dijo Akay de corrido en un tono que podría interpretarse como de superioridad frente al mayordomo.

Este, que se dio cuenta de las ínfulas que se gastaba aquel cochero que no había visto en su vida, no dijo nada, tomó la misiva entre sus manos y comenzó a leerla mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa ladina.

Cuando terminó de leerla, miró a Akay, que lo observaba con cara de circunstancias.

—¿Qué? ¿Qué dice la carta? —indagó rascándose la cabeza.

—Oh, todo está bien, todo está muy bien. Ahora, señor, venga conmigo, le darán algo de comer mientras espera la respuesta.

—¿La respuesta?

—Sí, mi señor pide que espere usted aquí mientras yo me ocupo de todo.

—De lo que él ha pedido, ¿cierto?

—Sí, de eso mismo —concluyó mientras agitaba una campanita y la misma sirvienta que había abierto la puerta acudía.

—Llévate al cochero a la cocina y asegúrate que sacia su hambre a conciencia —ordenó el mayordomo enfatizando la última palabra más de lo necesario, antes de pedirle a Akay que lo acompañara.

Sin comprender la actitud de aquel mayordomo, pero complacido por el trato que iba a recibir, fue tras la sirvienta sin dudarlo. Una vez en la cocina, la muchacha dio instrucciones a la cocinera hablándole bajito al oído. Akay se encogió de hombros y pensó que, en aquella casa, todos eran de lo más misteriosos.

Poco después, la cocinera, observándolo con una sonrisa tensa, puso un cuenco con un guiso que olía deliciosamente frente a él. Akay se relamió y, sin esperar a que se enfriara ni tan siquiera, dio buena cuenta de aquel manjar mientras perdía la noción del tiempo.

Cuando terminó, un sueño irresistible se apoderó de él y, en la silla, de brazos cruzados, con ambas piernas también cruzadas y estiradas, se dejó vencer por él.

Un fuerte impacto contra su vientre lo hizo abrir los ojos, asustado y con el corazón galopante. Cayó de la silla doblado sobre sí mismo mientras se llevaba ambas manos a su abdomen y gemía de dolor.

—Eso es lo menos que te mereces por haberte deshecho del cuerpo de mi hermano —bramó Malcolm McDonald, que lo miraba con los ojos llenos de ira.

—¿Qué quieres de mí? —indagó Akay con voz gutural.

—La providencia está de mi lado por una vez —masculló Malcolm con la ira ardiente en sus ojos.

—Déjeme marchar, yo no he hecho nada —gimoteó el anciano mientras trataba de levantarse, pero Malcolm le dio un puntapié con fuerza en el pecho y Akay volvió a caer al suelo.

—Por piedad —imploró.

—La misma piedad que tuviste tú con mi hermano David, ¿cierto?

Akay tragó saliva.

—Yo no hice nada, solo era un sirviente; cumplía órdenes.

—¿De veras? Pues ahora vas a seguir cumpliendo órdenes. Vendrás conmigo y me llevarás hasta donde enterraste los restos de mi hermano.

—Si lo hago, ¿me soltará?

—No lo dudes, viejo. Lo haré —aseguró Malcolm con los brazos en jarras.

Akay se levantó a duras penas y se tambaleó mientras seguía a aquel gigante, que lo duplicaba en tamaño por todos sus costados. Una vez fuera de la casa, fue maniatado e introducido en el carruaje que lo había traído hasta allí. Al quedarse a solas en el habitáculo del vehículo, no pudo evitar maldecirse a sí mismo por haber sido tan estúpido. Firth Campbell lo había entregado a la guardia aprovechándose de que no sabía leer. Posiblemente, había escrito a su mayordomo con instrucciones para hacerlo aprehender. Con tan mala suerte de que Malcolm McDonald formaba parte de esta. En cualquiera de los escenarios estaba perdido. Si lo llevaban ante un magistrado, acabaría juzgado por la muerte de Gordon McEilean. Pero si Malcolm decidía tomarse la justicia por su mano, le iría quizá mucho peor. La justicia de los hombres, en ocasiones, era la más fiera, pues era conducida por la venganza.

Se mordió el labio inferior e hizo algo que, mucho tiempo atrás, su madre, católica devota, le enseñó: rezó un padrenuestro y lo repitió una y otra vez mientras las lágrimas recorrían su rostro. Y pidió perdón por todos sus actos; se confesó a sí mismo en aquel lugar angosto, cuando ya no había otro remedio.

El camino se hizo largo, quizá demasiado y Akay dedujo que no iban a llevarlo ante ningún magistrado.

De súbito, el carruaje se detuvo y Malcolm abrió la portezuela. Le quitó las ataduras de los pies y lo hizo descender del carruaje con brutalidad.

—Vamos, gusano, entra en la casa.

Akay, temblando como una hoja, entró en aquel caserón que no era más que la morada de los McDonald. No podía persignarse, pero sí clamar al cielo por un rayo de luz que lo salvara del terrible final que le esperaba al cruzar el umbral.

Capítulo 45

Broc despegó sus párpados con dificultad y sonrió al ver el rostro de Leontine, quien pasaba su mano, algo fría, por una de sus mejillas con suavidad.

—Dime que estoy muerto y que tú eres mi eternidad. Dímelo y te juro que pensaré que ha merecido la pena morir solo por este momento —susurró Broc.

—Creo que es tu día de suerte, Lucifer. Has vuelto a la vida y tienes otra oportunidad, pero antes tenemos que salir ambos de este infierno, donde seguimos atrapados —intervino Leontine encogiéndose de hombros.

—¿Qué demonios me has dado? Me duele la cabeza y juraría que hace un momento estabas rodeada de nubes esponjosas.

—Lo desconozco. Es algo que Firth pone en el agua para adormecerme. Debía hacerlo para poder extraer la bala, no hubiera sido capaz de no ser así —alegó Leontine con un deje de tristeza en la voz.

Broc escrutó su herida. Estaba tapada con un improvisado vendaje, que dedujo que Leontine habría hecho con su camisa, pues tenía el torso desnudo, solo cubierto por los trozos de tela rasgada.

—La has podido sacar… Impresionante —dijo Broc orgulloso de la valentía de su amada.

—No ha sido fácil. Hubo un momento en el que pensé que no podría hacerlo y que te mataría al hurgar en la herida. Por suerte, pude extraerla. Sin embargo, debemos salir de aquí cuanto antes, ha de verte un médico con urgencia, la herida puede infectarse y…

—Calma, lo lograremos; saldremos de aquí —cortó él.

—Pero ¿cómo?

—Esperaremos a Firth como hablamos. En cuanto entre, yo mismo le dispararé; creo que puedo hacerlo sin problema. Tiene que confiarse, pensar que estoy mal y no soy un peligro para él.

—Creo que puedo conseguir que baje… —dijo Leontine con un brillo pícaro en la mirada.

—Pues adelante, confío en ti.

Leontine asintió con la cabeza, se levantó del suelo y se aproximó a los barrotes de la puerta de la celda, ya no cubiertos por los fardos de paja.

∞∞∞

Akay cayó de rodillas frente a Callum McDonald, quien, sentado en su maltrecho sillón de pieles, lo miraba como si fuera el ser más inferior sobre la tierra.

—Déjenme marchar; se equivocan de hombre. Yo no hice nada, no mataría ni a una mosca —gimoteó el criado.

—¿Estás seguro? —indagó una voz a sus espaldas, una voz demasiado familiar.

—Mi señor… —balbució.

Angus se situó frente a él y lo observó con un cúmulo de sentimientos encontrados: por un lado, los de tener ante sí al asesino de su padre; por otro, el saber que siempre estuvo junto a él y lo creyó un hombre de su entera confianza, su mano derecha.

—Diles a estos caballeros dónde enterraste el cuerpo de su hermano —ordenó Angus en un tono que no aceptaba réplica.

—No sé de qué habla, mi señor…

—Akay, no quiero discutir, así que, si sabes lo que te conviene, diles dónde están los restos de David para que puedan darles santa sepultura.

—Hace mucho tiempo y mi memoria falla —agregó Akay con voz lastimera.

—¡¡¡Obedece!!! De lo contrario, yo mismo te cortaré la cabeza —soltó Malcolm, quien observaba desde un rincón, con los puños apretados y la mandíbula tensa.

—No sé dónde está, lo juro…

—Akay, por favor, debes decirlo, me lo debes por todo el tiempo que has estado engañándome.

—Jamás lo engañaría, mi señor, soy un hombre leal.

—Pues entonces, habla de una vez.

—No puedo, su padre se molestará y yo pagaré las consecuencias.

—¿Mi padre? —inquirió Angus con los ojos entrecerrados.

—Sí, joven Angus. Ya sabe cómo se pone su padre cuando usted se porta mal o recoge flores del campo. Es importante hacer cosas de hombre y recoger flores es propio de las mujeres…

Angus negó. ¿Acaso su criado estaba perdiendo la cabeza? Si estaba fingiendo, era la mejor interpretación que había visto jamás.

—Ya está bien de contemplaciones —gruñó Malcolm y se abalanzó sobre el anciano sin piedad antes de decirle—: Mira, rata inmunda, vas a decirnos ahora mismo a mi hermano y a mí dónde enterraste a David, de lo contrario, te haré sufrir lo indecible antes de colgarte de un árbol bocabajo y dejarte morir mientras los cuervos te picotean los ojos.

Akay tragó saliva y miró a Angus en busca de un atisbo de compasión.

—¿Por qué me habla así este hombre, joven Angus? No lo conozco de nada y dice que quiere matarme —lloriqueó el criado.

—Basta ya… Vosotros dos, lleváoslo al granero y dejadlo bien atado. No me fio de él y he de pensar qué hacer —sentenció Callum.

—Pero, hermano, ¿acaso no te das cuenta de que está fingiendo?

—Necesito un poco de paz, así que prefiero que se lo lleven de aquí ahora mismo, o lo degollaré y nos quedaremos sin saber dónde enterró a David.

Malcolm se conformó con esas últimas palabras de su hermano, así que dos hombres se llevaron al anciano al granero, donde Thomas permanecía a la espera de la sentencia de los McDonald.

Angus estaba con ellos. Su cometido era convencer a su criado para que revelara el punto exacto de la tumba, así que pensó que volvería también a su encierro, sin embargo, no fue así.

—He de hablar contigo, McEilean —dijo Callum con decisión.

—¿Qué quieres? —preguntó Angus, quien sonó despectivo, aunque no fuera su intención.

Callum lo fulminó con la mirada y comenzó a hablar:

—Me he enterado de que tu hija se ha casado con el conde de Gruinard, ¿cierto?

—No, no llegó a casarse…

—Pero tienes una buena relación con ese individuo.

—Se podría decir que sí.

—He oído que tiene mucho dinero y ya has visto cómo vivo. La granja se cae a pedazos.

Angus entrecerró los ojos, no sabía a ciencia cierta a dónde quería llegar aquel *laird* trasnochado.

—Sí, la he visto, mas no sé qué tenga que ver con el dinero del conde.

Callum rodó los ojos.

—Quizá puedas convencerlo para que me haga un préstamo y, de ese modo, arreglar mi propiedad.

—Pero para eso quizá sea mejor el banco, McDonald.

—Ese mequetrefe de Campbell no quiere darme ni un penique; y quien dice Campbell dice el resto de los banqueros y usureros de la ciudad.

«¿Será porque no devuelves el dinero?», pensó Angus, aunque prefirió no verbalizarlo, pues sabía que aquello haría estallar su furia.

—¿Y qué recibo yo a cambio si hago lo que dices?

—La libertad para ti y tu amigo, al fin y al cabo, mi hermano se portó como un animal —dijo el *laird* encogiéndose de hombros.

—¿Te has vuelto loco? —vociferó Malcolm—. ¿Cómo vas a perdonar a los asesinos de nuestro hermano?

—Ya no hay remedio, Mal, además, necesitamos arreglar la granja o un día se nos caerá el tejado en la cabeza. No tenemos dinero y David no volverá. Si no pueden compensarnos con su muerte, que lo hagan con el suficiente dinero como para cubrir la obra.

—¿Y qué hay del honor? ¿De todo lo que siempre has soltado por esa bocaza?

—Ya va siendo hora de aceptar la realidad; ya no somos los señores de las islas, solo unos simples granjeros arruinados que nadie recuerda.

—No te entiendo, de verdad que no puedo hacerlo —sentenció Malcolm antes de salir de la casa y cerrar la puerta con fuerza.

Segundos después, se escucharon gritos en el exterior. Callum se levantó de su sillón y corrió a ver qué ocurría. Angus fue tras él. Malcom apretaba la cabeza de Akay contra el suelo fangoso, mientras le exigía que dijera dónde había enterrado el cuerpo de su hermano. El hombre, en los escasos momentos en los que Malcolm le permitía levantar la cabeza, balbucía, gimoteaba, lloraba una y otra vez mientras decía que no lo recordaba, que había pasado mucho tiempo y solo cumplía órdenes.

—¡¡¡Maldito desquiciado, lo vas a matar y jamás sabremos dónde enterró a David!!! —gritó Callum mientras se acercaba a su hermano

y lo amenazaba con una daga.

Malcolm soltó a Akay, quien se entregó a un llanto desgarrado entrecortado por la tos y el ahogo.

—Para ti es muy fácil, odiabas a David, pero yo lo amaba. Nacimos a la vez. Quiero tener un lugar donde llorarlo.

—Pues entonces, hermano, no mates a la única persona que puede decirnos dónde está.

Malcolm apretó las mandíbulas y soltó un gruñido furioso.

Callum dio órdenes para que llevaran de nuevo a Akay y a Angus al granero.

—Señor, mi señor —lloriqueó Akay—, Leontine está en peligro.

—Cállate, desgraciado y entra en el cobertizo —intervino uno de los secuaces de los hermanos McDonald.

—¿Sabes dónde está Leontine? —inquirió Angus con urgencia.

—El banquero se la llevó y al conde disparó —canturreó Akay con el tono extraño e incluso infantil que había utilizado dentro de la casa.

Angus se mordió el labio inferior. Firth Campbell lo había engañado, tenía a Leontine y Broc estaba en lo cierto, solo que ahora puede que estuviera muerto. ¿Qué sería de su pobre hija si él no podía acudir en su auxilio?

Lo metieron en el cobertizo de un empellón y lo ataron a la silla. Thomas aguardaba expectante. A Akay lo dejaron en el suelo, maniatado.

Cuando los dos secuaces de los McDonald abandonaron el granero, Angus miró a Thomas y anunció:

—Amigo, debemos salir de aquí cuanto antes y creo que sé de qué forma.

Capítulo 46

Firth se encontraba en su sillón favorito, delante de la chimenea. Se había dejado vencer por el cansancio y tenía la sensación de llevar una eternidad sin dejarse abrazar por Morfeo. Con aquellos dos a buen recaudo y Akay, con toda probabilidad entre rejas, podía darse el lujo de echar una cabezadita.

A aquel dulce sueño en el que Broc Wallace estaba muerto y Leontine se entregaba a la pasión con él, no le faltaba detalle. Quizá era el más realista que había experimentado en toda su vida; hasta que ella, que le hacía una felación en aquel instante, dejó lo que estaba haciendo y comenzó a llamarlo a gritos. Despertó abruptamente al ser consciente de que aquellos berridos no venían de la ensoñación y mucho menos Leontine había sucumbido a sus encantos.

—¿Qué demonios quiere ahora? —inquirió molesto e increíblemente frustrado, antes de levantarse del sillón.

Se dirigió a paso vivo a las cocinas y luego al sótano. Se mordió el labio inferior. Debería haber cubierto la entrada a la celda con la paja para amortiguar los desagradables chillidos.

—¡¡¡Firth, Firth, por favor, necesito tu ayuda!!! —gritaba Leontine sin parar.

El banquero negó con la cabeza y resopló antes de mirar por el ventanuco enrejado.

—¿Se ha muerto ya? —indagó con un deje de desprecio.

—Hace un buen rato. No puedo seguir aquí, enseguida vendrán los insectos y luego los gusanos y me dan verdadero pánico; no podré soportarlo —lloriqueó ella mientras se aferraba a los barrotes —. Sácame de aquí, por favor, Firth, haré lo que quieras. Enterraremos juntos al conde y luego… —calló de pronto Leontine, dejando un vacío intencionado en sus palabras, con el fin de crear expectación.

—¿Y luego qué, señorita McEilean?

—Lo he estado pensando y tienes razón, Firth. Ese hombre es el asesino de mi abuelo y el amante de una condesa a quien él mismo ha confesado que envenenó. Ha muerto suplicando perdón por sus pecados y no he podido dárselo; tanta mezquindad me exaspera. Así que he comprendido que solo tú has sido capaz de luchar por mí hasta el punto de poner la realidad ante mis ojos, para que yo me diera cuenta de quién vale la pena y quién no. Y tú vales la pena, Firth.

El banquero, en principio algo receloso por la posibilidad de que Leontine estuviera intentando tenderle una trampa, imaginó la boca de aquella mujer en su entrepierna, tal y como la había visto en sus sueños. El deseo era tan feroz, tan tentador, que le nubló el juicio hasta el punto de posar la mano sobre la tranca para quitarla.

—Abre la puerta, por favor, tenemos mucho de qué hablar antes de comenzar nuestra vida juntos.

Firth entrecerró los ojos y retrocedió, entrelazando ambas manos para no sucumbir a los reclamos de aquella encantadora de serpientes.

—¿Y a qué se debe ese cambio, Leontine?

—Ya te lo he dicho, ese individuo me ha mostrado su verdadero rostro y ahora estoy muy arrepentida por no haber aceptado tu propuesta de matrimonio. —Estalló de pronto en un llanto desgarrado—. Sácame de aquí, necesito tomar un baño, comer algo decente, beber agua que no me adormezca y calentarme con la chimenea junto a ti —sentenció dedicándole la mirada más cautivadora que jamás le había dedicado una mujer.

Su interior le decía: «No abras, Firth, puede ser una trampa», pero luego otra voz, la del deseo, la que quería materializar aquel sueño divino, le susurraba: «¿Qué va a hacerte?, es solo una mujer y ese gusano está muerto, así que quizá quiera salir por repugnancia ante la muerte; por miedo, asco. Las mujeres son así, criaturas delicadas de pocas agallas y muchos atributos físicos, atributos que estoy deseando tocar con mis propias manos. En caso de que sea una trampa, tengo las de ganar, está desarmada y puedo reducirla al instante», pensó, convencido.

—Por favor… —suplicó Leontine.

Firth quedó prendido de sus hermosos ojos, grandes, brillantes, suplicantes. ¿Había acaso un destello de deseo en ellos? Dirigió de pronto la mirada al cadáver de Broc Wallace, tenía el rostro demacrado y estaba desmadejado en el suelo de piedra.

Puso de nuevo una mano sobre la tranca y una idea cruzó su mente de modo fugaz; debía asegurarse, pedirle a Leontine una prueba de su sinceridad.

—Voy a abrir, Leontine, pero primero has de hacer algo para demostrarme tu lealtad.

—Haré lo que sea. Dímelo y lo haré —aseguró ella con las dos manos aferradas a los barrotes.

Firth sonrió.

—Bésame.

Un silencio sepulcral se instaló entre ambos. La mirada de Leontine se opacó y él soltó la tranca, aquella era una clara prueba de su engaño. No debía abrir la puerta.

—Acércate, Firth, no puedo besarte si estás tan lejos.

El banquero soltó todo el aire y se mordió el labio inferior, anhelante, antes de acercar el rostro al del objeto de su deseo.

Cuando sintió los labios secos y agrietados de Leontine sobre los suyos, miles de sensaciones lo embriagaron. No era el beso más agradable que había experimentado, pero sí el más deseado. Tenía razón su padre: la entrega de una mujer que ha experimentado el miedo es la más placentera.

Firth quería más, necesitaba más, así que, sin darle más vueltas, desatrancó la puerta y la abrió.

Se disponía a abalanzarse sobre la mujer que tanto deseaba, cuando un dolor ardiente en el muslo derecho lo sorprendió. Ni siquiera fue consciente del fuerte estruendo que causó el arma al ser disparada. Intentó averiguar la proveniencia de aquel tiro certero mientras sentía el dolor más lacerante que había experimentado jamás. Su sorpresa fue mayúscula al ver que Broc Wallace, sentado en el suelo, con el torso vendado y el rostro velado por la furia, estaba vivo y le había disparado.

Notó que sus piernas se aflojaban, sus latidos se debilitaban y sintió que desfallecería en cualquier momento. Aun así, enfadado consigo mismo por haber sido tan estúpido, reunió fuerzas de donde no le quedaban para sacar su daga de la funda, agarrar a Leontine por la cintura y hacerla girar en un movimiento rápido.

—Si no eres mía, Leontine McEilean, no serás de nadie —sentenció mientras apoyaba el cuchillo en el cuello de la muchacha y lo deslizaba por su piel delicada, con la finalidad de arrebatarle la vida.

Mirar la muerte al rostro… No todo el mundo puede jactarse de haberlo hecho, y pocos han sobrevivido a la mirada de la parca.

Leontine vio sus ojos negros sobre ella. Sintió que aguardaba para apoderarse de su alma, para llevarla a un lugar de no retorno, para presenciar aquella muerte tan injusta.

El filo de la daga penetró en su piel; la sangre caliente recorrió su escote. Y de súbito… la nada.

Capítulo 47

La oscuridad era placentera. Los sueños, los momentos vividos, el amor conocido. Esperaba de nuevo encontrarse con su madre; era la segunda vez que se hallaba en aquella situación. Quizá no sería igual que la otra vez, ahora todo parecía un sueño, un mal sueño.

De súbito, abrió los ojos y sintió como caía al suelo, pero no estaba sola, su captor también lo hacía con ella, pegado a su cuerpo.

Vio entrar a Thomas en la celda a la carrera y a su padre ayudarla a levantarse y luego abrazarla con fuerza mientras, por primera vez, lo veía llorar.

Despertó de aquel letargo extraño que la hacía visualizar la escena con un punto de despersonalización, como si hubiera salido de su cuerpo y lo observara todo desde lejos.

—Leontine, mi pequeña —balbució.

—Padre, padre querido.

En el suelo yacía el cadáver de Firth Campbell. Thomas y Angus habían llegado justo en el punto en el que el banquero pretendía acabar con la vida de Leontine, degollándola. Había conseguido herirla de modo superficial y ella, de la impresión, había perdido la consciencia por unos segundos. Fue Angus que, al ver la escena,

perdió la cordura, desenvainó el puñal y con los dientes apretados y el corazón casi roto, se lo clavó en la espalda.

Ayudado por Thomas, Broc pudo acortar distancias y abrazar a su amada, mientras Angus observaba el cuerpo del hombre que él había elegido por interés para su hija. Sintió entonces la presencia de su amada esposa, que depositaba una mano suave en su hombro y le hablaba bajito al oído:

—Has salvado a nuestra hija. No te sientas culpable, todos cometemos errores y estás a tiempo de enmendarlos. Tienes muchos años por delante; disfruta de nuestra hija y de los hijos que ella te dará. Broc es un buen hombre, el mejor que jamás hubiera podido elegir.

Angus, emocionado, volteó el rostro para ver a la mujer que tanto había amado, pero no estaba, solo su voz y la sensación de su tacto lo habían consolado. Sonrió y habló con el pensamiento:

«Te juro, mi querida esposa, que todo el mal que hice se convertirá en amor y que seré el mejor abuelo para tus nietos. Les hablaré de ti y de cómo una mujer consiguió llenar de vida un corazón herido de muerte».

Los cuatro salieron de la casa de Firth Campbell; no miraron atrás: nadie sabía lo que allí había ocurrido. Quizá alguien encontrara su cuerpo al echarlo en falta en el banco. Jamás podrían asociarlos con su muerte, y el banquero era un hombre odiado; tenía muchos enemigos. Así que lo mejor para ellos era marcharse y dejar que la vida siguiera su curso. Solo había un cabo suelto: Akay, pues era el único que sabía a dónde se dirigían Angus y Thomas. Sin embargo, era poco probable que saliera de la granja con vida si continuaba con su empecinamiento en no decir dónde se hallaban los restos de David McDonald.

Thomas y Angus habían conseguido salir de su encierro con la promesa de entregarles a los McDonald Gleann House. Los dos

hermanos no pusieron reparo a un regalo tan suculento. Podían vender la casa, arreglar su vieja granja y terminar sus días con comodidad si sabían administrarse correctamente. El problema era que no sabían hacerlo, así que poco recorrido tendría el dinero que obtuvieran por aquella propiedad, dotada de un valor sentimental especial para padre e hija.

Angus jamás había estado tan cerca de perder a su pequeña, y no por sus escapadas precisamente. Al ver cómo aquel desgraciado intentaba asesinarla, una fuerza desconocida se apoderó de él, que jamás había matado antes a ningún hombre.

A Akay no le había ido tan bien. Ellos aún no lo sabían, pero tras su marcha de la granja, el *laird* se levantó de su sillón de pieles y se encaminó con Malcolm al cobertizo. Pensó en hacer un último intento de interrogar al criado, estaba seguro de que, si utilizaba ciertos métodos, acabaría por revelar el paradero de los restos de su hermano. Sin embargo, al abrir la puerta, halló a Akay muerto. Todavía su cuerpo estaba caliente, por lo que hacía poco que habría abandonado el mundo de los vivos.

Malcom cayó de rodillas frente al cadáver del criado, de quien la parca se había adueñado en lugar de Leontine. Quizá pensó que aquel viejo ya no estaba para penar en una prisión, ni tampoco para las torturas de los McDonald, así que detuvo los latidos de su corazón y se lo llevó.

Callum agachó la cabeza, ahora jamás podrían darle a su hermano una sepultura digna. Lo sentía por Malcolm. Él estaba indignado, sí, pero no tanto como su pobre hermano, que sacudía el cuerpo de Akay con fuerza mientras su ira luchaba con su pena.

De súbito, Callum vio algo extraordinario, algo que a punto estuvo de arruinar con sus grandes pies. En el suelo, que era de tierra, alguien había dibujado un plano. Se llevó la mano a la cabeza antes de decir:

—Dios mío, Malcolm, mira esto…

Malcolm se levantó y acudió junto él, que lo frenó con un brazo y apuntó al suelo para que viera la ubicación exacta de la indigna tumba de su hermano.

Epílogo

Dos semanas después…

Por un viejo parque reconvertido en paraíso, paseaban Leontine y Broc cogidos del brazo. Él ya estaba muy recuperado de su herida de bala, aunque requirió la atención urgente de un doctor, pues una infección más que preocupante sobrevino al día siguiente de los fatales acontecimientos.

A Leontine, además de la del brazo, le quedaría una fina cicatriz en el cuello; la huella de que estuvo a punto de morir un día, pero también la de la valentía y la libertad. Por el momento, se notaba bastante y la cubría con una cinta de terciopelo en el que prendía el colgante de su madre, ese que se había quedado olvidado en Beinn Criosd Manor junto a su libro querido.

—Estás muy callada, preciosa —intervino Broc dedicándole una hermosa sonrisa.

—Sí, justo estaba pensando en que llevamos un buen rato sin decir nada. ¿Será que se han acabado las palabras entre nosotros? —bromeó.

—Puede ser, pues desde un principio todo ha sido tan…

—¿Tan qué?

—Intenso… Sí, quizá esa sería la palabra correcta para definir lo ocurrido desde que una tal Mary puso un pie en mi plácida y decadente casa.

—Recuerda que llegamos a la vez, quizá sea la casa la que tenga la habilidad de volver locos a sus dueños con sus malas artes —dijo Leontine entre risas.

—En cualquier caso, el hombre que llegó aquella noche de tormenta no es el mismo que pasea ahora de tu brazo. Ese era un tal Lucifer y estaba totalmente cegado por el resentimiento.

—Tu vida no había sido fácil, Broc. Creías que mi padre era el culpable de todas tus desgracias y necesitabas vengarte. Estoy muy segura de que yo hubiera hecho lo mismo.

—Por suerte, los acontecimientos se dieron de tal forma que pude ver el gran error que cometía al intentar destruir la vida de un inocente y la de su familia…

—¿Qué quieres decir? —indagó Leontine soltándose del brazo de su amado.

—Quizá ya lo intuyas, pero prefiero que lo oigas de mis labios, necesito decirte la verdad.

—¿La verdad?

—Quería casarme contigo para hacerte desgraciada. Tenía pensadas mil formas de hacerte daño, dejándote olvidada, despreciándote y repudiándote tras la noche de bodas.

Leontine miró a Broc con el rostro desencajado. Las lágrimas y la sensación de sufrir una puñalada en el estómago la acuciaban sin que pudiera evitarlo. Lo sabía; la venganza, aquella venganza escrita en su diario, era para ella.

—Ese diario…

—Aprendí a escribir en casa de la condesa de Gruinard. Como te dije, ella se convirtió en una segunda madre e hizo que, por un tiempo, me olvidara de mi cometido de hacerle pagar a tu padre por la injusticia que cometió conmigo. Hasta que su administrador acabó con su vida e intentó inculparme, fue ahí cuando el germen de la ira se apoderó de mi alma.

»Todo cambió cuando tú apareciste en mi vida y empecé a amarte sin ser consciente de ello ni tan siquiera. Me cautivaron tus gestos, tu inteligencia, tu bondad, tu rebeldía, tus ojos. Me volví un cautivo de esos ojos que me mordían el alma.

»Intenté alejarte de mi pensamiento, pues lo primero era mi cometido. Para eso estaba en Inverness y no para enamorarme de la hija de mi peor enemigo. Y eso fue exactamente lo que hice, sin saber quién era.

»El día que fui a llevar aquellas cartas, que cuidadosamente habías redactado, me enteré de quién eras, no me resultó difícil atar cabos. Thomas Grant te estaba buscando por orden de tu padre; lo vi preguntar por ti en la casa de postas. Entonces fue cuando urdí el plan: Yo mismo me presentaría en casa de Angus McEilean, con quien ya tenía negocios, con el fin de arruinarlo, para despojarlo de su hija, su casa y todo lo que pudiera arañar. Pero no pude hacerlo. En los ojos de aquel hombre había algo que me decía que no era el mismo joven lleno de envidias que un día conocí. Y luego estabas tú y me metí yo solo en un laberinto sin salida.

—Broc… quizá debamos hacernos a la idea de que todo eso es el pasado; por mucho que ahora me duelan tus palabras. Yo he visto el amor en tus ojos, en tus abrazos, en tus besos… No me importa el hombre que fuiste, lo que me importa es a quien tengo delante ahora mismo, y no es un hombre oscuro con nombre de luz, sino el

hombre con el que sería capaz de construir un refugio en medio de la oscuridad. De eso trata el amor, ¿cierto?

—Cierto…

—Pues entonces, será mejor que nos demos prisa y nos casemos antes de que mi padre y Thomas partan a un viaje sin final, ahora que Gleann House ya no nos pertenece —dijo Leontine con la cabeza gacha.

—De eso, precisamente, quería hablarte, pero me he ido por las ramas, amor.

—¿Aún hay más sorpresas? ¿Más venganzas imposibles?

—Bueno, quizá, en principio fue un acto de venganza, aunque gracias a ello, Gleann House es tuya.

—¿Cómo?

—Mentí al decirle a tu padre que volvía a ser de su propiedad. Se la compré yo mismo a Firth Campbell por medio de… Prefiero no explicarte el lío que monté para que el individuo no se enterara de lo que ocurría realmente.

—¿Y no lo hizo?

—¿Qué esperas de un idiota que abre la puerta a una mujer que le dice que lo mejor que ha podido hacer es meterla en un agujero y que se casará con él porque está agradecida por ello?

—Pues también es verdad… —Leontine estalló en carcajadas—. ¿Y los McDonald? ¿Crees que se quedarán satisfechos sin recibir la casa?

—Negocié con ellos, no fue fácil hacerlo. Pero ahora que tienen un lugar donde llorar al salvaje de su hermano, parece que no son tan

fieros. En este momento hay una cuadrilla de hombres arreglando los desperfectos de su granja.

—¿Y quién va a pagar todo eso?

—Tú, querida.

—¿Yo? ¿Y cómo? —inquirió Leontine con el ceño fruncido y un atisbo de pánico en la voz.

—Sí, amor, lo pagarás tú porque yo lo haré y, a partir de ahora, todo lo mío es tuyo, así que sí, preparemos esa boda y olvidémonos del pasado, porque solo trae desgracia y tristeza. No queremos eso.

Y así, en medio del hermoso paisaje que les ofrecía Craig Phadrig al atardecer, Leontine McEilean y Broc Wallace se juraron amor eterno, y fueron conscientes de que ambos habían caído en el eterno embrujo, ese que mueve el mundo, ese que los había dejado por siempre cautivos de sus ojos.

Nota de la autora

Muchísimas gracias por leer *Cautiva de tus ojos*. Es una novela muy especial para mí, pues la escribí después de dejarme envolver por las páginas de *El conde de Montecristo*, libro que se convirtió en mi favorito.

El personaje de Edmundo Dantés me inspiró para crear a Broc Wallace. Además, hay varios guiños a la novela, como el nombre de la mansión de Broc: Beinn Criosd Manor (mezcla del gaélico escocés y el inglés que significa Mansión de Monte Cristo), el hecho de que hubiera acabado en la cárcel injustamente, etc.

Otro aspecto de Broc a destacar es su dislexia. Mi hija mediana la tiene y lucha cada día por conseguir leer y escribir con fluidez. Lo conseguirás, campeona. Confío en ti.

El peculiar nombre de la protagonista: Leontine, se me ocurrió de pronto, cuando la idea de esta historia irrumpió en mi mente en una situación del todo inoportuna, como suele pasarme. ¡Que alguien le diga a la inspiración que haga sus visitas en momentos en los que una pueda escribir! Al volante no se puede y tampoco es plan pararse en medio de la autovía para apuntar la idea de turno.

También he de decir que me he tomado ciertas licencias con el fin de enriquecer la trama, como ya habréis podido observar. La más

destacable es la invención del clan McEilean.

Thomas Grant es nieto de Patrick Grant, uno de los Siete de Glenmoriston. Deciros que eso me lo he sacado de la chistera, no tengo constancia de los hijos o nietos del buen hombre, pero os aseguro que mi Thomas es solo un pariente ficticio.

Creo que no se me queda nada en el tintero. Así que solo me quedan los agradecimientos. Vamos a ello.

A mi familia de seis. Sí, desde el tres de enero tenemos a Cooper, un pequeño yorkshire que ahora mismo está durmiendo sobre mi regazo. También he de agradecer a Pedro, mi compañero de vida, por aguantar mis monólogos acerca de literatura, temas de autopublicados y mi día a día como escritora.

A las escritoras y escritores que luchan cada día por hacerse un hueco en un mundo tan difícil como es el de la autopublicación. Algunos encuentran su voz y su camino en el primer escalón, otros tenemos que subir muchos antes de lograrlo. Ningún sendero es igual, pero todos merecen ser transitados. Así que nunca dejéis de luchar.

Por último, quiero agradecer a las personas que hacen posible este sueño: los lectores. Millones de gracias por estar ahí, por elegir este libro en un océano inmenso de buenas novelas.

Gracias, gracias, gracias.

Lisbeth Cavey

Si quieres echarles un ojo a mis otros títulos o seguirme en las redes sociales, te dejo mi linktree:

https://linktr.ee/lisbethcavey

---

[1] Danza tradicional escocesa.